



Lo primero que llama la atención en esta novela es su lenguaje, un lenguaje de frontera, híbrido por lo tanto. Este lenguaje es el que se habla en la frontera que se abre entre Uruguay y Brasil. No se trata sólo de préstamos. Se trata, en verdad, de una nueva estructura, que el autor respeta de modo inteligente y total: es el habla del pueblo y el pueblo se expresa en ella.

Esto indica que la novela de Ibargoyen es, por un propósito consciente, popular. Y no sólo por su lenguaje: también por su sentido último.

La novela se estructura de una manera abierta, amplia. Cada personaje queda respetado en sus posibilidades intrínsecas de comunicación. Y de esa fragmentación deliberada, que mucho debe a la enumeración caótica propia de la poesía moderna, se desprende, sin embargo, una voluntad cerrada de intención. La novela de Ibargoyen posee una perspectiva y esta toma de partido queda asumida de manera global. La fragmentación es sólo aparente: existe un sentido y el novelista lo asume.

Quien lea estas páginas asistirá, con renovado asombro, al reconocimiento de un nuevo lenguaje, que se desplaza desde el plano de la literatura popular hasta el nivel de la literatura fantástica: por desgracia, lo fantástico es, aquí, lo real: la tortura, la represión, el asesinato.

Jaime Labastida

3  
Saul Ibargoyen ♦ La sangre interminable

# LA SANGRE INTERMINABLE

Saúl Ibargoyen

3  
El nido del  
ave Roc



# LA SANGRE INTERMINABLE

## SAÚL IBARGOYEN

Maquetación y coordinación general:  
Blanca Mateos

Digitalización de textos:  
Berenice Garmendia

**PALABRAVIRTUAL.COM**



1ª edición digital  
**2014**

# LA SANGRE INTERMINABLE

Saúl Ibargoyen

EDITORIAL  
OASIS  
1982

3  
Colección  
El nido del  
ave Roc



EDITORIAL OASIS  
Primera edición, 1982

ISBN 968-6052-62-3

© 1982 EDITORIAL OASIS  
Oaxaca No. 50-801, México 7, D.F.

Diseño:  
GLYPHO  
Taller de Gráfica, S. C.

Impreso en México  
Printed in Mexico

#### EL LECTOR ES APERCIBIDO POR EL AUTOR:

Estas historias fueron escritas entre abril de 1974 y agosto de 1975, bajo las tensiones de inciertas coyunturas personales y, sobre todo, en medio del mayor sufrimiento colectivo de mi patria uruguaya y latinoamericana: sufrimiento en lúcido combate que no cesará hasta la redención definitiva.

Los rumbos que han conducido a su publicación no importan demasiado, aunque significaron desgastes que la solidaria buena voluntad de otras personas pudo compensar y superar.

Las últimas correcciones se efectuaron en 1977, pero la redacción primordial comenzó casi veinte años antes, es decir, con mis primeros encuentros y desencuentros en la frontera, con el tiempo en que compartí la existencia de cada día junto a tanta gente que —de alguna trabajosa manera— se fue haciendo personaje multiplicado que me empujó a escribir lo ya inventado, vivido, dolido, desvanecido, concretado y soñado también, y lo que yo he tratado —aún más trabajosamente— de imaginar.

Curiosamente, más acá y más allá de parentescos estéticos o ávidas tentaciones de lenguaje y normas dialectales que soplan por esos sitios, estos seres de tinta y papel, Joaquim Coluna y los suyos —mi pueblo al fin y desde todo principio— me han hecho profundizar en el conocimiento, la ignorancia y la irreversible hermandad que adeudo a tantos personajes carnales que se mueven, pelean y respiran, y hablan y pisan la dudosa luz de aquellas traspasadas fronteras.

*“Mais, dans la mort d’un homme, un monde  
inconnu meurt, et je me demandais quelles  
étaient les images qui s’obscurcissaient en lui”.*

Antoine de Saint-Exupéry

## 1. (Bemvinda Verticalia)

**L**AS CARTAS CORRIENDO entre sus gordones dedos como píldoras de rosario, como materializadas caricias de furias y tormentos ya transfigurados; agilitadas iban las barajas, hojas lamidas por el viento de las respiraciones, conejos perseguidos por las sempiternas hambres de la suerte.

—Mirá vos, nada rosado es el colorcito de los nudos del uno de bastos, garrotes que el Santo manda sobre mis gentes, ¿quién los puede parar?

Los fluentes cartones rectangulares se detuvieron en un dos de espadas:

—Jodida amenaza que no camina sola, doble golpe de sangre.

Sutiles hálitos, boqueadas amainando, sota de copas vino después:

—Y esta boca de mujer soltando salivas de sanasana, si hasta otros ojitos tiene el barajo que antes no le había visto yo, saliva y ojos, miradas de amor. . .

Un rey de oros entre un coro de imágenes menores:

—Salí daquí, sinvergoña del diablo negro, que yo no tengo cosa ninguna que ver en esto, ni un suspiro de pulga, no. Que de mientras vivo, así me adivino. Naipes, barajitas son pra los demás.

El cigarrón expelía torbellinos ardorosos, acezamientos profundos: fuegos en el instante ingobernable de su aérea ceniza.

Un directo cuatro de espadas:

—Pucha del carajo, por no hablar mal, lo pior se viene por ración desagerada, de vuelta el doble, icuatro es más que el dos espadero de recén!

Fumó con nueva potencia, pero el humo conlleva ineluctable condición de tránsito: la espada permanece, mudo fusil, apagada metralla, cuchillo estirado ya penetrando el cartón carnal de la baraja.

Fue ahí que habló para la otra mujer, cliente o paciente:

—Bueno, mi amiga, vos estás viendo y oyendo: bajita la palabra y béin alta la oreja, sólo figuras alrededor y de cuanto se te ocurra en la luz de lo que mires.

Hubo un silencio pausoso muy respirado, hidrógeno caliente, oxígeno disperso.

Un caballo de copas, derruidas las capas de papel de la base de las patas:

—Fijate en éste, pareja de la sota, manco quedará o sin poder marchar mais nunca, mucho anduvo, en los cascos de los pies se le nota, ¿viste? Tendrá que pararse unas pocas pra arrancar de nuevo, no sé. . . porque hay en veces que ni sé.

La otra mujer en lo de ella, aunque lo de ella no había sido todavía ni siquiera metido en el orden de la sesión de la científica doctora Bemvinda Verticalia. Se aguantó como testigo de insoñadas cosmogonías. Cartas sobaban, y leyes y destinos también.

Un apagado dos de copas:

—¡Y seguimos en el mismo palo! Aquí tenemos gentes que nunca pasarán a verme, a buscar consulta y consuelo, hembras madres que revientan de flacura, tipos que no acreditan en el reglamento que el Santo me puso entre la sombra de las manos, no mala gente, no creas vos, de otros yeitos, de otros pensares piensan, las cabecitas les van por estradas y rúas que ni entiendo yo, estradas, avenidas con sangre, alamedas donde muchos caben llorando y cantando, pero igualsiño se mandan avanzando.

La otra estaba envuelta en jamoncitos exactos, por arriba unas vestes oscuras y discretas de contención elaborada y recato a cortar con la uña por lo ajustado de la piel, ¡ah, quién uñaría algún día eso así!

Un siete de oros contundente:

—¡Al fin la platita de estos pueblos! Vos los conocés, hay parientes tuyos directos, y gentísima llena de campos sin medir, alambrados de goma agrandándose a voluntad, vacas de cuanto cuero imaginar, ovejitas de cuanta lana a cuantísimos desgraciados no abrigan no, y contrabanderías, bagayos, fayuquerías, vos capaz que ni sabés diso, ide las pobrezas de mi gente. . .!

Un tres de tímidos oros:

—Y aquí está uno pra nombrar mesmo con su nombre: el engañado cornúpeto de Cabreriña, mandando en la Radio Verdá de Rivamento, y a mí consultándome con eso de las pomadas amarillas que ponen duro el pito, el pico, el poron-

guillo, que el hombre tiene sus problemas juntados ahí, cinturón pra bajo. . . Y eso incomoda la mentalidá del cerebro.

Un as de espadas con todo su metal:

—¡Meu Deus Santo! ¿Qué tengo hoy en la mano? ¿No ves, mi amiga, lo que estoy mostrando agora? De éste no digo ni chis, que no vino a curarse de nada, vino a averiguarme nomás de mucho personal de pur acá. Y yo le puse las cartas por el frente, que los cartones dijieran silencio y callaran palabra y tapiaran la clara espresión. Es un superior hombre de béin arriba nuestro, entró de tapado y ansí se salió luego. Ni vos ni yo sabemos, ni naides, ni él tampoco se acuerda que estuvo aquí, ni el Branquiño retentiva de tal asunto retendrá, con chile, pimentón y adobo hervido en su pichi natural se lo borraré del ánima.

Una sota de espadas agresivas:

—¡Meu puto Deus Santo! Por qué de nuevo estos señores, mirá, este es el Sandio Corujo, a las órdenes del as de espadas, corta por él, charquea a cristianos y a compadres, quema, pincha, piqueta, remacha, pateo, escupe, retuerce, mea, les pone labio ajeno en boca propia, que canten, que hablen, que deschaven, que confiesen, que soplen, que digan y desgañiten mentira o verdad. ¿Y a qué vino, dirás vos?, pues a procurar consejo de cómo achurarlos y carnearlos mejor, si aquí duele mais hondo, este nervio no aguanta lo tal y cual, si esta puntita del hueso se aplasta en la piel. . . Ni vos ni yo ni naides sabemos, también no. Se topó, chocó con mi barajo y yo de afuera, no di receta pra él, que otra muy es mi facultá.

Un siete de bastos robustos:

—¡Y mirá béin vos al tal que apareció! Don Bertalicio, que de secreto me visita pra liquidar los males de su tripa interna, porque igual se le escapa como un repollo colorado, yo le dije por las cartas, no por mí misma, que era de las rabias y rabietas que siempre transporta encima, gritando como cuervo loco y ronco por el micrófono de la radio, el odio es el que le trae la enfermedad. Ni vos ni yo tampoco de nuevo sabemos, es un tipo a lo mierdoso, ya verás béin, mais tiene yeitos y mañas de gran influenciamiento, y acomodados de mandones agringados y cositas de contrabando también. . .

Un comodín saltó justo con el vocablo también, inesperado muchachote con sombrero de cascabeles y los brazos y las

piernas y el torso vestidos a todo color:

— ¡Al fin una figurita linda! Mi gente moza es él, cantora de ricas letras y gustosas melodías, gente que come su pan, que se chupa su aire béin grande y ganado, el que apenas le dan, pur iso es grande, mi gente que pierde sudor en esta frontera, que descarga su sangre cuando llega la espada, que se junta alrededor de garrafas de caña, de licores, de aguar-diente, miralos béin, mi amiga, miralos, porque se ama-chimbran en sus catres y arriba del pasto o de la tierra como si naidés nunca tuviera inventado una cama, así son, revolti-jeados y de poco usado diente, arrejuntados cuando se van al cementerio, ¡ah, meu bon Jesús!, con los que mal mueren o son mal muertos, y son ellos, mi gente que arrastra a tantos otros, ya los verás pasar así como te digo, que el comodín se ríe pero no es por juguete, no es por brinquedo de crianzas la cosa, es que mi gente es de mucho capricho, y la baraja me dice y te dice, amiga mía, que una ocasión habrá cuatro muertos que te harán llorar.

Un as de copa rotunda:

— Gué, gué, y aquí estás vos, mi cliente amigona, no pensés en que me olvido por gaguera de falar, platicar solita, no, yo estoy pra dar ayuda y alimento: si vos querés agua, abrí la garganta, si querés comida, mové la panza. La carta encopada nos dice, a vos y a mí, que esta parte de lo tuyo se sabrá en aquellas. Cuatro calles muy delgadas se convocaban allí, y lo mesmo, que todo no puede depender de una, Bemvinda como soy y Verticalia siempre.

## 2. (En la esquina)

COLUNA, JOAQUIM COLUNA accedió a las esquinas aquellas. Cuatro calles muy delgadas se convocaban allí, y una más ancha, como si avenida o alameda fuera. Calle de veredas gruesas, cimentadas, con baldosas esplendentes, limpias en sus colores varios.

— Béin de ricos, sisí, es esta zona.

Se habló Coluna, susurro tactante llevaba entre palabras. ¿Por qué estaría él ahí? Era como si ahora no entendiera.

Los años desde aquella primera vez, pues no estaban: polvo perdido en el viento alto. Se miró los zapatos, como

plenos de suciera colorada por encima, negros y desarrollados en su desuello por abajo, de seguro. Caminos de la ciudad, caminos de la frontera.

— Ni yo sé del todo por qué eso pasó, por qué, esto pur aquí, vuelta inicial, tal vez, que no sepa algo béin de cierto. . .

Movía los sonidos, dándoles significación, definiéndolos, energías precisaban. Un desborde quemante le castigaba los nervios, desencajaba orillas largamente defendidas, coherencia adecuada, ordenamientos debía entregar a lo que estaba en su tránsito, en el de él, en el de ella, en el de todos.

— La encontré, tanto tiempo sin pensarla, sin encontrarla, y agora justo, en año tan jodido. . . Gué, y ainda faltan como pedacitos de minutos, calculo. Si reló fuera yo, retorcería, empujaría las agujitas, no sólo por esto que falta, por lo que se nos viene para después. ¿Quéin lo duda? Yo no, acredito en estas manos. . . en lo que ellas hacen, a veces. Es muy bravó tener que pensar para adelante. . .

La mujer, ella, no se encarnaba en aquel solitario ámbito, no se incorporaba, no aparecía.

Coluna mandó una mirada copiosa por la calle hinchada de árboles enlentecidos, de hoja gorda, un verde con flores blancas. Mucho silencio, mucho despojo prolijo del mundo, nadie por allí caminaba, algún ladrido desgarrado de cachorro aburriéndose. Las casas, residencias, enormes, grandonas, escondidas entre plantas recortadas. ¿De cuál saldría, de cuál saldrá ella? Sabía eso, sí, y ya no se acordaba, porque la memoria se abrazaba a un futuro sin fecha y él estaba donde estaba, agarrado a su esqueleto.

— ¿Para dónde miro agora? Lechuzar no es lo que soy, lechuzar, búho voy a quedar, no puedo seguir aquí y así, solito y haciendo qué, ¿eh?

Oyó unos pies rápidos, suaves, tocando las baldosas brillantes. Levantándose desde las contracciones del silencio, un ruido susurrado, y la vio, a ella, con la misma ropa de los últimos días, dos días quizá mejores que ningunos otros, nada más.

— Aquí estó, meu amigo Joaquim. ¿Pensastes que no, que yo no venía?. Sí, algo te llevo conocido, ya estás viendo. Una sonrisa, insondable pliegue en el rostro transfigurado. Una sonrisa, el olor de las flores blancas.

Y él cambió, fue a un idioma que con ella le venía:



—¿Tudo ta indo béin? Ya estaba por comenzar a irme, sisí, razones vas teniendo.

—¿Vamos?

—Vamos, pues claro.

Recién le notó la valijita, el maletín en la mano, liviandad sin peso, desertor o desertora de la angurria central de la tierra.

“¿Cómo no la vi antes, no vi todo junto, de un golpe solo?”

Recogió aquella carga fácil —inclinado por la otra carga mayor—, ella nada dijo, su bolso pequeño mantuvo sin entregar, caminaron, fabricaron espacio.

—Apurate, alguien tenemos de atrás, barullo de motor, lejos ainda, rumor todavía, golpecitos de tos. Y no me mires, sólo pra delante, al frente éta? Tomá la maleta de nuevo, y no mires, étamós?

Ella siguió con su paso en el aire, dirigida por las vibraciones de la voz, surcando los cuadrados lujosos del suelo, subiéndolo y hallando el descenso de los límites perfectos de las calles, los canteros cultivados para nadie mirar.

Coluna se fue quedando, las hojas tuvieron intención de temblar como vivientes pájaros, o mejor, como vivientes y ardientes de pájaros, borrarán su aislado ritmo los perros escondidos, se fue demorando hasta juntarse a uno de los árboles, tronco de cortezas y cáscaras negras, de protección serviría, siempre en la misma cosa.

—Lindo carriño, bonito coche, de andar ligero y mandar humo y meter fuego, de perderse luego, enseguida, sin marca en el metal, sin número en las placas mudas.

Pensó a través de la voz, mientras pudo, hundido en la madera oscureciente.

El automóvil, máquina de eficacia, rodaje espeso, se acercó sin alimentar su apuro, desnutrido de velocidades, prisas no, esa ocasión no, como si no fuera para ese lado, un par de hombres estudiaban las paredes rígidas, las ramas, las sombras deslizándose una piel incesante.

### 3. (Un par de hombres)

ERA JORNADA LIBRE, de codiciado alivio, la siguiente. Los hicieron llamar por selectos portavoces intermediarios,

nominación rigurosa, les resumieron lo exacto de la copia de un meditado expediente fronterizo, y les dieron señalamiento de que debían trasladarse a la región residencial del este de la ciudad capital, que fueran de tarde oscurecida al destino indicado, por esa función aparte de horarios y planes ya situados, dos jornadas ociosas más a fin del mes y los beneficios directos según el saber cumplir obliga.

Como andaban de cansancio corrido, con anticipación se ducharon entre espumas de Francia, trocaron de ropas y de calzado, eligieron dos pistolas gruesas y algo barullentas, “es mejor que se oiga bien, la gente se asusta”, se treparon al auto que asimismo cambiaron, y salieron de paseata descuidada, formando aliento con los aires del mar que se entreveraban en las arboledas inestables y penumbrosas. No presentían dificultades ningunas, un tipo solo, quizá con junta de mujer, correctamente conjeturados los lugares que repasaría, una recorrida en el carro, el buen ojo habitual y ruedas rápidas.

Y un cigarrillo de humarazo de Inglaterra tal vez intercambiaran.

### 4. (Ah, este mozo Joaquim)

EL TIEMPO ES en las tales fronteras de Sierra Verde, Bayeté, Cerro Comunicaciones, Marimbao, Rivamento, una dimensión de cauces temblorosos. Si tú miras la hora tajada en tu electrónico reló, si vos mirás la hora en tu reló mecánico, si tú vibracionalmente percibes la resonante membrana metálica con que los señores curas determinan la unidad hipostática entre lo temporal divino y lo transitorio humano, si vos escuchás nomás el estipulado grito de cada campanazo, todo eso, descontando por supuesto la intervención del sol y las cifras astrales y la neutralidad lunar y el ánimo eternal de los antenudos satélites, todo eso adquiere una industriosa funcionalidad que no sirve para las extranjerizadas playas de Bahía del Este o las populeras arenas de Montevideú, ni se adapta a las represas centrales allá por el Valle de las Vacas o Santa Isabelina, cuyas traqueteantes turbinas envejecen de sed y entonces son rebautizadas como conjuro contra congénitas impotencias.

Es que en las tales fronteras el tiempo de hoy puede ir sin hache, no por desatención ortográfica, sino porque en su

normal escritura subyacen estremecidos desfasajes, tú redactas ahora lo que no pasó, pues ni siquiera ocurre lo que vos escribís ni el acto de rasgar o entintar o imprimir, casi te diría que eres o sos lo que no es, ya que existe otro curso cronológico cuya anomalía o portentosidad hállase en el naipe de la doctora Bemvinda Verticaliã, sí, aquí tenemos el compendio o la síntesis del enredijo, no significamos que pueda insertarse en condición de excepcional unicidad, es lo más clarito que ofrendamos y entendemos, así como el tú y el vos se abrazan en un tutevoseo o en un vostutear afincándose en el tiempo consagrado a la enunciación sonora o seca, cuantía temporal donde asimismo las tripas insisten y el hueso interior murmura.

Buenobueno, intervalo o coyuntura, trecho o periodo, decurso o edad, época o sazón, u otras variantes dictionarias que admiten el constante criterio de dobles, triples, cuádruples fronteras. Y poca gente tan fronterizada como aquel mozo Joaquim, alegorizado en una carta de despelusados o desconchados cartones, caballero o caballo en su montura y con su copa abierta para filtrar los raudales del mundo, para embeberse en las gotas bebidas a fuerza de sed.

Su cuna original no fue un colmenar de denso inquilinato, una vivienda saturada y populosa, manierismo de habitat imposible en aquellos lindes por debajo de lo urbano racional. Si tú piensas en una choza o barracón o rancho, vos le emboaste, tuviste acierto, no hubo carroza ni automóvil que lo llevara transportable a la Santa Casa de Caridad, para que allí, entre guantes asépticos y pinzas impolutas se quitara la quejosa envoltura de su madre visceral. Hubo sí, el interceder experimentado y primario de la doctora Nené la Vieja, nominada así por simplemente haberse ancianizado haciendo ganar crianzas a infinitísimos vientres martirizados o inauditos o aceptables o expeditivos.

La unípara mamá contempló al muchacho que el cuchillito de doña Nené la Vieja aislaba de ella, fugaz fue el solo tajo, susurro el hipado llorar, un puro silabeo que tanteaba el aire.

—Téngalo un momentito, señora, de mientras voy liquidando esto.

Depositado en una mantita blanca y manchada se lo alcanzó, con el nudo pronto y nada vistoso, a medio lavar de

los jugos esenciales que iniciaban evaporación o secamiento y desresguardaban la piel, el cuerito enrojado pulsando en lo caliente.

—Ansí que el padre anda por los campos mayores, de arreo de ganados de bicho grande, ¿qué me dice usté?

—Y. . . sí. . .

—Y usté béin de sola aquí, pariendo, desocupándose, con la panza reventando. ¿Cómo le va a poner de nombre al gurí, lindísimo el machito, no?

—Yo pensaba en Joaquim. . .

La frase se le sumergía en la lengua, el dolor la despedazó sin modificarla.

—Joaquim, ¿qué es iso? Parece nombradía de portugo, de personal de muy de antes, no es, ¿qué opina la señora?

Ella, preguntada de algo que no contenía respuesta, porque si no hay un lado de afuera, no hay un lado de adentro, ¿cola sin calzón?, ¿estornudo sin pañuelo?, ¿grito sin aliento?, ella rompió la rigidez del espasmo de su barriga, vio por fin la cara ciega del gurí, dijo:

—Ni me importa. . . ni me incomoda. Joaquim será, ya es. . .

—Porque es el primerito, ¿el único y solo que tendrá la señora? Nombre de abuelos o parientes de familia, ¿tal vez?

—Será, digo, Joaquim, todo Joaquim establece un negocio, empieza algo. . .

Doña Nené la Vieja miró para la mujer, ya desmadrada en lo directo, estaba de quietas respiraciones y expulsaciones, el niño remeciéndose ya a pierna y brazo.

—Tiene para unos días de catre, señora, menos mal pal gurí que está usté de teta llena, se ve que va a lechear bonito, ¿eh, mijo?

Y fue por tal procedimiento que le quitaron la hamacada cuna a Joaquim, que lo despegaron de enamorados pezones, que lo emigraron a un cajoncito con barandas de testimonio, que lo decretaron morador de un catre que fue estirándose con él, que le dieron una buena pata descalza para cada pie, pantalones forjados en indoloras disecciones, en demoradas autopsias, camisillas, camisas, camisolas, camisetas incineradas a lengüetazos de sudor, amarilleadas por acequias de pichí, empostilladas por los inesperados y a veces gozantes zumos de la noche, le dieron eso y más, él se dio una ansia ver-

tical de caminante y correteante de calzadas empobrecidas por el agudo verano norteño, una picante acucia de engendrar su plática, su conversa murmurada en cuanto diálogo mostraba sus piolines, sus hilachas, y unas ingles tempranamente pertrechadas para el asalto y el relevo, una ardida vehemencia de no obligarse al perpetuo desabrigo, el de él y el de los tantos que miseraban por ahí.

Complicada competencia de dares y recibires, su madre al fin se fue con otro marido, que el padre de Joaquim ni pica ni rebota en esto, si por ensartar su ocasional pico fugitivo en femeninas entretelas tuvimos buena proporción del ingrediente Coluna en nuestra crónica.

Muchachote pues, el mozo Joaquim, y medio solo, reiterativa y áspera labor es el indizar sus vocaciones. Ya pateando la bola, la pelota, el balón ante los arcos del Sarandises Clube, ya empezando a amasar lecturas fervientes que traspasaban los debilitados libros de escuelas iniciales, ya arrinconando mozas en propicias celadas, ya mercando revistas, periódicos, textos previamente consumidos, ya traficando carros de sandías bajo las exigencias del estío, ya operando con enteros naranjales en los friajes de agosto, ya balanceando los trasvases del fronterizo comercio sin impuestos, ya entrando a conocer por lo práctico las imponderables reglas que cierran el bolsillo o habilitan los inusitados riesgos hinchadores de extrañas providencias y logros de súbitas fortunas, ya siguiendo las temáticas del humanísimo gobierno de los señores alcaldes y su costosa bufonería burocrática, ya apellidando a enemigos singulares, ya enumerando semejantes tierras y rebaños —pueblos de vacas, ciudades de ovejas, aldeas de yeguarizos, villorrios de cerdos, caseríos de gallinas, cuarteles de perros, alcázares de palomas— que establecen el desganado o desmandado ademán del poderoso, ya asimilando almacenes, boliches, obrajes, cantinas, templos, talleres y depósitos, ya cocinando en la salsa activa de su linfa, de su semen, de su sudor, de su sangraza el molde flexible donde integraría la adhesión a los compadres escasos que por Rivamento ahincadamente especulaban, el levantamiento de su tienda de aparatos para todo correr y marchar y estar ahí, los ascensos de su principa-lía, el irse y venir de frontera a ciudad capital, el cronicón de amores con la Alberta Moro, los aflojes alguna vez de su textura, el arrejuntamiento con la Severina Junco, el caminar

aquel como si usara todo el calzado vendido, fiado y regalado al mismo tiempo.

Y ya ves que tornamos al tiempo, derrota de relojes y de astros, convocatoria de contradicciones en el naipe barajado de la doctora Bemvinda Verticalia, tú aquí y vos allá, el túbos o el vostú insertándose en una línea como la existente entre la tela de araña y la lengua con que el bicho prepara y lame la tela (lengua no posee, pero toda ficción es aliada de lo real).

Y el transcurso de Joaquim, ah, qué mozo este Joaquim Coluna, bastante más que cualquiera (o cualquierún) palabramiento aparenial, tanto se cuece en sus destiempos que hemos escuchado en ruedas esquineras, en corrillos callejeros o en blableos corales de vaso y botella, que su madre ganó otra crianza de otro marido con el que estaba ennoviada, y que ella —si podemos hacer confianza en las resacas entrearterias de doña Nené la Vieja— respondía al nombramiento de Balbina o Ubaldina o semejante consonancia o aliteración. Y él parecía de los solos, sin padre y sin hermano, porque andaba de familia mayor, herencia que empezó a incorporar cuando el rancho de un hombre fue suciamente negado por el fuego del patriótico enemigo. ¿En qué minuto de qué año?, vos dirás. ¿Antes o luego de esto y de lo otro?, tú preguntarás.

Pues en el espacio abierto de su tiempo, para que así más sencillo sea, te contesto a tí, a vos. Aquí tengo las palabras, las cartas, barajemos, cortemos, repartamos, ¿cuál es la muestra?, ¿qué bicho es un sapo?, contemos.

Y este naipe aislado yo y tú y vos bautizamos, aquella mujer que fue más amor de lo propiamente escrito y pensado: Alberta Moro.

##### 5. (Alberta Moro)

COLUNA SE RETIRABA, ella no estaba con apetito de decirle un bocado de nada.

“Bajo a la capital, ¿aquí?, ¿para qué?”

No reprochó nada, pero marcó un lamento de indecisa geografía con una ceja apenas removida, o con la mano desalentada al cimentarla en la cadera todavía estremecida, o con un poco de mirada que se le caía al suelo, tan cuidado, de la pieza.

Coluna le apretó un empuje de poder sobre la cintura, la dijo para ella, como si el cuartito fuera el universo inalterable:

—La semana que ya nace, vuelvo a estar cuntigo. Es rápido, un relampaguito entre ahora y después, sisí.

—Es como vos estás queriendo, obligación nunca hubo. . .

Coluna le apretó un empuje de poder sobre la cintura, la puerta a medio abrir o cerrar, salió al corredor, la Alberta le dio una distancia que se empapó de fuego, él estuvo de nuevo y enseguida con ella.

El quehacer amoroso ya tenía momentos y fechas, suspiros apuntados en el ventisco menguado de las despedidas o en esas profundas cuestiones de a dos (un él y una ella) y que también “para qué” vamos a estrechar en estas frases. Bueno, se quiso dejar sugerido que el romance funcionaba a toda sábana, mientras él continuaba en su eterna mensajería de ciudad a frontera y de modos contrarios.

Pero no se puede rezarle a Dios y tratar de verle la cara a un tiempo, tal consideraba Coluna, y acertaba ciertamente, pues los papeleríos se le entreveraban en los pasajes más claros y justos, o los informes de gentes combativas y sitios reforzados o dubitativos se desproporcionaban, o las carpetas transformaban sus confidenciales contenidos, o perdía la voz o la estructura de la voz en interpretaciones deshilachadas a sus compadres rivamentinos, o confundía las normas adjudicadas a tan embarazoso y tenso ministerio suyo.

O sea que sus dedicaciones a la Alberta, y no es por criticarlo nosotros y desde aquí, lo quitaban de sus altas funciones de compadre con desatención del negocio de zapatos y chancletas y demás aparatos de hacer caminar a tanta pata incivil y revirada.

Y entonces Miltiño Moro, compadre de calladas diligencias, lo visitó después de un regreso para arrimarle un tono muy secreto:

—Escuchame vos, meu compadre político de suficiente edá en esto, béin ando enterándome de que a la Alberta, miña hermana, la estás viendo cuando a la capital bajás vos, ya los vieron y fue así que contaron para mí, dos veces al menos, es algo y bastante si pasa entre hombre y mujer de estas regiones. . .

—Verdades son, mi amigo Moro, no soy de meter negativas al puro cuete, y tal trozo, ¿qué?

—Vos vas a decir que son de mayoría en sus años de cada uno de vosés dos, que pueden hacer de su cola un pito, ¿sí?

—Mais o menos, en lo aproximado vas yendo.

—Por voz, compadre de mayor principalidá, no tuvistes pensado, con tanto librito aleído, que isto es un erro, que estás orinando, miyando fuera de la escupidera, ¿eh?

“No tanto, Miltiño, no te puedo aclarar, ni con tus razones, a cualquierún, pero a vos no. . .”

Pensó, no dijo, repensó y liberó su respuesta:

—Es argumento de amores, los de afuera son de palo.

—¡No me lo digás vos! Los principales del partido y otros que no son, los de la bagasería nuestra, ya sueltan su falatorio, enredadores y cuentacuenta, y la atividá nada béin camina. Mais, eu quiero garantida tu suspensión de namoro con la Alberta, con ella no vas te a matrimonear, no es? Y si le hacés un gurí, una crianza, la jodida es la Alberta, yo no ando con voluntad de salir tío de gratis. . . Conduata de compadres tiene que ser distinta, isi vos nos tenés explicado!

—Mirá, Miltiño Moro, el cuerpo gusta de coisiñas, de gustos que las ideas escupen a veces pra lejos, sangre y pensamientos suelen pelearse en lo duro. . . Hay que hallar un punto de agrado sin que la cabeza se enoje o entre en dudas. . . Ella y yo, estamos en un acuerdo de relación precaria, todo afinado, pasará prontito, vos lo verás. . .

Pero aquello no alcanzaba para la oreja ansiosa y espaciosa de Moro. Y modeló con unos retoques su discurso:

—Si las cuestiones de nosotros, si las faenas no las redondeamos asegún lo disponido, nada de parentesco con tu hermana y lo de ella y yo, en lo muy firme podés acreditar, ipra qué voy a inventar si toda engañifa es mais chica que la verdá. . .!

Intervaleó un soplado descansito, y luego:

—Pensar debés pensar que en estas líneas de frontera dudosa, tenemos seguido molestias para lo que hacemos, mucho atraso, gente ordinaria, poco de leer y escribir, malagarrados de ocupaciones misturadas y sospechosas, espertos en toda variante de pobreza. . . Vos estás en ejecución de producir letreros, hojas que vuelan, hablando pra estos pueblos con palabra grande y responsable, medio como dueño de nuestros

locales sos vos, viviendo todavía, ainda morando allí y encargado de paredes y techo, cartones y papeles, y las mismas pobrezaas te acompañan, que pobre también sos vos, más no te digo, que todo buey sabe de pasto. . .

Suspendió la lengua entre los dientes endurecidos, navegándola en la arrastrada resonancia de sus voces, terminó así de cortito:

—Hay las veces que estando sólo en lo tuyo, no funciona la maquinita también no y no, los motores no runrunean, entonces, entón. . . ¿qué te pasa y ocurre? Es la ley natural de estas obras nuestras, sisí.

Miltiño lo revió a Coluna, “Lo del buey y el pasto no sería por aquella sirvientita que una oportunidad casicasi dejé preñada?”, la oreja a media asta, tuvo como un desacomodo, una irritación, prefirió analizar, le dijo:

—Certeza mencionastes, en lo último. . . De lo de antes, daré una pensada, solito. Mais con la Alberta tenés que liquidar, y no te lo digo por hermano de ella, ique otros cuñados bécen que ya tuve. . .!

Saludó para Coluna en sus tonalidades secretas, como una acción de ilicitudes, de abultado sigilo fue la despedida. El era así.

— ¡Qué enredosa es mi gente!, aunque yo mesmo soy mi gente. . . Si hasta estoy con voluntad de irme. . .

Porque tantos se iban, en la hora certera de no permanecer más en Rivamento, de finiquitar los plazos de cada destruida perseverancia, de comprender que sería mejor la nostalgia que las presencias, aun de claudicar cómodamente con pretextos de economías alteradas, en la hora de desparramarse a lo ancho o angosto de esperanzas menudas, escondidas como testículo de gato. Y a él, cada doce meses le venían saudades de poblaciones extendidas, con jardines y unos árboles como los que subían en el barrio o colonia por donde trabajaba la Alberta. Y estaba el agua enturbiándose sobre las playas que se abalconaban sobre el mar, el río como el mar, y el viento agotando su sonido antes de agitar las tierras negras de la uva, del naranjo, de las higueras.

Su alejamiento decisivo, el postrero como la última gota de sed que tienen las botellas al quedar estériles y solas, era sustituido por viajes y regresos ya difíciles de contar, de darles una cifra. Y el aliento eficaz de la Moro, una letra ensoni-

dada, repetida en oídos varios, pero resurgida o fresca para él porque él quería un alivio, un desprendimiento: cuanto más sabía y aprendía, menos deseaba comprender. En cada toparse con ella, hallaba una detención, una imposibilidad de sumirse hacia las transformaciones totales.

Por eso —por eso, ¿o por sabores que el paladar no entiende?— su amorío empezó a achicarse de ardores; por eso las obras que le correspondían se enfriaban en un gastadero de charlas y platicaciones y juntas de principales; por eso la Alberta Moro, que nunca tuvo medida para su tendencia de besos, su inclinación de abandono, sus inflexibles vocaciones de pasión, la Alberta, después de unas funcionalidades de calculadas tibiezas, le dijo bajamente:

—Yo acredito que tenés que venirte praquí, no da isto de seguir a los saltos, caballo de ajedrez sos vos agora, serás siempre? No existen en este tiempo mujeres que esperen, capaz que sí en la tévé, en las novelas a cuadritos, pero hay que regar la planta, así va parriba. . . ¿Vos qué me decís, Coluna?

Tampoco ella reprochaba nada, y sin escándalo, de ocultación secreteante, sosteniendo mandamientos del cuerpo, que son más de diez, manejando pensares extraviados, ajustaba especiales códigos y preceptos, los Moro eran así.

—Ese es proyecto de desánimo, tengo imaginado, pra mais en adelante del futuro. . . Pero ya hemos dado claridá a la luz, ¿o no?

Oportunidad era en que el mismo vacío quedaba colgado entre las sílabas, con Miltiño fue igual, Coluna había sentido la incomodidad del otro ( ¡un compadre tan humilde y metedor palante!), en el momento percibía el desarreglo de ella, piel separada de la fruta en su maduración.

—Entón, siendo así, meu amiguito, poca saliva queda por quemar. Yo tengo mi empleo cierto, en estas propias casas donde vos entrás medio de escondido, de ricos señores es morada, el chofer me bienmira y alguna chance ya le di, casamiento quiere, pues le doy lo suyo.

—Sisí, ya sé tus temas: el pan se atiende en la puerta del horno. . . Algo te apurastes, Alberta Moro.

—Más bécen, vos venís de atrás, Joaquím Coluna. Con tu revolución y todo.

Estuvo solo mientras duró su maniobra de vestirse, mien-

tras salió al corredor y surcó la arenilla gris con las pisadas muertas de ella que ella reviviría, mientras anduvo por vías apretadas, árboles subidos, flores blancas, años sin volver, se mantuvo solo hasta que la noche avanzó en la oscuridad, y ya en el tren pudo dormir respirando los olores imponderables que, al cabo de muchas destrucciones y conmociones, comenzaban, comenzaban a prepararle su regreso.

La Alberta tomó su ducha, de alargados calores, se vistió con ropas de descanso, fue hasta la pieza encima del local de los automóviles, entrevistó al chofer con sinuosas precauciones, y luego de un rato conveniente y suficiente, los dos bajaron, con las fatigas de la felicidad, para informar a los patronos de su decisión matrimonial.

El chofer apenas pudo rumorear algún ruidito, el señor patrón afantasmado y fumando abstractamente, la señora patrona captó la ventaja del asunto y se tocó o excitó cursilamente el corazón a través del vestido, y mientras que la Alberta deleydale de sutil discurso en boca.

Pensaría Coluna: tan distintos, y los Moro son así.

## 6. (Ir y venir, los llamados)

DE LA CIUDAD a la frontera larga, sus quilómetros de no ser contados ni recontados, él los había hecho tantas idas y vueltas, también de no contar. De la ciudad lo llamaban, mensajes de apuro, tópicos toditos de resolver en días escasos, en horas calculadas, en minutos duros, en segundos más veloces que los saltitos de la aguja del reloj. Iba y venía, con documentos arreglados según ley y orden de mando, por el anverso legal, con fotografía de buenos tintes y claros, los ojos no tan sumidos como se le hundirían ahuecados después, en un año jodido y solo, tal el que casi desenrollado atrás había, pero sonando con un eco para adelante.

La primera llamada fue por boca de mujer, en época deslizada de otros tiempos de mucho entrevero; directa la indicación, que por Rivamento los asuntos no se actuaban en las formas inventadas, que en aquellos sitios todo era un relajo muy vivo, que hasta se asemejaba a la era del compadre Pepe, que cada cual por la libre y al amparo de su conducta propia y con tonos de caudillos o jefes agrandados.

—Esto así, no va más, de tal modo no, de tal yeito —como según ustedes dicen— de tal yeito pues menos. . .

Eso comunicó la mujer.

Era algo alta o parecía que era. La pollera gris tocando dos rodillas saltadas, un buzo o suéter negro con manchitas desteñidas o raíces de agujeros chicos, un sacón de lana azulada en el brazo o por encima de los hombros alzados, unos zapatones masticados por abundantes calles ya desvanecidas, lentes flotando sobre la nariz perdida entre mejillas y frente poderosas. La boca era otra materia, causaba agrado verla en los movimientos y temblores de hablar.

—Pero usted debe probar eso, primero. . . Rumores son, aquí los llamamos fofocas, chismes, gente nuestra pero que piensa en ellos mismos, en su asado jugoso, nada más. Se les pierde el jugo por mirar la grasa. Hay que probarlo, quiero sus pruebas, comadre señorita o señora. . .

Tal dijo por contestación Coluna.

—Dispongo de toda la información necesaria, esto no puede demorar nada de nada. Hoy mismo usted debe salir para Montevideú, no piense que. . .

—Antes, yo voy a querer una reunión con ellos, poco está haciendo que yo en este sitio de responsabilidad estoy, tenemos que hacer una conversa colectiva para dar luz a esta fogata. . .

—No le entiendo, ¿qué dice o quiere decir? Hable derecho, ¿de qué país es usted? ¿De qué costado de la frontera?

Más alta se alzó la mujer, los lentes como estremecidos.

—De aquí, de estos lados mismos, ¿por qué no me va a entender? Igual pensamos y hacemos, ¿o no?

La mujer se metió a lo ancho de una silla, sacó un cigarro de humos apetitosos, como quien puede esperar pero no demasiado.

—Si me están quemando, tengo de justicia, acredito, saber qué manos prendieron el fuego, ¿ta béin clarío?

Las voces de Coluna sacudían toda cáscara, el puro caracú, la expirada médula ya mostraban.

—Mire, Comula o Columba, no está por esa costura el problema de mayor fondo. . .

—Coluna, querrá decir. . . Nadies pur aquí carga esos nombres que usted plantea, señorita comadre.

—Sí, sí, disculpe, Coluna, con tantas personas que visito

en estas recorridas. . . Los interiores me matan, llenos de lugares mezclados, con gente difícil hasta para nombrar. . . ¡Qué manera de bautizar a los hijos! Porque los pasan por el agua de la iglesia, a usted también, ¿no es verdad?

La mujer abandonando un chorro de humo finísimo, huella calcinada que se pierde.

—A mí, lo que es a mí, nunca. . . Parece que mi madre me bautizó al yo nacer, con los líquidos de su barriga. . . Y usted, ¿qué nombre le han puesto?

—Ana María, solamente Ana María. . .

—Dos santas le dieron su título, ¿no?

—Pero. . . no me distraiga: mi tema es otro. Nada de tiempo para reuniones o juntas, todo ya está discutido y aprobado, somos así. Y usted debe aceptar la resolución del. . .

— ¡Un carajo, eso estoy aceptando. . .!

Contestó fuera de todo grito, sólo con la pura voz que siempre tuvo para hablar de lo que resultara, una voz como sin él.

— ¡No, si nosotros justamente no somos así. . .!

Y la juntadera, la reunión salió esa noche, peleadísima. Los siete principales de entonces y la mujer altona, Ana María. Cuatro a tres les ganó Coluna, y después que ganó, porque ella, claro, no votaba, les dijo o se dijo:

—Bueno, agora sí voy a la ciudad, esta mañana que se nos viene, que ya está llegando, me voy. Y usted, Ana María, comadre firme, puede seguir estas recorridas que me la están matando. Hay que vivir, todos tenemos que vivir, pues. . . por lo tanto, siga. Hay pájaros que chiflan y hay pájaros que cantan.

Y él sí que aprendería de chiflidos, de silbidos y de cantos.

## 7. (Ana María)

LOGRO DAR ESPACIO estirado a sus piernas, dos líneas de cansado dolor defendidas por las faldas opacas. El autobús se abalanzaba hacia uno de sus profundos destinos cotidianos, ella tendría que descender en el pueblo visitado repetidamente, ¿quién la esperaría, en qué cama terminaría apagando el resplandor complejo de las conversaciones, en qué almohada abandonaría el pelo menos cuidado y más eclipsado, en qué

mesita o madera quedarían los lentes reposando y ordenando en una imagen final tantos nombres, resoluciones, carpetas, cigarros, casas, árboles, caminos?

La mitad de cada semana en eso, tejiendo donde no había hilo ni agujas, destejiendo donde las cosas se enredaban, cruzando la abundosa soledad de los campos, las colinas, transitando puentes de visibles precariedades, aumentando la ordenada lista de gentes y compadres a visitar.

“Ver a uno es ver a más de cuatro, es ventaja pero atrás de los cuatro vienen otros, y esta es lluvia que no para, nosotros ayudamos a desatarla, de qué me quejo pues, yo diría que es el cuerpo solo que se lamenta, porque a una le gusta y cuanto más le gusta, más se cansa. . .”

Bajó, saludó, fue saludada, estudió los sucesos generales, los casos de cada cual, fumó y fumó de los cigarros suyos y de los prestados, hubo cena entre dos gallos, durmió como quien deja de respirar, la despertaron para el café y el pan y la manteca y la leche, analizó las gestiones y el esfuerzo, preparó una breve información, percibió que el sol decretaba una mañana insondable y decidió que no viajaría más, o que viajaría suficientemente menos, rincones de utilidad había para ella en parte cualquiera, en verdad ya tenía hecho el acuerdo para los cambios, decía “basta” y empezaba en otro lado.

“Me cuesta perder de vista a este personal, viven difícil y qué nombrecitos levantan, de pensamientos mezcladazos y sacrificios limpios, nomás me recuerdo lo sucedido en Rivamento, con Columba y sus cuatro compadres, ¡la frontera es un país bien distinto! ¡Cuánto más pasó desde que por allá fui!”

Se volvía de tren, más barato el boleto y con alguna comodidad para las finales cansaderas. El envés de las manos se trizó en las inesperadas dimensiones del vidrio temblante. Luego de cierto quietismo preparatorio, ajustó su altura al galope de los hierros chocantes, puso los zapatos al amparo del ala del asiento y los pies sobre el cuero negro de los espacios cercanos y liberados que enfrente se ofrecían, la nuca modificó su inclinación, eligió no dormir, no fumar, nada que la desuniera del retorno, nada que rompiera o tocara sabor, olor, sonido y grito, piel y metal, desgarrón y luz y lágrimas de su total memoria, así, así fue regresando Ana María.

## 8. (Otros llamados)

LOS OTROS LLAMADOS, unos cuantos y pico se hicieron año tras año, temporada tras temporada, se los comunicaban por teléfono o telegrama para firmar al recibir o por cartas de urgencia y reparto apresurado. Iba y volvía, llevaba las anotaciones sintetizadoras, el daterío, buenas informaciones, juntaba palabras y las pasaba en papeles parejos, con letra de comprender (más adelante un mozo Valmir también armaría sus anales y prácticas resultancias), y hablaba de lo hecho y de lo no realizado, no podía mentir ni vender tranvías ni cambiarle el tono del color a cada piel de las cosas o personas.

De los siete, que luego fueron nueve y hasta once compadres de dirigencia, fue transformándose en el principal, el más importante y rebasado, el que decidía lo que otros ni imaginaban soñar.

Pero continuaba con sus trabajos en el boliche abarrotado de zapatos, bien que supo y aprendió a caminar para tenerlo, vendía para cualquiera, conversaba hasta con y por los sordos, bajaba un precio si ganaba una confianza, una chance, una sonrisa más firme que otras derrengaderas de bocas, una posibilidad adivinaba entre billetes rechazados: él, Coluna, no daba lo visible, que los demás dieran para entregarse.

“Marcar el camino y después, loguño el zapato”, pensaba.

—En fin, meus amigos, hoy salimos a hacer lo dispuesto y arreglado. Con Carlos Antonio, por ejemplo, ni un problemita tendremos. Por el boliche mío va, pasa seguido, ya está conversado, pegado al palabrerío cierto: calzado es como pie, uno adelante y el otro cerquita.

Y con frases similares insistía ante sus compadres, que un chanco solo no llega a chiquero.

Coluna era medidor de tiempo, aquel tiempo de vos y tú.

De pronto, no estaba en la frontera y nadie se enteraba. Regresaba y nadie sospechaba que había vuelto. Y los menesteres ya no andaban mal, hasta crecían su hervor en la media calma de la tiznada olla fronteriza.

Y aquella mejoría fue optimizada por una inestable e inadvertida abstinencia (él sintió que la desgana fallecía y ninguno pudo suponer, ni quiso, su erótica quietud), y procuró el equilibrio regulador de su ajetreada y soledosa sustancia.

## 9. (Carlos Antonio)

YA HABIA ATENDIDO la difusión de sus responsabilidades, el montón de papeles rectangulares o cuadraditos o con pliegues de servible mano paralela, las hojas pegadas, fijadas a sus finas tapas de cubrir las certezas y la ciencia de virar el mundo y de trocar a la chusma, al bagazo en gente como la gente, gente nueva, nada menos que eso.

—Tengo resueltas sí, mis distribuciones, mi reparto, mi adjudicación dende que me fue apalabrando Coluna pra tareas superiores, dirigiendo y convenciéndome pra isto, béin que me gusta a mí echar un cumplimiento cierto. Entón, pues no entiendo por qué anda queriéndome ver tan de apurito agora, mandó a su mulata sacada de un queco, él sí que supo olvidarse de darnos comunicaciones, de tenernos al día con los sucesos diarios, iy hoy con estas lindas urgencias...!

Así enruidaba su media murmuración.

Las voces de la Severina le picaron el caracol de las orejas internas, un escozor enfadoso era el motivo de lo que ella dijo para él, el pequeño vaho que desalojaba de los labios para organizar en un aire cercano lo que Coluna encargó transmitir.

—¡Qué moza mulatoncita y tan bonitiña, qué coisiña mais redonda para se sentar, con los vestidos claros y dale con ese dengue de movimentaciones, es de las que cuelgan la carne alta... ¡Ah, compadre Coluna, suertudo sos vos, con tal rico asado, y yo con los huesos flacos que tengo en la casa!

Así le dolía —haciéndole trastabillar la voluntad de las ideas— la acezante entremirada y le crujía el aparato de medio hablar.

“...y que por favor, vaya a verlo insiguída, seu Carlos Antonio, que apartado un poquito usted parece que anda, nadies piensa que está de muy quieto, mais el señor sabe que tiene que contar lo que se hace y planea fazer...”

Tal la Severina Junco, con sus decires suaves y su idioma de otras fronteras, y con aspecto de no quebrarse, de no estragarse en los efectos de furiosidades y entristecimientos.

—Digalé que mañana, en fin, que blablá.

Aceitando la tragadera le contestó, y durante su respuesta tuvo un ahogamiento de desesperación— menos por decir lo que dijo que por ver lo que vio— y la dejó que saludara, con apuros reforzados de mirarle las linduras que él más apreciaba.



Ya sabremos que no pasó por lo de Coluna, pero con el principal se juntó luego, en las reunidas del bagazo completo, en las charlas positivas de toda la principalía, en la enterrada tremenda de los muertitos cuatro, en el viaje que recorrieron con Josefo Amargo, a la capital.

— ¡Qué yeito mañoso de haber silencio esa vez, nunca tenía imaginado un viaje así, de tanto no platicar ni conversar ni cuchichear, de tanto negar fósforo al cigarro, y los trenes tracatraca, aborrecidos los tres, yo con Josefo y con Coluna, quién con quién, yendo y voltando, arreglando con los compadres de allá, todito pienso, y nosotros a los codazos por un pedacito de sol. . . !

Recién le elaboró el tal relato a Valmir, cuando hubo suficiente lejanía o cuando los recuerdos cedieron parte de sus sustancias elementales a ese recurso de la memoria que habitualmente se llama olvido, aunque nada indica la honda necesidad de que nos agreguemos al diálogo ocurrido en un futuro que no se juega o compromete integralmente en el tránsito de nuestra historia. Tampoco importa en exceso o impulso, inventarle a Carlos Antonio una vida singular, seriada de humildes hazañas de lo suyo o surtida de celos o neutralizada por la punzante estrategia de los deseos mal transportados y mal contenidos, pues de ser así había que incluir a su flaca, flaquísima y aguda mujer de carnes desplazadas por las comunes miserias y el desacostumbramiento particular (a más de sus gestiones de comadre movediza), y tal vez algún hijo o más de uno, con sus dolores de barriga enlombrizada y su tozudo, resistente agarramiento a estas comisuras del mundo.

Hasta aquí llegamos, compadre Carlos Antonio, apunta con tu oído para otro lado, déjanos soplar en las bocas durmientes, y sigue en la continuación de lo bueno y de lo deslucido de cada una de las cuestiones tuyas.

#### 10. (Verano jodido)

DURANTE ESE AÑO jodido, jodiento, jodidoso (temporales de gigantescos derrames de sol, legiones de insólitos cascudos que crepitaban con sus seis patas innobles alzadas en un pavimento de fritanga, cuartelazos de picudos anófeles que impactaban su fiebre contra las carnes inevitablemente desnudadas, malocas de seres corrosivos y de parásitos

sedientos, algarada de intangible veneno en las aguas carcomidas por el refugio resacante de vientos atroces), la temperatura aumentó en el verano terrible de Rivamento (el mismo Diablo Negro se sumió con toda su satanesca burocracia en unas cuevas muy metidas entre los surtidores del arroyo Cuñapirú, disparándose de aquella ambientación infernal, eso dijeron y decimos) y tanto fue para arriba que la viejita Robaldina, la portera del queco plantado en medio de la línea —marcas caprichosas de fronteras que dividen y acercan—, Robaldina pues, largó un eructazo, en verdad fue como un pavoroso pedo por la boca. Y allí quedó, de noche era en su noche, con los ojos endurecidos por la laboriosa sorpresa de aquella muerte.

#### 11. (Robaldina)

ERA FUNCION DE causa difícil soportar el sopor, el mormaso pobre en alivios, excluyente de frescores, agobiante de sudor y entregamiento. Y más para la viejita Robaldina, mujer sin apellido, portera o conserje con experiencias de mancebías concurridas y un pasado profundo de romances rotos y un cierto par de hijitos que por ahí le andaban, deshaciéndose en vida de trabajos cambiantes y flotantes.

—Cómo andás, no te pregunto, béin lo estoy viendo en tu facha. ¿Trajistes las garrafas de caña, licores y güisque?

La patrona, señora Angela del Rocío, aulladoramente demandando porfía a su ánimo, libremente despreciándola por que “algún día serás como esta vieja, vejarraca, ni hijos criados habrá en tu maquinita de recordar. . .”

—Ya las truje, adentro las dejé, la Severina con ellas.

—¿Y los yelos? ¡Piedras béin frías y cortadas te pedí de encargo. . . !

Los semejantes voceríos de bullanga de la mujer embatada en sedas dudosas, esponja de bochorno y aguas enredándose.

—Pra iso hay que volver, estar pronto no estaba. . . Mais tarde en la tardesña, yo vuelvo. Es que agora cuesta mucho enfriar el agua. . . Quede en paciencia la siora. . .

—Y deciles que en cuadritos parejos los quiero, a los hielos. Gentes de arriba vienen hoy, jailaifes encopetados, todo

tiene que estar fresquito. ¡Ah, y el patio te barrés, una baldeada por encima, y quemazón de ricos yuyos de la dotora Verticalia, para suerte de recaudaciones y un olorcito bueno!

Gritos apalabrados los de aquella patrona, las pantallas orejeras salían como lastimadas, pero dudas no se mantenían en cabeza ecorosa de oyente.

“Menos mal de mal que prontiño estaré muerta, lejos de esta gritaría de perra loca, de bicha alzada. . .”

Robaldina juntaba tanto vozarronaje en el rugir de la patrona, ya otra no tendría, que estando en su dormir se despertaba, batida por ecos gemebundos y resonancias de dolor.

Portera independiente y suelta había sido de antes, nada de afincarse en los quecos aquilombados. A su ranchito regresaba con los soles primerizos, algún hijito le solía caer por sus moradas, cada tiempísimo a alguno veía, nunca totalmente abandonó su expectativa de madre.

“¡Muy puta fui, putaza, y muy madre, madre a lo mismo macho!”

El hijo más viejo le nació cuando ella ya no era muy moza, los muchos amores se le fueron gastando en el puro gusto y placer, del sucesivo amachimbrarse con el Hortensio, aquel hombronazo de las arroceras, fue su novio mejor, novio de promesa, cumplires y atenciones.

Con el niño se portó a lo correcto, nada de andar discutiendo paternidades de origen:

—Ley del sentimiento es decreto de la sangre.

En la impostergable coyuntura talmente le dijo.

Claro que al arrozal, a las tierras en estado de cansancio, hay que darles un respiro de años, meterles vacas y bueyes para gordura y bostas de alimento.

—En otro lado plantan, después de Mangueira, dos estaciones más, allá voy, no tanto seguiremos juntados, cuidame al gurí, hombre será, Robaldina.

Nada ella respondió para él, hábito de ver espaldas teníase adjudicado, limpiando ropas grandes se mantuvo en el rancho y casa, “rancho inclinado, abichocándose, asujetado a un árbol torcido, mi casa es, cuero donde me cuido y remuevo”, limpiando ropajes anchos o escuetos, pues en estas tierras extraviadas tenemos suciera variadísima.

—Ansí resulta, meu filio hijo mío, vos en tu cajoncito, yo desde la espumosa hecha te puedo decir quién tiene dor-

mido en este trapo blanco y bordado, tela que viene de otra ciudad, un viejo aflojado, orines de manchar oscuro y pedacitos de yerba mate, y éste es para mujer moza descansar, y éste de gurí que toma su baño, jabón de aroma y su pichí también, y éste de patrona de quilombo, supongo por las señales que es mujerona de doble filo como yilé, corta de abajo y corta de arriba, vos por agora me adivinás lo que te digo, luego tendrás que aprenderlo a saber. . .

Cuando Hortensio dio su regreso último, la Robaldina ya andaba de nuevo hijo inaugurado, en brazo y teta pezonuda lo sostuvo, y de este modo conversaron:

—Bueno, Robaldinita, seguridad de estiotro no tengo, me pasé un algo en las fechas de estar aquí. . .

Palabreó Hortensio, de seriedades responsables era portador.

—Y. . . sí, vos entre los arroceros y una nadando entre sábanas y sudaderas. Esta casa no tiene puerta, yo solita miro lo que hago, gurises no distinguen color, esperiencias ganastes y sabés, yo ya no ando de joven o muchacha, mosiña no estoy, los días caminan, los hombres de estas zonas tienen inquietú, el cuerpo no descansa, en eso son como el señorito Diablo. . .

—Una semanita imaginaba estarme cuntigo y el gurí, mais agora ni sé. . .

—Casa tuya es mi rancho, vos sos la puerta. Lo que quieras podés estarte, pra tres rincones de dormir hay acomodo, cunita, catrecito y catre.

“Sus diez días, sol con luna, se estuvo, pegado a la gurisada, a los rapaces, y a mí mesma, hasta que la espalda le ví, nunca más la cara”.

—Era hombre de buen callar, ¿eh Robaldina?, y este queco de agora es el rugido sin respiro ni prórroga. El Hortensio se fue y dejó una especie de silenciamiento, una falta de ruido, un no hablar que me ponía cada noche luces de quejido en los ojos abiertos, resquiciados y esperantes.

## 12. (Hortensio)

CON TODO SU grandonazo cuerpo grande, Hortensio se bajó dos paradas de tren más adelante de Manguieras. Diez jorna-

das enteras en casa de su novia, su enamorada ya no muy joven y parida de dos hijos, uno de él y el otro de quién será, ¿eh? Bastante más que otras, le gustaba. Quizá en un plazo regular, nada de raros prejuicios y pensamientos, él se casaría en ley con ella, y haría matrimonio reglamentado sí, ainda con los dos gurises, ya de salarios superiores y chance para una casita de firmezas duraderas.

Indeciso y serio probado y comprobado, Hortensio chocaba entre vacilaciones menudas y la tremenda eternidad que hallaba en un pajarito, en un gesto de rapaz pequeño, en las jugosas roturaciones de la tierra o en un beso lejano de su novia bienquerida.

En las labores del arroz se remeti6, más alto que sí mismo, amurallando las taipas, examinando los contenidos exaltantes del agua, distraído porque debía formarse un destino propio con los demás, con sus tres elegidos otros, y tan distraído que a las pocas un tractorazo de gringa fabricación rebullente lo pisó en una pasada de barro diluido.

Al morir se le trancó en la desatada luz final de la cabeza, la figura de Robaldina, raramente sentada en una sillita de paja, esperándolo, y como era hombre sujeto a los extensos silencios, no pudo o no tuvo mera ocurrencia de nombrarla.

Fue así como Hortensio terminó de suceder por nuestras historias.

### 13. (Robaldina)

LA PORTERA RECLAMO los trozos de hielo acuadrados, una ollita llevaba, tapa y paño claro. Los fueron poniendo allí, ella respiraba el pequeño frío de aquel aire blanco, afuera el tremendazo calor que le golpeaba los huesitos desfibrados, los goterones de penoso sudor que le iban secando los mantos de la piel.

—Con la patrona Angela del Rocío arreglan el pagamento.

Eso creyó que dijo al irse, con mareos que la ponían en el único punto fijo y estable de la tierra.

“No entramos ainda en el bico, en la boca de la noche, cuánta estrella y sombra falta todavía, cuántos tipos vendrán, cuántas fichas de control pra cada uno de ellos, músicas de bailanta, rejuntadero de vasos y garrafas y copas y tragos, los que recén se retiran en la mañana, fanáticos de la joda, y la

patrona, cuántos serán sus chillidos, en mi silla me voy a poner, cuando mi tiempo era antes, yo oficiaba de otro yeito, vieja estoy, Robaldina, a vos que sos yo te hablo, para morir-me en tal trono de palo y paja, cuidanta y reina de estos putaríos.”

Los hijos ya iban altos, con tendencias a lo hombrón, se largaron a darle a cuanta ocasión había, ganar dineros de dudoso pago o retaceada cifra, vestir de humo los bofes, estirar el pantalón, comprar chinelas o alpargatas, los pelos tener planchados, y camisa y poncho contra el enfriaje y una faca con apariencias de espada y ropas de ala en la cabeza, y mujeres cuando se cruzan o arriman o pasan por uno, y la Robaldina en su guarismo de amores continuos, de mientras se andaba, ya bajando.

—La espalda no respondía a mi charla de huesos necesarios, a un quilombo llegué, recomendada por uno de mis cariños, pariente creo de doña Nené la Vieja. Que por sola una se jode, y por muy acompañada también.

Sus cualidades expuso en una calle de complicaciones, balaceras explotaban las veces sin sorpresa alguna, había entonces que inventar tapaderas frente a la autoridad de los superiores delegados.

“¿Quéin gusta de un muerto salpicado en la cama?”, y había que atender a las mozas y menos mozas que sacudían barriga y patas en posturas de especialidad y competencia, a lo más preparar un té de yuyos buenos para un borracho de distinción, pero de recados y mandaderas, nada y no, sí en su lugar, controlando y cuidando, comparando fichas con plata entregada, con placeres de minutos apurados a vivo resuello y ya está. Hasta la vejez de ahora, solicitada por patrones de poder y sonrisa de convicción precaria, ella los radiografiaba de un solo toque de párpados, experta fuese volviendo y más carcamala, hasta ser la viejita Robaldina en ciertos momentos de su desgastada biografía, sin esperar a los hijos que cargaban sus ocupaciones salteantes, vendido de un único pagamento el tablerío de su rancho y casa, y ubicada en el queco residencial de la señora Angela del Rocío, sumida en los calorones horrisonantes del año más caliente de toda la suma de sus días y noches, media impaciente por irse muriendo.

“Lo de la farra preparada, ¡qué gigantismo de relajo fue! La Severina Junco no quiso entrar en aquello, de asco acreditado, esa mulatita conserva sus dignidades, la patrona como que enamorada de ella, pur iso le permitió salirse de las manos babosas y de las bocas jetonas chorreadas y de los ojazos brillosos de los señorones invitados, muy en la pinta con sus trajes los lucidos ellos, sí, y al rato con los tales pedos de caña y de güisque, y danzando despelotados arriba de las mesas, con una pinica para mear de sombrero y manoteándome hasta a mí, el señor alcalde y otros que béin conozco yo, abriendo el corral y largando los chanchos, sus más sucios bichos pra fuera, pienso. Y agora, aquí sentadita, los hijitos míos dando sus yiros trabajosos, nadies dentro hoy, tantos calores pesan, poquísima ficha he colocado, tan poquísimas que ni son, y el mareo que me sube y los barullos roncándome contra el corazón, como el feo regusto de comida mala. Y el ruido que sube igual, un rebote de las voceronas de la señora patrona, un silencio de Hortensio, ¿por qué ahorita de él?, ¡que se rompe, se quiebra, estragándoseeeeeeehhh. . .!”

El sonido desatinado y enorme la desgajó de todo aquello, en su paraje pajizo de cuatro patitas fue la huida o derrota o la permanencia o afirmación, según se opine; la ráfaga brutal que atraería a la Severina, que haría disonar los aullidos de la señora Angela del Rocío, que provocaría la colectiva labor funeraria de manos apercebidas para otra cosa.

Por esa simple razón sonora, la viejita Robaldina no le entregaría su ficha a Coluna, cuando éste llegara con intención de macho solo y fatigado, para encontrarse con la Severina Junco.

#### 14. (En el queco)

LAS MUJERES ESTABAN en el patio de atrás, ventilándose el agua interminable de los cuerpos esa vez poco usados a fuerza de haber tanto repetido calor.

—¿Qué le pasa a la Robaldina?

Eso preguntó Severina Junco, de Bayeté tenía venido, más hambres inquietas que en la frontera rivamentina caminaban en sus pueblos de nacimiento y crianza.

—¿Por qué, che vos, que oístes?

Eso gritó como siempre gritaba la señora Angela del Ro-

cío, propietaria y administradora de cuantas camas y enaguas y batas y nalguerío arrugado o liso y tetitas con ganas de luchar, erectarse y vivir se daban en el local, rincón de todo placer, santuario de toda locura.

—Un ruido, señora, fuerte, duro como trueno de quién muere. . .

—El calorón da ruido, no sabía. . . Andá a ver, vos mesma, Severina, movete con esa colita linda. . .

Largó su aullido sencillo y largo. Y con el vigor de sus pestañas engomadas, le iba tocando, palpando, sintiendo, pensando, rozando, distribuyendo los golpeteos que dejaba por el camino el culito joven de Severina Junco.

Porque también ciertos gustos gustaba la señora gritona Angela del Rocío, gustos de la mera necesidad.

—Algo me dice que tenemos que cambiar, trocar, virar el viento, si no es que nos volvimos un medallón de mierda de vaca, secándonos y pudriéndonos.

Le había gritado veces, con variantes diversas, y muy mal no le salían los cambiazos.

Ahora andaba como bobona, metida con la mulatita de Bayeté, desde recién llegada, meses nomás, casi no le permitía trabajar en lo que ella misma le enseñaba. Porque había advenido sabiendo de las eróticas ciencias y de la disciplina de Venus, mucho menos que gallina preñada al descuido, a rutinario plumazo de gallo.

Después, las mujeres totalmente saltando a contemplar el cadáver acalorado de la viejita Robaldina, la boca silenciosa y bastante descuajeringada, durita en su puesto contra la puerta, volteada por su propia tempestad, como quebrada en la silla desde donde transmitiera mil y mil fichas de amor a tanto macherío resbaloso y tenso.

—¡Qué tal con la cuidadora que nos controlaba la vida!

Así destapó su garganta desvirgada la propietaria del prostibular mujeraje, pidió que se le sacaran bien enseguida del sitio de donde no se movía ni de donde no se iría por cualquier motivo la portera Robaldina.

Y ya empezaban a recoger el restito que precisara un semejante mundo de tiempo para ser lo que allí estaba ahora, a la vista e irritación de la señora Angela del Rocío; ya empezaban a juntar aquel poquito, a las apuradas y gentilmente

para que no fuera a pulverizarse gelatinosamente en el calor del año bien jodido; ya empezaban las mujeres, sudándose unas a otras, salpicándose, empujándose, a agarrar los huecitos de agua, los pelos y cabellos atados a la humedad esponjosa de la mollera abandonada; ya empezaban, cuando Coluna, que volvía de la ciudad capital lejanísima con tensiones y dolores parecidos a un encierro, la vio a la Severina Junco, con la enagua uniéndosele a la piel, con los poros haciendo andar hacia el suelo desordenado un solo arroyito de olores distantes.

—Contigo, con vos me ocupo, mujercita.

Le dijo antes de que alguna otra pudiera verlo ni la señora patrona situar su grito de espanto.

—Sí, señor, pero hay que arrumar, acertar digo, con la dueña de nosotros.

Un tono tranquilo y asombrado, y pétalos y raíces con miel y tamales dulces y jícamas para el sabor y la transparencia.

Ella lo miraba, aun en la tal circunstancia de morires, mirar sí que miraba: eso no siempre se aprende, pero: ¿qué no habrá en la punta de ciertos ojos, qué luces habrá? ¿Qué cara de Coluna vio ella en Joaquín Coluna? ¿Qué Severina vio él en el rostro de Severina Junco?

La doña señora Angela del Rocío, no rugió mucho por esa vez. Cuando los amores se mezclan de súbito o salen de pronto juntos con la muerte, es mejor que la historia camine sola, al menos por una tajada de tiempo: brisa a los gusanos y silencio al grito.

Coluna se marchó con la Severina una horita después de estar con la mulata en el cuarto, en la medida cama transitada, en el espejo redondeado como un testigo impuro, en las traperas, traperías o trapales que metieron en el bolsón blanco, en el retrato de la niña que mal recordaba a su madre y peor a cualquier escuela.

Se arrancó con ella, y la patrona le hizo pagar gastos de trenes y mudanzas imaginarias, “de Bayeté me la traje especialmente a esta mocita”, papelerías que en la frontera no disponen de lectores ningunos: firmar pues, y palante.

Coluna dio los dineros de necesidad, ni un alarido le permitió a la doña gritona, celosa y mojada, fatalmente en su bata de noche con ausencia de doble sudor y en medio de un

aire que las mosconas mortuorias ya ventilaban. Al fin de todo asunto, él era negociante en zapatos, y la Severina se iba de patitas en el suelo.

### 15. (Angela del Rocío)

—ME VOY, ME largo para Marimbao, isto es un asco de toda porquera, que calorones jodientos, que lluvias como en las biblias, que los diñeros son cada vez más rebeldes pra aquí llegar, que las mujercitas más bonitiñas y sabidas se me van pra los demás quilombos y cabaretes, ese Chalé Rojo de gente platuda es la pura competición desalmada, y que a más de matarse los machos por amor, agora a las personas pues las amasan, las andan despanzurrando por políticas, ¿en qué voy a terminar yo, arrejuntando lo pior pra los piores mugrosos y pagadores sin lana, sin guita, sin plata?

Con ese saldo de vociferaciones rugientes se despertó la señora Angela del Rocío, ronca y sudada y con la bata puesta muy en abertura, hojas separadas como la tranquera o los portones del infierno.

Su última negrita le dormía al costado, ninguna como la Severina Junco, con los saltos menudos de la cola minuciosa. Resbaló las manos por el lomo flaquiento de la muchacha encontrada sin mandarla pedir o traer, y se dejó conducir por un suspiro impactante de caricias diferidas.

—Esta vino de solita, traída por el hambre también, y cuando engorde se me va a dir. . . Por pasión tendrían que venirse cunmigo, por cariño quedarse instaladas aquí. . .

Los dedos bajaron, caminaron, subieron, con interés escaso por la nomenclatura de lo transitado.

—Todas las quiero pra mí, que ni una se me escape, pra enllenarlas de comidita, pra darles enseñanza de cama y afeto, mais después se mandan en sus putarías por la cuenta, quieren para ellas mismas lucrar, y van sumiéndose en esos buracos imundos, a reventar como la Robaldina, tan independiente y liberal que se creyó siempre que era. . . ¿Qué es lo que está pasando aquí, que nadies nada paga ni pra mojar su pito, decime vos, meu Deus con algunos santos, porque todos no me gustan?

Recordó más una vez a la doctora amiga, a la Bemvinda

Verticalia, negrona de infinito tetonaje y piernas de imponencia, fabricando hierbas casamenteras, desbordando habitaciones con enfermedades despachadas, velorios de mozas mal abortadas a filo de tijera, portoncitos laterales de encubiertas consultas, jardinerías de yuyos santos y escenarios de figuras sacramentadas.

—¿Y si yo fuese de conferencia y consejo con ella? Tiene que decir pra mí lo que pasa, mostrarme el hígado de estas jodas tan ruines. . .

Se gritó y lo gritó, como en congreso de sordos cerrados.

Y ya lavadita de caneco o vasija movida por la negra muchacha dormilona, ya vestidita con telas color calle, pared, árbol, cielo arrastrado y polvo en desnudez, ya en ayunas y sin apetito de almuerzo o café o merienda o bocado nocturno, pateó las cuabras pocas de aquellas pocas poblaciones hasta el consultorio prestigioso y saturado de alucinada y cansina concurrencia.

—Decile que llegué yo, la señora Angela del Rocío.

Vozarronamente le ordenó a Branquiño, la marica loca que servía de gratis y por gratitud a la mágica doctora.

Ni una pitada o fumada de demora le hicieron, al cuarto ingresó, fragmentando el murmuloso silenciamiento de protestas contenidas, saludó con mano en mano dada, besos no, que bien los mantenía para sus tendencias de hembreado y hembretado amor.

La doctora Bemvinda, consultante hija de las más primerizas curandeteras de los pueblos rivamentinos, con una edad exactamente igual al doble de la mitad del rabo de un cachorro, dio por muertas las saluciones y cambió de ceremonia:

—Ciento cuarentidós jornales sin venir por este ranchiño, esta choza de bendiciones, amiga señora de línea enquecada, nociones de numérica yo tengo ainda, sí, todavía, y aquí están mis barajitas sabedoras, nada contestes si querés preguntar en tus demandas.

Los dedos, tripas gordazas de cerdo negro con un ojal blanqueándole en cada terminación de chatura, dieron cuerda y aliento a las cartas encostradas por los sedimentos del azar, el poso naciente de los futuros tocables, las acumulaciones desprolijas del pasado, los desprendimientos ambiguos del presente, del hoy que existirá mientras haya un par de ojitos

que lean y un erguido par de orejas elegidas con buena voluntad de escuchar.

—Mirá mi reina, así digo yo, aunque es macho y esos trozos de sesualidá no me importan, mirala, ¿sabés lo que dice pra vos? Que amorcito tendrás en las prontitudes de estas semanas, amorcito flacuchiento, menudo y de sabor, y mirá el sota, tal baraja es hembra pra mí, como anda de faca estirada y filos secos, quiere decir que tendrás protesión del Santo, y mirá agora la cola sucia, el asito de oro rubio, ni sé qué es por lo sesual, de cualquier inclinación, dice que tus dineros tendrás cuando acabe el almanaque, y mirá la princesa en su yegua parda, machos los dos y béin lucidos y contentos, lindos, total, si dicen que tendrás un viajecito a Marimbao, y que mucho cinches y trabajos pra todo isto: si querés lluvia, pues salí con paraguas. . .

La señora Angel del Rocío absorbió su asombro encantado con el tenue despilfarro de un ademán cosmopolita, y desgritándose, dijo sin ahogo:

—Gué, pra qué preguntarte nada pra vos, dotora amiga Bemvinda Verticalia, en deuda estoy cuntigo, con verte un poquiño se sabe quéin manda por estas regiones, es que en función de mis negocios no venía, que las voces de tus barajitas den cumplimiento pra mí, gracias, muito obligada, y mais minutitos no te robo, no, que gente en turmas, en lotes, sí, espera tu rica santidá. . .

Después del mano en mano dada, se desligó de la silla, y al pasar por la mesita de salida, colocó ciento cuarenta y dos pesos justos en moneda vieja y nueva en la caja receptora de las voluntades que permitían o permiten aún a la doctora realizar su ciencia en tales desmañados universos sufrientes.

Y a Branquiño muy tupido lo empropinó, bajo la guía de una inédita intuición solidaria.

## 16. (Distracciones y encuentros)

LOS TRABAJOS DEL comercio siguieron su eslabonamiento cotidiano, volaban las mariposas velludas, los mosquitos mordedores, los mutantes cascudos. Pero menos horas él se cruzaba sobre el mostrador abalconado, cada tanto se sumía en la casa, rumores se escuchaban entonces, por eso mismo, como si alguien estuviera abriendo un papel de seda sin las

manos. Asimismo por eso los zapatos se vendían a precios locos, enervados de ofertas y demandas, o no eran pedidos al decaer su existencia, en aquellos días en que la inspiración bolichera y negociadora se nuclea en una gota de oro. Las ventas se retiraban con la seca que el verano derrumbaba contra los pueblos amontonados, y las otras cosas también dejaban su crecimiento, más bien para abajo comenzaban a irse.

—Coluna, hay que juntar la gente que tenemos, la nuestra, vos andás como distraído de todo. Ya nos debés como tres semanitas de informaciones, relaciones y directivas. . .

Con ese modo le fueron diciendo de a sus pocas los restantes principales.

—Sisí, ta béin, razón vosés béin tienen, pero yo también tengo mis asuntitos. . . Resolver de acá, de allá, hasta el negocio del calzado, para cuantos costados me cuelgan del esqueleto.

Y agregó con su pura voz:

—Y ustedes, y vosés, ¿no prestan para cosa que sirva sin este compadre entretenido de Coluna? ¿Sin mí, pues nada?

Frases vinieron, tejido de pares de manos y lenguas:

—Mais, vos tenés inteligencias mayores, viveza esperta, más preparado eres, te explicaron y aprendistes, seguido vas a la capital, de allá te piden, y aquí, nosotros, ¿qué? siempre fue así o similar. . . Y entuavía comer y darle a los palos quien es carpintero y al ladrillo el que es albañil y al bagayo el que se rebusca con su contrabandito y al. . .

— ¡Y a la puta todos vosés béin juntos, meus compadres camaradas y amigos!

Coluna se perdía por las gárgaras de su risa, de esa intrincada manera se reía porque así le iban surgiendo las burbujitas de la risa de la Severina, riéndose porque ya no encontraba hora para cada cosa y cada cosa era hecha, formada, construida, levantada o rota a través de una formulación que no podía ser convertida en otra moneda sin desprenderse de su valor o sustancia.

Los principales lo miraron y no le entendían tanta risada en la cara como amulatada y fina.

—Las tuyas palabras, no me están gustando, ni los gorgoritos de risa de tu tragadero. . . Eso no es de compadre.

Tal le expresó Josefo Amargo, entre ellos el viento no caminaba, nunca soplaría por lo exacto, nunca exactamente ni en los sucesos de mejor soplado.

### 17. (Josefo Amargo)

EN EL SOBRE le venían los mandatos, con firma clavada directamente por el gran compadre Pepe, entonces, hizo cálculo de que en cuatro días debía estar para el juntamiento de las representaciones, él, Josefo Amargo, era el principal, mandó que dijeran al bagazo de sus gentes las disposiciones llegadas, siempre alguno agitaría las patitas para arriba y para los costados y para abajo, pero él haría cesar el pataleo, las removimentaciones, pues mando de allá tenía, él era los dedos del brazo dilatadísimo, estiradísimo de Pepe, jefonazo de toda principalía, metido en sus poderes porque allí se había metido, solito, ¿y qué?

Su parcito de horas contables antes de salirse para las capitales, compró Josefo Amargo dos velas nuevas, rígidas y bien blanquitas, purezas del material, dijo para la mujer:

—Se las encajás al Santo de Faca y Lanza, a don Jorge, con estos fuegos el bicho del dragón va a quedar pinchado y jodido, y arrejuntame el yuyaje de los sabrosos olorcitos, no te me olvidés, yo estaré pur aquí cuando la segunda velita siga prendida, apagándose.

A la mujer no presentó explicaciones de viajadas con sorpresa de aviso, “mulier nao entende nada, es pra la casa, sólo iso, macho en la calle, en los talleres y negocios y políticas, por el mundo”, exigió camisa, traje recto y corbata colorida de rojo, una maleta de duros cartones pintados al cuero y aguantados por varillas interiores, “y vosés, rapaces, gurisada, se me portan béin, comportándose pra colaboración con su madre en lo que haiga que hacer”, y con sus ayudantes de embajada despedidora salió pateando a lo amplio de la calzada.

“Y con aquello se terminó la cosa, el compadre Pepe me lo volaron al carajo por personalista y prevalecido, y yo me quemé hasta el hueso por seguirlo con el voto, si los mandatos le debía, yo era hombre de él, y cuando se gastaron los años que tienen igual que venir pra dirse, Pepe se murió, y entonces le ubiqué una vela lo mesmo que al Santo Jorge,

pra calentarle el alma, y a mí me pelaron pra fora, fui apartado, arrumbado, me congelaron, fui casi espulsado, no digo que no, pero después fui acetado de nuevo, con más compadres principales junto, el asunto ha crecido, pero ¿pra qué tanto personal esagerado?, no digo que sobren, y el Coluna, de gurí nuevo que lo conocí béin, saltó como crecido de un golpecito o de muchos golpecitos sin ruido, y nos fue montando a todos, ¡qué vivo es!, de mucho libro y lengua de no parar, sin hablar parece que igualito habla para uno, caminando siempre pra arriba y pra abajo como calzón de puta, poco nos agüentamos con él, con otros compadres me junté una vuelta yo, y él se conversó al bagasaje, ide a uno!, y nos pisó la cabeza muy lindo en la asamblea, y pra qué criticarle lo de la Severina Junco y sus líos de macho alzado, si en Rivamento y estos pueblos, ¿quéin no es hormiga de cola parada?, ¿quéin no mató sus bichitos y hasta sus bichas amariconadas?, ¿quéin no mojó un seco?, ¿eh, quéin no? Y así anduvimos, creciendo mal y yendo pra frente con todo, se organizando y se relajando, y un día nos carnearon a los cuatro compadres, y vino aquella juntadera de tipos y tipas de cuanto barrio no se podía imaginar uno, ¿de dónde tenían salido como de un agujero de la tierra, de un buraco tan grandón?, ¿cuántos éramos en estos pueblitos sin Dios ninguno?, yo estuve, sí señor, Coluna alevantó al gurí de Abreusiño en los brazos enaltados, un rato lo tuvo de ese modo cansador, y después habló pra todos y todos nos pusimos firmes a cantar, y los muertitos fueron a dar a sus cuevas que eran cuatro, nuevitas, noviñas, limpias, y arrecéin agora digo, yo lo digo, me fui pra mi casa a berrear y a carajear muy de solito, y una bronca de rabia furiosa me atacó, y a los saltos entré al cuarto de comer y vi las velitas con el calor amarillo en la punta, y me vino un recuerdo de lejísimo, del compadre aquel con su rancho quemado, y levanté una pata y se las tiré por encima, y al Santo lo mantuve en su lugar, porque es compañero de años y la mujer lo quiere bastante más que a mí mismo, creo, y después seguimos con las faenas de reuniones y argumentos de bravas complicaduras, dando manija a lo nuestro, el año fue de los más jodiditos, con Coluna ya sabe usted lo que pasó en la capital, en Montevideú, épocas de negrura vinieron, pero agora acredito que vamos mejorando, que mucho vale lo que uno suda y que don San Jorge permita

y nos ayude. . .”

#### 18. (Mujer no entiende nada)

“POBRE LA FLACA, mi comadre de vueltas y enredijos de lengua, ta béin que andaba desinflada del pulmón, pero espichar así, morirse porque tenía que morirse, siempre la reventada de quéin apreciamos nos agarra con los ojos pal lado de las jitomateras, y tan reflaca que la fuimos viendo cada día, con la huesera por arriba del cuero, y eso que el Carlos Antonio le conseguía alguna tira de asado gordón y leche de primer ordeñe, y con los gurises ya pasando de niños chicos, pero pa hambre vieja no sirve comida nueva, usted, un decir, come por hoy, pero ¿quéin le borra lo que no mastió?, y ella, la Flaca, tuvo ese problemita de béin pequenecita, de guría, usando los dientes sólo pra chiflar entre ellos, y unos cuantos se le escaparon del agujero de las encías, a buscar plato y olla en otra parte, seguro. . .”

La mujer de Josefo Amargo pesquisó la cara del hombre de lentes, pelo breve apuntando hacia una frente abundosa, lomo encurvado de quien mira futuramente, mano describiendo, memorizando, anotando, confrontando, trabajando en el papel como en barro caliente.

—Claro, pero ¿qué actividad tenía la comadre Flaca, digamos. . . además de ser flaca?

—Siempre estuvo conmigo, yo le fui enseñando de a pocas, yo y ella visitábamos gente, mi marido nunca se puso contento por eso, decía que mulier en la casa, en el catre, en la cocina, yo no, y a ella le espliqué lo mismo, mi marido se pensaba que era así, pero él iba a lo suyo y yo me salía pra lo mío, con la Flaca primero no, luego sí, peleándonosela al Carlos Antonio, que no es nada malo, no vaya usted a creer, pero medio enmachado, machista, como muchos ainda pur aquí. . .

—Está claro, ¿y qué era lo que ustedes dos hacían, si es que usted lo puede decir?

—¿Nosotras las dos? Y mire, las conversábamos, y eso fue durante atados de añitos, paquetes de años, a las mujeres de los barrios de afuera, de alrededor, por el centro ni podíamos ir, fijesé nomás en la pinta, el aspecto de una, con esta



facha, por más que una sea de trabajo y residencia hogareña formada con las crianzas, ¿quéin nos va atender, a escuchar, a respetar, a echarnos una ayuda conciente de diñeros?

—¿Y las mujeres que usted dice. . . ?

—¿Que si nos respondían? Con mucha dificultad, pero de tanto escarbar, lombriz encuentra la gallina. Y de tanto mirar hasta un tuerto aprende los colores, ¿no es, don. . . ?

—De acuerdo, yo necesito alguna información mayor. Por ejemplo, qué pensaban esas señoras, quiero decir, qué opinaban de la vida en que estaban sumidas, como cambiar, en fin. . .

—Pensar, gué, ni pensaban lo bastante, acredito yo por un pensamiento mío. Lo más jodido, y disculpe por la susodicha espresión, era que una les iba a conversar de coisas que estas desgraciadas ni tenían noticia alguna. Hablelés de intrusión y de escuela mientras ya llega el marido o el novio con cama, todito borracho y me las curte a lazo, hablelés de hembras como ellas que en otros lados son doctoras en verdá, con estudio, o vuelan altísimo metidas en unos chirimbolos de estronática, mirando pra abajo y abajo estamos nosotros, hablelés de que por allá hay casas preciosas donde los gurises dejar cuando las mozas van a su fábrica, si los niños de ellas son pura panza con gusanitos, porque una oportunidad, esto que le digo, se lo espetaron así a la Flaca. . .

—¿Qué le dijeron, concretamente?

—Y pué, que no jorobara demasiado con el cuentito de los niños gordos, que leían de chiquitos, juguetones y contentos, cuando los de ella, la Flaca, no tenían ni teta pra chupar, que la Flaca en realidad nunca tuvo, los dos gurís se los criaron entre las vecinas, de esas que no entendían ni un pito de muchas historias nuestras, pero que hasta prestaban el pecho si algunos infelices precisaban de tectar. . .

—Perdone, ¿qué dijo hoy de su marido?

—¿Del mío o el de ella, la Flaca? El Josefo Amargo acredito que tal vez ya lo tenga escuchado. . . un cara, un tipo dificultoso, el de la Flaca. . .

—Permítame, señora, quería que. . .

—Ya le endivino, don, usted está queriendo que le diga de cómo nos escapábamos las dos de los dos, ¿no? Y haciendo todo el servicio de la casa, alevantándonos más de temprano, yo teniendo béin limpio el país donde mora el Santo, en el

cuarto de comer, dándole siempre una velita fresca, fuego que limpia la oscuridá, como canta una milonga que tengo escuchada de un amigo, porque si todo estaba bonito en las cuestiones domésticas, pra los maridos todo lo demás andaba perfeto, y ainda mais, les dábamos chance pra que nos hicieran sus gastitos de hombre conyugal. . . Y nos arreglamos pues así, de pronto ellos sabían y se ponían distraídos como el diablo en Semana Santa, pra mostrarse que eran muy machitos y seguir mirando culos por ahí, que mirar no es pecado sino educación de las vistas.

—¿Y el resultado de eso, de su difícil tarea. . . ?

—Bué, la fuimos llevando con efetividá, la Flaca tenía una paciencia lujosa, yo menos que ella, no desagero si le digo que nos hablamos a todas, viejas, medianas y mozas y hasta alguna gurisa crecida y mais avivada, les enseñamos, por ejemplo pra usted, de que se juntaran pra pedir un grifo grande, una canilla de aguas corredoras en un barrio que no tenía ni barrizal, un taller de policlínicos pra enfermos en otro de aquellos andurriales, un local de escuela grande en el cerro Coquero, que hubo que terminar fabricándolo entre compadres y amigos y vecindarios, espantando a los pastores gringos que querían meter su cuchara sin mezcla y sin argamasa, y otros asuntos también hallaron pra ellas entender que con chismes y porqueras de boca nada se consigue, nada bueno, pur iso nadies las arrejuntó cuando el enterramiento de los cuatro compadres, fueron solas, amontonadas, aquel lloradero, pero hasta puteando algunas de ellas, la Flaca parecía de otro tamaño, ¡qué mujerazas estuvimos criando, don señor, quéin no se acuerda de eso, quéin no lo reconoce, pues que le largue el corazón a los chanchos!

—Muy muy cierto, y para finalizar, la señora Flaca, ¿cómo falleció?

—Algo ya le avancé al principio, se fue volviendo una persona sin sombra, el marido, mirón de toda nalga transitadora, la cuidó, no lo niego, pero fue desatándose ella en una cabeza crinuda, apartándose de nosotros, como un charco comido por la arena de adentro, yo le agregué dos velas de cera blanca a don San Jorge, casi la fui a visitar a la negronaza Bemvinda, pero me contení pra no pasar por inorante, en veces me arrepiento de no haber ido, isi salvó hasta al puto de Bran-

quiño cuando el asunto de la envenenada aquella del suicidio!, la cosa es que la Flaca ya ni daba pra ser flaca, había que mirarla fijo dos o tres ojeadas pra formarle la figura, y pué, marchó pra la casa de todos, pal panteón, apenas con los pellejos y los huesitos bastantes como pra seguir siendo ella mesma, ¡qué poco de poco se llevó de pur aquí!, yo pienso si en otro lado, por allá, no hubiera vivido distinto, y en la cambiadera estamos, don señor que escribe, ¿no halla?, castigados, encerrados, cascoteados, echados del país, jodidos, verdugueados, pero sin aflojarle a nadie nada, pra terminar con todas las flacas de la frontera, usté me entiende béin, aunque dure su tiempo, ¿no?, acredito que usté me entiende.

### 19. (Respuesta de Coluna)

—CUESTIONES BIEN TUYAS, o de ustedes, de vosés, que están pescando lambarí con anzuelo ajeno. Y si no aprenden, es porque no aprendieron a leer todavía en la madera, en el ladrillo, en el bulto que fayaquean o bagayean. ¡Con meter pra delante no alcanza! Pra fuera y pra dentro es el asunto, compadres, no es sólo inteligencia de papeles, criterio de libros, destreza de folletos, no, mesmamente no y no! ¿O yo soy loco loro repetidor de lo que por allá en la capital me encajan? Y por aquí, por estos lugares jodidazos para lo nuestro, ¿se cumple o no se cumple? Allá son palabritas justas, muy esatas, pero acá es gente que hay que mover, conversar, tirarles de su plata, hacerlos pensar a seso limpio, mostrarles las piedras pra que no se trompiecen, la paré o el muro pra que le pongan verdades pintadas, y romperles la desconianza, sus miedos de cagalera, sus trotes de burro blanco. . .

Lo dejaron hablar, sabiendo o adivinando.

—Y hay que acordarse que no estamos solitos en la cancha, pateando a gusto la bola, el balón. ¿No existe el enemigo, diganmé?, ¿ese montón de patriotísticos que agora resucitan? Si tanto nos cuesta, es porque ellos béin que se viran y acomodan, con todo en la mano. ¿O no?

Al separarse de su voz, Coluna se había ido desriendo, mientras la Severina se le afirmaba como sangre perfumada entre los brazos que ya se preparaban para abrazar, pero a ella solamente abrazarían, porque él, Coluna, cuando terminó de hablar lo que los principales querían o habían procurado,

y más posiblemente y menos tal vez, comprendió del todo que la piel se le afinaba y que un aflojecito su hechura le exigía, y asimismo y por eso sospechó o presintió que iba a quedarse bastante solo ese año jodido y malo.

Lo que nunca posiblemente podría premonizar sería qué cifra de ausencias configura la soledad de un hombre.

### 20. (En casa y negocio)

Y SE VIAJO para la casa, con el negocio de zapatos, alpargatas, botas, chinelas, huaraches, pantuflas y otros artefactos de meterse por los pies, ubicado como zona mayor de la vivienda toda. Para él y la Severina Junco, dos habitaciones, una para dormir y enredarse, la otra para comer y hacer la comida que cada día las saudosas tripas nos piden. Al fondo, tierra enrojecida apenas embretada o agarrotada por unos muros de ladrillos caedizos y pedrones y bloques y cáscara gris. También unos palos con ropa instalada como en un secadero de charque transparente. Y el sol escapándose desde la calzada, las paredes, los árboles rotos, y los suspiros de la Severina, su hálito hacia el cielo enloquecido.

Estaban los libros envueltos en papel azul y recortado a lo justo de lomo y peso, con los nombres dados en tinta blanca y los bordes rojos. Coluna los tocó, siempre que pasaba por ellos los tocaba, letra a letra viva los fue leyendo durante un tiempo necesario y siempre incompleto, a más de otros papeles y cuantas hojas sueltas, periódicos, revistas le mandaban o iban a sus dedos, a un imán para el papel se asemejaban.

— ¡Falta tanto y uno cuando mejor empieza, a entrar en la cansera empieza también!

Palabras y pensares, libros y palabras, un solo envión.

La cansadera sí, porque ya adivinaba, hasta podía recitar desde esa hora en adelante, las discusiones venideras, la aumentada declinación de los trabajos, la palidez de las jornadas, el alejamiento de Carlos Antonio, las dudas de Taneco Duarte, las borracheras vomitadoras de Juancito Carnemuerta, los pinchazos cortitos, los piquetazos de Josefo Amargo, los rumores retorcidos de que la amorosa Severina no lo dejaba ni pisar el suelo de la pieza de dormir, como atado a la cama lo tenía o tendría.

Y bien que dio ese vaticinio, tal así todo fue pasando en el correr del calorón sin término, mientras el pueblo iba quemando piel tras pellejo y piel, despojado de hierbas, pasturas, haciendas, aguas, movimientos.

La Severina Junco cerquita de él, permanente, adyacente arimándole bocas de sed, piernas de caminar por el aire oscuro, manos con alimentos y bebidas enfriadas, ropas de buena pulcritud y alineamiento, los cuartos en orden, hasta los ataúdes de cartón de los zapatos fueron organizados por tamaño y calidad, vitrinas con flores de artificio y hojas endurecidas de alguna planta para adornar, y una retratada imagen de San Crispín —menos para el patrón Coluna que para los clientes—, experto patrocinador de aquellos que hacen caminar a los demás. Y que caminan.

—Poco se va vendiendo, pero vivir vivimos, meu amigo Joaquim.

Ella comentaba, apuntalando con el decir, la experiencia.

—Poco en lo más, muy, muito poco, ni mercaderías vienen de fábrica, pagar al contado, platita a la vista, vamos despacio, llegar se llega, mais están las otras cosas. . .

Le respondió mientras la tarde se saturaba de una lluvia disparatada y con toda su fuerza en un susurro de desorden.

—¿Qué coisas, meu bérn? Hay cosas tuyas que yo no tengo por conocidas. . .

Administró el final, deshilachándole la cola sinuosa en una pausa sin avidez.

—No hace tanto que estás cunmigo, estos trozos van como tortuguita en subida. Así dicen que son los amores de mujer y hombre. Pero, tú sabes, cuando de otros muchos se trata y vanse misturando vidas y trabajos, sufrimientos, sí, sufrires y miserias a corregir y cuanto imaginar quieras de sucesos de estos pobreríos, entonces nos, nosotros tenemos que pensar lo diferente. . .

Severina Junco le puso una tactante mirada nueva, porque ella en lo nuevo se dio cuenta que ahora también andaba.

El percibió su entera voz en ella, plena, sin aflojaduras, y de ella a su vez la recibió. Y ella se acordó de Bayeté, de aquel pueblito, porque el vaivén de las voces en su intangible certeza contiene coloridas resonancias y olorosas magnitudes acabadas, se acordó de los ranchos fabricados con mugres y barro reseco, se acordó de la madre que ni tuvo, de la única

fotografía que una vuelta le sacaron unos gringos que siempre iban de a dos, “ahí van los huevos”, les gritaban los del chusmaje, se acordó del señor Junco. . .

## 21. (Señor Junco)

LIQUIDO SU PAPILLA, su cremoso mingao de harinas de trigo que las visceras más encimadas le toleraban, y unas papas blancamente cocinadas se comió con lentitud de pobreza inscripta desde su declaración de nacimiento. Le agregó leche de ordeñe atardecido, quedó sentado en la hamacadera, en largos balanceos que le adormecían los dolorazos del estómago, hasta ese momento a prueba de sietehierbas y bendiciones.

“Es miña filia, mi hijita lo que me falta, desde que perdí su presencia, más enclenque fui marchando, enfermo estoy desde que mi mujer dejó de movimentarse entre medias luces y mediasombras, tan pequeña y chiquita la Severinita, tan cumplimentada, alta y bonita estará agora, ¿por qué elegir esa región de la frontera?, educación tuvo, mis trabajos en el corralón municipal, sostenida la sostuve para sus primeritos pasos dar, pasito y pasito de hembra con decisiones pra delante se le notaban, aquí donde moramos de siempre, en el fogón aprendió cunmigo a cocinar lo suyo y lo nuestro, letras y cuadernos y lápise, no, bérn ya lo sé, yo aprendí mis nombres pintar con metal y tinta, el lapisero, por el empleo aprendí, única obligación de quien me puso colocado en los corrales de la Alcaldía, pra no quemarse la reputación de poner personal con saberes y mañas, un poco sueldito sí, mes y mes, que muy precario por los principios y apenas seguro en estos finales, con eso me pagué el hambre, los trapos puestos, la sueñera, un trago de hoy, una lotería, y criando a las tres más viejas, hermanitas saltonas de la Severina que también no están no, saltando y saltando, praquí y pra mais lejos se largaron, a instalar los cuerpos y la risa en la vocación fácil que tenían heredada. . .”

## 22. (Tres hermanitas)

ERAN TRES, COMO ya sabemos que así era su cantidad. Les daremos su apelativo de rápidas diferenciaciones, que no se

confundan en una sola, nunca fueron tan parecidas hasta igualarse ni les gustaría que eso pueda pensarse de ellas.

Poquitos meses, ni el año, entre cada una de las hermanitas, amor obligado para la madre, nacimientos corridos, el padre en su control de gentes y animales, el corralón.

En qué ordenación nacieron, no tiene vital importancia aquí, son tres: Carolina, llamada Mutuca; Sandra María, tenida por Pitoco; Vera Yara, mencionada como Chumbaloca.

Y todas, las Langostas, saltonas incansables, de módicas edades saltando ya de cama en cama, de catre en catre siestero, de pelego en pelego de galpón, de pasto en pastizal o arenal si mejores comodidades no había para desbaratar la tenacidad incontrolada de sus encelados amores tremendistas. Pero que no sepan ellas que hicimos constar lo de Langostas: el ojo discreto sabe mejorar la historia contada por mano justiciera.

Juntas estuvieron en sus hazañas febriles, Bayeté entero supo, vio, participó, hasta que siendo mozas completas, ya descuidadas de padre con dolencias inextinguibles, de hermana más pequeña y aun con postreros juguetes, de madre fallecida en épocas de niebla, decidieron trascender de lo natural a lo interesero, y utilizar prácticamente los ritmos y despatarres aprendidos, el señor Junco dice que heredados.

—Yo voy a morar en Villa Longa, un viejo con estancia y mucho vacuno me procura.

La Mutuca dijo, informando con orgullo a las dos Langostas que fumaban el alternado humo de un solo cigarrillo.

Y para allá marchó, de autobús carretero, humareda del camino y polvo apretado de los tubos calientes. Las hermanitas la despidieron, solidarias en todo, y tanto, que una carta les remitió oportunamente, ella no escribía ni hasta ahora debe haber aprendido, diciendo:

“...colocación para una de vosés tengo conseguida, pariente de mi enmachado estanciero, cerca sí aquí, con las casas vacías de su hacienda y la cama está esperando alguna mujercita casi tan bonita como yo soy. Vosés se ponen de acuerdo, se viran, se acomodan, sólo una puede venir que es su medida de aguante, el hombre no es muy mozo, mais se resuelven pronto, que el agua se enfría y el mate se estraga...”

Discutieron las quedantes sus méritos muy parejos, sus

pantalones muertos, sus calzoncillos derribados, sus mozos iniciáticos, sus regimientos rendidos, y nada de resolverse. Entonces hicieron algo que al señor Junco nunca le dijimos: mano piadosa y solidaria advierte al ojo indiscreto.

Se acostaron juntas, cada una contra otra, dieron su vastísima batalla de amores sabios, esplendor y jugos, vértigo y resuello, la que gana se va, la Chumbaloca fue vencedora, triste y feliz se largó para Villa Longa, Pitoco la despidió, el tren con sus chillidos, salivazos calientes.

Rejuntadas en todo, aquel langosterío. Unidas pero con distancia, tanto que a la señorita Sandra María Junco le cayó una correspondencia de Minas Totales, frontera de interior, con una oferta de tentación:

“...y como ves que aquerondonada es esta hermanita que de vos se recuerda con saudades, podés venirte cuando así quieras, sin que te pongas demorada, te reservé actividades de lucro fino...”

Y muchísimos besitos y cariñitos, y un pasaje de asientos primeros en calidad, en ellos se redondeó la Pitoco con su primorosa cola, tan de carnitás; de carro de alquiler fue a la estación, pasó por delante de la casita del padre, no le andaban voluntades de mirar, miró para verlo en su hamacadera, sombra va y tiniebla vuelve, un quebradizo momento más lo vio, así no lo repensaba o repensaría más, imagen no es idea, nada hubo de la Severina que pudiera registrar, ni de la madre con sus añitos de bien muerta en las neblinas, el automóvil cruzó como un viento despegándose, sin alterar el sueño dolorido del señor Junco.

### 23. (Señor Junco)

“...RECIBIDA DE LA madre, que no murió como les mantuvo el engaño durante sus vidas todas a todas y a la Severina, la madre que se agarró a un viento que pasaba y entre el polvo coloradísimo fue disuelta, a ejercer su hambre con retroactividad, iel rechazo asquiento que tenía por estas miserias nuestras!, más más que de ellas, y el triperío entrado en dolores, ahora lo siento fuerte así, dormiloneando pra encontrar calmaciones y memorias de ayuda pronta, la Severina, hija mulatita linda por lo lejísimo aquí, y su padre Junco, no me pregunto sus lugares de residir, en qué se ocupa, una

copia de la fotografía tengo, los dos gringos huevos y hueros la sacaron, y la guría ya no tan guría sumiendo sus risadas entre labio y labio, pra unas propagandas de religiosidá querían llevarse a la mi hijita bien aplanada en el papel duro a colores, una copia en demás les saqué, la Severina pedía, cantidá de veces se miró en aquel espejo siempre lo mismo y quieto, con variantes según las luces, seguro. que en estas edades sigue mirando a la guría linda, mulatita de su padre y de nombre como el de ella, Junco, Severina Junco, y este sufridito dolorido que se trepa, que no permite a uno ni soñar con ella, y uno tiene que andar pensándola nomás, de grande imaginándosela y llevándose a sí mesma de la mano como guría de ella mesma, hija y madre ella solita, filia, hijita. . .”

La silla de hamacar fue deteniéndose, el señor Junco entró a dormir, ciertas vísceras quedaban despiertas y atentas.

#### 24. (En la casa)

. . .EL SEÑOR JUNCO, cuidador del corralón de la Alcaldía, con aquella manía de agonizante cada vez que manducaba, el estómago pues que se lo comía a él, se acordó de las tres hermanitas, hembras y todas más viejas que ella, nalgueando al marchar entre las gentes, ritmo de familia, canciones de la sangre saltona, se acordó mientras Coluna explicaba y aclaraba con voces prudentes cosas y asuntos y más cosas, más criterios y argumentos.

Antes de terminarse las gotas estiradas, ella le pidió ciertas lecturas, solicitud que espaciadamente se repetía, que Coluna además leyera para ella las palabras escondidas en la tinta negra de aquellos libros vestidos de azul. Y él leyó con el aliento que pudo darle al sonido, al entendimiento abierto y removido de Severina, a las maneras que comenzaba a descubrir para darle perfeccionado convencimiento de lo suyo, de lo que ya era más y más de los dos.

Oscuro estaba el calor descercado de la pieza, Coluna leía sin ver, sin leer, hacía trabajar los ojos que tuvo cuando aprendió aquello mismo hasta repetirlo como si él lo hubiera vivido y escrito, sin ver ni mirar seguía las lecturas, trayendo nombres y guerras encendidas como las que ardieron en el rancho de tal compadre; iluminando los caminos por donde avanzaría la libre galopada de la sangre, el sudor amontonado

de gentes y pueblos completos; marcando las historias de la libertad con el fraseo de sus respiraciones violentas.

Se quedó sin páginas, las manos de la Severina Junco pusieron el libro en otra parte de la sombra, y se reunieron silenciosos, en su más inaugural enlazamiento, mudos, invisibles, alentándose, mientras el agua resonaba desde los cerros, puliendo, desgranando, corrigiendo con lenta artesanía las piedritas, los guijarros, los ligeros pedregales que los niños de Rivamento usarían y quebrantarían cuando pasara la noche.

#### 25. (Desverano)

LOS COLORES REGRESARON, pero ya con menos fuego: derritiéndose en sus propias venas, yéndose por tubos de viento retorcido, de airones revueltos, para el Norte se desintegraba el verano. Y la adormilada bagacería de los humildes, de los chusmas reempezó a moverse, los locales de santos y doctores llevaban clientes hasta por muchísimas horas, los comercios cambiaban de mercaderías y facturas, la señora Angela del Rocío apenas si sabía ya recordar a su modo de ováricas memorias, a la Severina Junco, los bagres brotaban con el engorde de las lagunas, los bailables se endiablaban con el sudor endrogado, emporcado o ingenuo de la pasión y el arrime, cada hombre y cada cristiano en sus trabajos de maderas, piedras, metales, papeles, ladrillos, ollas, cueros, comidas, bultos de sospechado olor y peso, y muy menos gurises chicos andaban ahora entre pecho de madre deteriorada y camitatas de trapos entablados.

Estaban en el tema ese, justamente:

—Otros gurís volverán a nacer. . . otras crianzas a efectuarse: es ley.

Así dijo Coluna para la mulata, su mujer, y envolvía unos tamancos para la hermana de Juancito Carnemuerta.

—Sisí, porque béin dicen que los pobres viven de puro caprichosos. Y al cuerpo bichoco le mandan con todo, refocilándose, dándose un poco de gusto y satisfacciones cortas, y después. . . luego la gurisada viene, las barrigas se inflan, dolencia larga y cara, enfermedá sin fin. Nosotros tenemos que trocar todo esto.

—Mimi hermanono dicece queque sese loslos apunte. . . a los. . . los tamancos. . .

La muchachita y cliente tartahabló, los pies nadita de limpios, contra el mostrador irguiendo lo desprovisto de su vehemente esqueleto esperanzado.

## 26. (Juancita Carnemuerta)

JUANCITA IBA CON los tamancos envueltos, sintiendo que la mujer y mulata la miraba, "ella lindísima y alta, y yo sólo mesma como soy, y en demás comprando a lo fiado y con engaño", pensando se iba en su alejada, los pies con mugre nada depurada.

"Mejorcito es pensar, ir caletreando, porque en mis hablares salgo tartahablado, media gagá desde chica quedé, de un susto con la fantasma, y a más por los tapas, manazos y trompadas de hermano, alguno me tira entuavía, ainda cuando agora se nos empeda."

Separó el papel azuloso que encerraba el calzado, la madera de brillos extinguidos, la faja de cuero negro que debía sujetarle los dedos añados. Se iba recordando, claro, del encargo de Coluna, hombre y compadre de buenas conversadas y yeito, recurso habilidoso para convencer a otros hombres, y qué no a mujeres.

—Queque vavayas insisiguida, dicece pra vo. . . vos. . .!

Le tartadijo a su hermanastro, que eso era en la verdad de los asuntos: dos madres y un padre habían producido aquel parentesco en la flaca familia formada.

Juancito Carnemuerta ya lambeteaba la segunda copa del mediodía, y como le gustaba el sol, y sol tenían de gratis, y hasta demás a las veces, entre la dentadura sacudidora levantaba el vaso corto para que la luz entrara vertical en el alcohol de tergiversadas transparencias y destilerías.

—Gué, iso me manda decir cuntigo, ¿por qué nao vino él mesmo, eh?, si hasta mis cañitas amargas quiere me amargar, lo mío hago y desarmo, ¿de qué quejas se trata agora?

La fue mirando, a su hermana en nomenclatura completa, desaparecidos de sangre, tan delgadísima, tan flacuchienta como tanta moza de frontera, con aquellos huesos para pinchar abarcador brazo de novio, nada sabía de los tamancos comprados en su propia cuenta responsable.

—Ta bien, Juancita, agorita me vas dejando tranquilo, en copas ando y deseo respeto, ya pasaré a ver al compadre, a

mi otra gente tengo que visitar enantes, te esplico por si de nuevo te pide que yo vaya, ¿ta?

Se tragó la caña con luz de sol y todo, la temblequera de los dientes, luz y fuego retorciéndose en sombra.

Juancita experimentó tentaciones de calle abierta, tuvo la figura de la mulata tan hermosa, del compadre Coluna tan de buen hablar y estar, en su cuarto se cambió de vestidito, en un latón grande se lavó pescuezo, rodillas, brazos visibles y sus patonas como pedestales de toda suciera, hueso por hueso sostuvo lavados, por debajo de la tira o correa negra sumergió los dedos de las uñas tijereteadas, entró en la calle de tierra inquieta, caminó hasta la plaza de veredas duras y dibujadas en brusco colorido, y dio una vuelta lentona y otra ententada después, y otra más luego, y otra más tarde, hablando con minucia verbos y palabras enteritas, y nombres, haciendo frases bien pronunciadas, formando un ruido vanidoso con sus tamancos inaugurados que nadie pagaría, en fin, un murmurado barullo total solamente para ella, con un eco que fue separándose, extraviándose en los incontables parasiempres de esta crónica.

## 27. (Boliche)

—SISI, PERO DECILE para Juancito Carnemuerta, tu hermanito en apelativos y apellidos, que se venga por aquí, dos semanas tan haciendo que lo espero, ¿oístes?

La Severina Junco vio irse a la otra, los huesos como cuchillos lastimándole las carnicitas sin más color que el del sol llevado por la luz de la mañana redonda. Se tocó los brazos elaborados a paciencia, fuerza, dolor y suavidad, las caderas y lo que pudo de las piernas, sintió la espalda enderezada, estaba bien puesta entre gentes y bichos y cosas.

—Este compadre Juancito Carnemuerta debe andar béin de borracho, en pedo, y después de chuparse sus ricas cañas blancas o licores amargos, le da por las tales vomitaderas, tripas deja entre boliche y cantina. Y las tareas que debe de hacer, así difícil que se cumplan de manera ninguna posible. Ya sé que es su proceder mañoso, porque él tiene sus amigos de copa y mero trago, y plata les saca pra nosotros con su conversa complicadora, y temas interesantes escucha por ahí. Ya ves, Severina, que todos pueden servir para alguna cosita...

De todos precisamos algo, aunque tenga sus defectos, hay que hacerlos cambiar y que suban por arriba de ellos mismos.

### 28. (Juancito Carnemuerta)

ESTUVO HACIENDO CODO hasta que tuvo compañía de beberajes, "tómese una", "y agora usted la otra", para chupar solo, sólo en su casa nada más. Los dientes fabricados que usaba, artefacto de muelas y encías, ya andaban en oscilaciones de riesgo, a punta de lengua los enviaba entre las pocas raíces naturales restantes, y ya las salivas escurrían sin control y sus decires de persuadir se apartaban de todo justificativo.

Se acordó en una virazón de la memoria, de un viaje a Corral de Oro, cuando la dentadura descuidada en el fulgor del vino fue a enterrarse en medio de los panes despreciados o mordidos, y el rescate elaborado a través del carcajerío que el chusmiente bagasaje de contrabandistas al menudeo en el vagón del tren liberaba, "estos compadres camaradas no sirven ni pra mamarse, ¡jijijijí!", de acordarse de eso le venía su más grande o casi singular vergüenza asimilada. Pero la consideraba un asunto muy propio, cerradamente personal y privado, flor despetalada en un jardín sin nadie que no fuera él mismo, vaso en mano y lamiendo cristal o vidrio mojado.

—Me empiezo a empedar y me recuerdo, iso me jode y espesos retorcionjes por dentro siempre me vuelven, ¿por qué?

Ese tan sencillo "¿por qué?" representaba la parte hundida, no visible, no tocable de la falta total, "culpado soy, si me equivoco o falto, embromo a los demás", allí flotaba como al revés, caña y aguas de la boca.

—Gué, vamos a pagar las copas que chupamos y pra fuera conmigo, monedas y billetes les saqué a los que se salieron en piores estados que yo. . .

Desvaneció la deuda en el mostrador, acomodó caninos y molares con un incisivo lengüetazo, encogió las vértebras nucleales para fortificar el enganche de su desvelada dentadura, y salpicando una transitada despedida hacia los ningunos tipos que allí permanecían, comenzó a sendrear siguiendo los bandazos de la calle.

—Este Coluna, tan demorado que se ha puesto en algunas cositas, y agora con isto de verlo, de ir a verlo, de tener que ir a verlo. . . ¡No voy nada, yo nao voy! Doy entrega de la

platita recoletada y de los datos que me han pasado, iy chau para él! Con los demás principales béin me entiendo, ¡qué complicar!

No se acostó muy enseguida para eludir así los mareos oscuros de la pieza, ese alerta que le encabritaba las tripas revoltosas, Coluna ya le tenía prevenido, "no chupés así si te hace mal", pero el compadre consejero, ¿en qué andaba? No resultaba la primera vez el tal entreverijo mujeril, ¿o no?

—Con hembra béin nueva metida en casa, negocios de zapatería caminando, en el boliche o cantina fofoqueaban, chismeaban bonito, y yo, ¿no puedo ensartarme unas copas? Si lo mío traigo béin hecho, hechito y hechazo, mis horas le doy también al trabajo, chupo pero no me rasco. . .

La cama estaba a media tiniebla, la Juancita en su dormir certero de alejado alejamiento, los viejos en la misma actividad, pues los sueños se manchan de fatigas ensoñecidas, la cama como un bicho achatado y sin calores ni fríos, hacia ella se adjudicó destino, empujándose las piernas y desplazando un confuso movimiento por los brazos, las herramientas de masticar balbuceando un desprendimiento o una caída, y extendió la espalda contra el colchón señalado por la innumerable presencia que desprolijamente se repetía.

Tanta precaución para una elusión de náuseas y de vómitos, y para insistir con aquella su premonitoria soñada secreta de personal de gentes cuantiosas transitando calles y calzadas doloridas y varios confusos rostros de compadres absorbiendo los golpes de la tierra aterronada y ennegrecida cruelmente por la sangre.

Pero la sangre no llevaba su color, su delicada vestidura despedazada en rojo, dispersada en púrpuras coagulados, porque la realidad y la vida no habían tropezado todavía con el sueño aterrado de Juancito Carnemuerta.

### 29. (Almuerzo y encargo)

—VOY VIENDO SI, amigo Joaquim, son asuntitos difíciles, son de abajo y vienen de la tinta y tienen que crecer.

El poco tiempo antes del mediodía se les fue en clientes perdidos, de esos que andan con deseo pero a los que les falta las ganas. Clausuraron las cortinas, arreglaron los dineros, Coluna le dijo:

—Luego de comer, luegoito, loguiño, viá te pedir un favorcito, favorchico, Severina.

—Sólo pedir, vos nunca sos de pedir nada. . .

Ella le vio en los ojos como un hundimiento, una hendida depresión, unos tajos donde se quedaba empantanada la cansera mal dormida.

Comieron apretando el claro sabor del alimento contra el terrestre empíreo de la boca, húmeda junción que nos asocia a las cocineras y tiznadas y enchiladas manos humanas del mundo.

Comieron, y Severina le preguntó, a los ojos y a la mirada, más a ésta una que a los demás dos:

—Decime nomás, tu pedición.

—Sisí, lo vas a visitar al que también se nos apartó un poco, al Carlos Antonio. Hojas debía repartir, papeles con novedades, pur aquí no tiene vuelto, él hace sus propagandas. Y yo no quiero andar agora por esos sitios, todos me memorizan bien, unos de gris, otros de marrón, y otros como si tal. Mais ainda, todavía están los soplones, chivatitos, esos chismorrientos que terminan jodiéndote porque un día no saludaste bien “buen día” o porque los zapatos suben de precio o porque no pueden ya con la mujer precisa o por desquitarse con alguéin o ivaya uno a saber béin por qué! ¡Lindo pueblo esta ciudá con gente cruzada, de mano floja al darte la mano, de mirar de costado, de cotelete, como si uno o vos fueras redondo. . .!

Con su pura voz dijo esto para la Severina, le indicó el recurso de ir más por lo rápido y discreto, hora de siestas amodorradas y catres gemidores, moscas rencorosas en el aire apelmazado de la calle.

—Digalé que mañana, antes que la tarde cierre el pico, voy. Que así le esplico lo de los papeles y el destino de cada uno, la finalidá. . . Que tranquilo esté, no me aparecí pero sigo en lo que es de mí. . .

Lo de “qué linda está la mulata”, no se animó a decirlo, lo pensó para él solo, satisfactorio y feliz regodeo, a los demás compadres les comentaría luego, por eso le entró como un desespero de tener algo así, similar, y aunque algo menos, a la muchacha que ya se iba, saludando y haciendo mover pequeñísimos músculos, voluntades de carne, nervio y tendón debajo de una tela celestona y delgada.

Ni él, Carlos Antonio, ni Juancito Carnemuerta asomaron voces o caras, ni propias ni ajenas ni de san puta nadie. Entonces Coluna dio candado al negocio por dos días, advirtió sugerencias a la Severina, borró posturas precautorias y salió a procurar aquel pescaderío resbaloso: de anzuelo, lo que tenía para echarles por encima, una soledad especialmente lastimada por las vacilaciones, las desatenciones y la cólera; de carnada, el mensaje que le mandaban de la capital los compadres superiores de allá, exigiendo cumplimientos y pidiendo una delegación de tres, bien urgente y efectiva.

Entró en la casa de Josefo Amargo, antes había conversado con las dudas de Taneco Duarte, que cuando aceptaba una argumentación quería dar a comprender que ya estaba rechazando cualquier otra posible, latente, construible o probable.

“Si hasta yo fico, voy quedando dudoso, tan mañoso y enmarañado y yeitoso es, mais termina por cansarlo a uno, por enchufarme como un aborrecimiento. . . En cuanto no haga temblequear ideas en los demás compadres de base y principalía. . .”

### 30. (Taneco Duarte)

SI NUESTRO COMPADRE don Mentírico (cuentero y contador mítico y meticuloso) tuviera palabra y verbo en las hablillas que aquí son asentadas, diríamos que Taneco fue hombre que supo ser dudoso, dudosísimo, dudoso, dudado, dudable, dudísimo. Porque sus dudas no tenían revés, ropa sin forro, lo mismo la tela expuesta que la protegida (dicen que se abrió una llaga para meterle bien el dedo).

Coluna había discutido con él en oportunidades numerosas, y siempre terminaba por fluctuar también, un momentico, un parpadeo de lombriz, una ráfaga telarañosa absorbida por los aires pulcramente encendidos del verano.

En fin, Coluna retradujo temas y sucesos:

—Tenés que entender agora, compadre Duarte, no podemos quedarnos encogidos como mano de mulita asada. Ta béin que vos me discrepes y nada aceptes de párpado bajo, mais lo que hay que preparar es por lo grande, convencernos entre nosotros, ¿pra qué, eh? Uno, vos, yo, ya andamos de



convencimientos o al menos se discute, pelea de boca limpia los asuntos. . . ¿Lo qué pasa contigo? Vos tenés que trocar tu modalidad, el modo de encarar tu posición, y no me digas que saliste a los de tu jodona familia. . .

Taneco fue moroso en responder, tanteando estaba los tonos del compadre principal, fuerzas había pero un cierto desespero apurado le urgía la saliva.

—La familia más béin quieta, ¿no?

Fue eligiendo libremente las letras:

—Sucede que no da, no sirve con iso de repartir, ¿cómo se dice?, panfle. . . pantuflas y volantes y mariposas, quéin te va a alcanzar la pelota, quéin te va aseguir como gato abolichado, como morrongo de cantina, por un montón de papeles esparramados y embarullados con palabritas de ir pra delante por los panes y las flores, mais pra frente por conseguir mucha amistá unitaria con otros, por el lugar con salario firme en los oficios seguros, ¿sólo?

Coluna comenzaba a entrar en antiguas y revisadas fatigas.

—Escuchame, Taneco, escuchame despacio. . . Si no nos juntamos con unos cuantos otros de diverso pelaje, nos caminan por encima de la cabeza, un opa, un tarado, un bobón, un abombado entiende eso. . .

—Pero sabés lo que de nosotros piensan en Rivamento, pueblos jodidazos y fiasquentos, ¿quéin puede con ista gente? ¿Y tudo lo que dicen de nosotros pur ahí?

—Sisí, justamente, hay que golpear donde nos están dando más fuerte, del chisperío viene el fueguito, de abajo. . . Mirá, y entuavía tenemos que arrumar, elegir los nombres de los tres comisionados pra la capital, isto es con todita urgencia.

Taneco le observaba al detalle los zapatos de brillos empolvados, vestido sí andaba el compadre, viéndolo tan presentable, pues le dijo:

—Vamo a pensar. . . mais, tú sabe béin, que andamos de problemas de diñero, hay algunos de nosotros que ni pra la diaria agarra, o con mujer demasiada de hijos pequeños. . . eso jode muito, endemás, y nos distrae, compadre.

Esperó que aquello hiciera retumbancia en Coluna, la onda de expansión llegó a la vuelta de lentas resignaciones, de alientos consagrados a una castigada paciencia.

—Eso vale, Taneco, por la tal virtù de esa razón es que

vosés quieren que no sea más así, motivos mayores les provoca hacer peso en las cosas y cambiarlas. ¿Quéin lo va a hacer por vosés y por nosotros?

—Mais. . . pero entre nos, hay compadres que tienen situación de mejoría y de recursos, si no somos igualsiños agora, ¿qué queda pra después?

Estiró la sílaba sutilmente, con provocación y fronteriza alevosía.

Coluna en el viejo aguante:

—Taneco, pensá que son empeños y trozos ya establecidos y acomodados, hechos de antes que fueran paridas tu abuela y la mía, uno funciona según lo que no fabricó: el pescado nada pero no inventa el agua. . . Agora no tenemos yeito ni oportunidad de evitar iso, pensalo. . . Para mais en delante, sisí, peliamos pur iso, pero los quehaceres son alargados, precisan tiempo como declaración de tartamudo en gran namoramiento. . .

—En adelante, claro, ¿quéin no halla esperanza en los tales futuros de las históricas? El asuntito es hoy, agora, la mañana tempranera de mañana mesmo, isi hasta las pobrezas nos están resultando un lujo. . .!

Coluna decidió tocar el final de ambos monólogos, “es como hacer cruza de carpincho con tortuga”, unos tabacos mostró en afán de convite, dijo:

—Buenobueno, sisí, acreditás conmigo en darle conversa a isto mais luego, ya que hablaste en apuros, lo que te informé de cierto tenemos que resolver. Servite uno, un cigarro, los que quieras, yo tengo que visitar a más compadres.

—Vos tenés seguridá que verlos de a uno y uno y uno más presta en lo positivo, ¿sirve para algo?

—Chau pra vos, Taneco Duarte, te avisan si hay novedá. . .

Y lo soltó allí mismo, ¿para qué marchar juntos algún segmento de vereda? Taneco estudiando el largor, la grosura y los olores tabacales, preparando un fósforo, examinando los soplidos del viento. Ahí lo soltó, aborrecido de choques y desgastes, nada de bueno encontraba ya en aquel notable señor de la duda, en las más jodidas tendrá que pelarse y estar y ser, “si del barro desconfía, termina empantanado”, y le vino como un apagado chirrido de desgano o una erosión de remordimiento a deshora o un pujo de culpas inciertas.

“ . . . con tal que no me haga temblequear a los demás, que

se trague sus dudosidades béin pra dentro. . .”

Taneco Duarte arrancó una luz caliente del palito de la cerilla, la hizo fosforecer y se mandó un dibujo blanco y sabroso, con ayuda del fuego devoró medio tabaco, pensó que tendría que hablar con los principales sobrantes, puso a toda máquina los pies, tal vez con alguna duda al menos momentáneamente resuelta.

### 31. (Visita a Josefo Amargo)

COLUNA ENTRO EN la casa, para qué golpetear la puerta que vadeara tantos años y veces, se hundió en el pantano espeso de la sala grande.

—Al fin caístes, compadre Coluna, sin sombra nos dicen que andas, que ayudanta te has colocado, vos mismo, para los servicios completos. . .

Y los ojitos de Amargo se hicieron grises, goteando líquidos descoloridos, bicho entre dos aguas yéndose, pero yéndose para el fondo, a encontrarse con él, con Coluna.

—Si los compadres no prestan, no son de utilidá, comadres no han de faltar. Y de las buenas. . . La Flaca, hasta tu mujer creo. . . Pruebas hay de eso. . .

En la voz hizo circular un desconectado desafío, y al llegar a los puntos suspensivos ya estaba arrepentido: era un error de estilo.

—De las buenas sí, eso es béin conocido y comentado. ¿Y agora qué querés, compadre Joaquim Coluna? Sí, vos. . .

Sonidos recuperó, dijo:

—Vengo a buscar lo que es tu obligación entregar, ver si se compraron las pinturas, que las paredes llevan sed de palabras verdaderas, y ver si la suma del dinero da pra la ayuda de los compadres necesitados y de los que ponen todos sus días en la labor correspondiente, pur pequeña que sea, pensá en Torelli, en Mondiola, en Moro, en Abreusiño. . . hacen lo que es suyo de ellos, y maís ainda que eso.

—Y por tu casa y negocito, compadre Coluna, ¿todos béin? ¿Qué se hace pur ahí? Cama y negocio, negocio y cama, todo el mundo dice. . . Los compadres principales mandamos queja a los de allá. . .

Josefo Amargo dejó navegar los dedos por la mesa, charco duro y manchado, con los límites en el aire. En un tubo de

vidrio pintado, las ramas muertas de yuyos para el milagro necesario. Cerca de la puerta, como quien entra al salón y a la derecha de usted, un retrato con cristal del gran compadre Pepe, bigote oscurísimo y ondulado como el cartón donde vivía; más abajito, un personaje de santería o santoral, señor de lanza y bicho muriendo, una vela encendiéndose para el volátil calor de cada uno.

Coluna desató a correr la voz:

—Pero eso se discute con ventilación primero, meu compadre y camarada Amargo, vos béin lo sabés, siempre fue así: palabra de cada uno es la verdad de todos.

—Pero vos estás en falta, ya que en pero hablás, pero esto y pero lo otro, y hay, ya hubo sí, resolución de nosotros, los compadres con fundamento y poderes salidos de nuestra gente. Ahorita te tenés que agüentar y esperar lo que te ordenen y manden y ordenemos nosotros. . .

Las manos flotaban sin destino fijo encima de las olas inmovilizadas, en los ojitos chocaban los colores del gris al negro.

—Y esto, ¿qué es entonces? ¿Eh, qué es entón?

En lo alto dispuso el mensaje recibido, con roja advertencia de rapidez.

—Piden delegación, los motivos son distintos, todo anda que revienta y vosés complicando con las jodas de siempre. . . ¡io de antes. . .!

Ni lo dejó hablar de nuevo:

—Me juntás a todos pra mañana de noche, yo te ayudo a dar los avisos, pero a todos, todititos, al bagaserío completo, porque principales somos de totalidá, sisí, nada de poderes y autorizaciones ni delegaciones con su especialidá de mandamases y caudillitos, como charros de película: eso no es para nosotros. Somos de otra especie, de otro yeito, y para eso y esto y aquellotro estamos, icarajo!

Coluna salió a la calzada, caminaba por la orilla, subía para respirar, para sacarse flecos de humedad, colgajes pegajosos de lugares enquietecidos.

“Dos jetones no se besan”, probablemente haya pensado.

### 32. (Recorrida y asamblea)

UNO A UNO, cabeza a cabeza, tímpano a tímpano los fue a

visitar, caminó por rincones que ni tenía mirado, solitario y riesgoso anduvo por los pueblos, entre el medido calor y la medida sombra, antes y en los ciclos suyos de niño empobrecido y de muchachote pasional y autárquico y de mozo acen tuando sus pensares fraternos, antes todas esas poblaciones habían sentido la presión de su pie (¡ah, las naranjas perfectas, las revistas y periódicos gritados, las dulcísimas sandías!) y el móvil contorno de su figura en los espejismos del suelo, entre las rúas de turbio terraje y los patios de semana sin domingo, iba entendiendo sus flojeras y debilidades mientras hablaba puramente con mujeres que pasaban del silencio al chisme, del chillido al silencio; con hombres que se alumbraban o no, que se adivinaban o no, que comprendían o no, que se plantaban bien o se torcían como rama verde en fogata. Fue ahí que se le apareció, en un miraje parpadeante, la comadre Ana María, los tiempoísimos sin verla, sin tenerla vista, ella también sudaba con personal de gentes como el que le había tocado a él, porque él se había elegido con ellos. ¿En qué pueblo, en qué ciudad, por qué caminos arruinados estaría la comadre, mientras él visitaba, saludaba, explicaba, tomaba un mate amargo de aguas ensuciadas, una caña sin vaso de medir, le arreglaba el pelo a algún gurí curiosoeador, colocaba sus palabras, regalaba seguridades, aumentaba vigores y creencias, se despedía?

Y la asamblea reunitiva de todos se realizó, Coluna les galopó por encima, ya Josefo Amargo vimos que lo dijo, vitoreó por lejos, como en sus momentos subidos de bien hablar, de convencer, de dar confianza y juntar razones con hechos que suceden o pueden ser hechos.

Y al local fueron todos pues, dinamizados, enérgicos, arrasantes: comadres con hijos de teta o de escuela o de carrito, compadres viejos de rudimentarias milicias, mozos en aprendizaje atento, gurises medios metidos a mozos con el cuerpo danzante de voluntad y ganas, muchachas que rechazaban chatos destinos domésticos, los principales con ropas mejoradas y cierta rigidez anunciadora de cambiadas situaciones.

Fueron todos, y después de diálogos, monólogos, discursos, discurseos y correadas o coreadas proposiciones, después de los aplausos y las resueltas decisiones, Coluna terminó su última palabra:

—Compadres, sólo si sabemos seguir reunidos en estos días malos que se nos vienen, vamos a poder ser fuertes. Hay que limpiarse de errores y metidas de pata y perezas y habladeros y chismografías. ¿o somos eso mismo, un montón de viejitas chismosas? Por nuestro pan nos movemos y pra que todo el mundo coma, por tener el cuerpo libre de mugres y miserias y que tudos estén limpios, por pensar con la cabeza mesmamente de cada uno y que las cabezas se junten, por hacer que muchos y muchos vengan con nosotros, ¿quién si no? Si hacemos al revés, nos van a carnear bonito, nos costará vaya a saber uno cuánto, porque siempre, siempre cuesta, ¿quién lo puede medir agora? La asamblea reunidora de vosés, compadres, tomó resoluciones de gentes con sufrimiento pero con claridades de buena justicia: pra dentro y pra afuera. ¡Así debemos ser, rejuntitos como los dedos en el puño de una mano! ¡Y apretar esos dedos, que naides los separe, naides. . .!

Coluna escuchaba los finales gritos, algún batir de huesos enflaquecidos, algunos rumores de voces conocidas, densamente aprobatorias: serían las de Valmir, mocito inteligente, las de Abreusiño, Mondiola, Torelli, Moro, compadres humildes como tantos que podrían doblarse sí, pero a prueba de quebraduras, de lo superior eran, “con un tiempo más serán lucidos principales, tengo que hablarles con mayor dedicación, hay que prepararlos. . .”

Hacia la casa y boliche iba, volvía, con la Severina Junco a su costado, fue con ella al local, sorpresa para más de cuatro. Un chorro finito le bajaba por el pescuezo adentro, algo incompleto era, como una lágrima fría, se tanteó la cara y abajo de los párpados. Débil caminaba Coluna, mucho cansancio, muchos deseos de nada, la Severina apretándole el brazo desprendido.

### 33. (Voz escondida, voz florecida)

EL TOCO MONDIOLA se aplicaba el aguaje confuso de la tina como una palangana sin proporciones, los sucientos torrentes absorbiendo partículas de cal mínima, de dulce arena desorganizada, de granos de tierra y terrones en despojo, de picaduras de ladrillo blando. Con la toalla apartó mojaduras y humedades, respetó el frescor, la exhalante aligera-

ción de la piel. Sus colegas de servicio reiniciaban retornado a casas, barracones y cantinas, él cerraba la jornada fatigosa, fatigante, fatigada, resguardaba sus utensilios de arquitecto anónimo. ¿Cuántas edificaciones de Rivamento no tenían huella de su verticalidad exacta, de su robustez inatacable, de su flexibilidad que toleraba las feroces dilataciones del verano, las penetrantes contracciones del hielo invernal?

—¿Qué hay, Mondiola? ¿Cómo terminaste el trabajo hoy?

Voz de Abreusiño, tono de amigo y compadre, cada tarde después de las cinco y un pico de minutos se pasaba por la construcción, los dos daban coloquios de mezcla y cuchara, de madera y martillo; diálogos sobre aquel hijo jugueteante entre carpinterías revueltas y detalles de hombre viudo sin matrimonio; conversatina de ellos donde tantos se enredaban.

—Tudo bérn, pues clarito que bérn, me gusta alzar paredes, pero es más lindo meterles ventanas, puertas, redondeles, formas para la luz. . . ¿No hallás?

—Igualito acredito lo que decís, a mí me namora el olor, el color de los árboles cortados, más bérn que soy del oficio por eso, fijate vos.

—Pero hay que ganar salario, compadre.

—Olfateo y gano, resuello y sudo.

En aquel blavá y en aquel blaviene, se allegaron al local. Sed de buen mate amargo, de yerba gorda del otro lado de la filtrada frontera, verde y como planta lejana, dormida, montes y arcillas de quién sabe.

—¡Mirá qué relajo es esto ainda, Abreusiño! Desde anoche nada de nada acomodaron.

—Terminó muy tarde, el compadre Coluna se los trepó a los demás principales. ¡Lo aplaudí largando hasta viruta!

—Se pasó pues, esta vuelta, como respondiendo y preguntando por todos. . . Mirá, ahí viene el Miltiño, ¿cómo andás, compadre Moro?

—Todo bueno, veo que caen justo pra sentarme una ayuda, ¿eh? Los gurises más mozos están demorados.

Mondiola pidió líquido caliente como fierro de planchar, Abreusiño remecía cosas pesadas, objetos exiguos, movibles artefactos, descolocadas hileras de asientos, Miltiño aparejó los enseres de la pequeña calabaza, bombilla de oropeles, termo que resguardaba el calor acechante y logrado del agua, pronto entre los tres regularizaron trastornos y alteraciones

que eran, en cuenta y razón, el axioma vital de cada dilatada congregación de compadres. La de la noche antepuesta había tenido bullicio, fogosidades y concurso apasionado: lo resuelto se ensamblaba con lo justo, el desorden de la sede no era desorientación, los papeles apelonados y los cigarros errantes y las tierras empegotadas eran el desecho de una creación auxiliada por todos.

—Bérn que lo dejamos arreglado, ¿no daría para jugarnos un pimpón?

—Bué. . . ahí están las paletas y la bola blanca.

Abreusiño batalló con su instrumento, él lo había fabricado, el que usaba Mondiola también, la mesa sacudida por la pelota él mismo también la había inventado a través de tablonnes despreciados, la esfera dura y frágil castigaba los suelos atendidos por el cuidado de la escoba de Moro, apuro o torpeza de los rientes atletas, Miltiño rastrea a ojo los oscilantes despliegues del juego, alimentaba el mate y lo entregaba cuando la clave de los tantos era cinco o cero, el ovoide purísimo restallaba contra las paredes alisadas y encaladas por Mondiola, hacia el techo huyó desligándose de una ráfaga de su figura disuelta en luces multiplicadas, la techumbre de tejas corregidas por Mondiola, Miltiño anunció el término del agua calentada y la anotación decisiva que desbarataba la partida.

—Lindo estuvo, Abreusiño, ¿qué opinás?

—Más peliada que la de antiyer.

—¿Qué piensan si vichamos un poco las apuntaciones que nos dejaron pra la semana? La delegación se va y no tenemos que desafinar la obligación nuestra. Si no, ¿qué ejemplo pra el bagaso que nos sigue y mira? No todos pueden comprender lo mismo, y menos la gurisada nueva, los muchachitos, no es?

—Este Miltiño, bérn seguidor, hallo correcto el trozo de este asunto.

—Vamo a empezar insiguída, capaz que hay que salir luego de la cena.

—Yo tengo que avisarle también a Torelli, hoy no sé si viene, acredito que le toca namorar.

—Y sí, hay que hacer de tudo, compadres, meta laburo y estar con mujer y criar gurí y darle manija a las tareas y conseguir gente y esplicarles de aquí y de más allá y hacer que

nos arrejuntemos y que otros hagan igual, como dijo Coluna anoche.

—El sí que se arrejuntó béin con la mulatita esa, ¿no?

—Hallo béin justo iso, hombre es para mujer, pero que no se nos distraiga y se raje de sus deberes de principal, eso sí.

—La asamblea estuvo bonita, las cosas hay que decirlas pra que ninguna oreja quede vacía.

—Coluna se les subió a los otros, y nosotros mismos sí que subimos, opiniones discutidas y conjuntas, pero me pareció cansadazo cuando se iba con la Severina.

—Cansancio pasa, ¿por qué la tristeza, como astillado se fue, o no?

—Creo que ella le agarraba el brazo.

—El precisaba, tal vez. . .

—Ventilar discusión, ansí está bueno, ¿vosés no acreditan que igualseño nos jodemos un poco?

—Se jode el que está preparado para joderse.

—Cuando vuelvan de Montevideú tendremos linda mejoría.

Los compadres entraron en deliberación para asegurar actuaciones inmediatas, venideras, de después, que así era la trinidad de su paciente cifra.

— ¡La pucha que no es poco, a darle pues!

Moro les hizo costado hasta la puerta, allí estableció una expectativa referida a los muchachos que advendrían con noche ya completa. El Toco y Abreusiño pronunciaron hasta luego, iban juntos a comer, el Abreusiño chico estaría armando alguna novedad con maderitas frescas.

Los dos elaboraban camino, con todo lo conversado girando en cada uno, el aroma verde de la yerba conteniendo el blancor de la pelota, las determinaciones de la asamblea continuando con un viaje de tren, la voz de uno poniendo los verbos para la otra voz que arrimaba un sustantivo para que la de uno triunfalmente adjetivara, el brazo participador de Severina asociándose al de Coluna, rehacían camino, algo se conversaron antes de llegar, de pronto llegaron.

#### 34. (Tres delegados)

LOS TRES DELEGADOS marcharon a la ciudad grande, él con otros dos: Josefo Amargo y Carlos Antonio, un viaje de

silencios desplegados. Y más silencio a la vuelta, luego de cuatro días de discutir ideas posibles, cosas de hacer más rápido que en cualquier época, tiempo o circunstancia. Porque la apretada se les venía, mezclada con duras violencias, lidias sanguinosas y distintas, y exacerbaciones que si no eran propiamente de ellos, en algo eran, y ellos, ¿en qué habían andado en Rivamento? Misturando más todavía aquellas misturadas fronteras, mordiéndose entre ellos, escupiéndose basuras por el lomo, dando ventajas a una amenaza de cara duplicada: la de verse y reconocerse, y la de estar escondida, haciendo que la imagen de una tapara la sombra de la otra.

—Tenemos que apurarnos, sisí. El enemigo existe y es como si fuera nuevo, otros recursos y mañosidades. . .

Coluna se decía. Y cada uno de todos decía lo mismo.

Y a las corridas anduvieron, semanas, meses breves, revolviendo las tripas de las poblaciones amontonadas que el Superior Alcalde llamaba cantando "Ciudad de la Amistad".

#### 35. (El Superior Alcalde)

ERA UN GORDO de gorduras insatisfechas, principal en la dirigencia de clubes de fútbol, con empresa de ómnibus en competencia liberada de competidores (con excepción de algún rumbo de mínima utilidad), una barriga vistosa y varias candidaturas risibles e infelices, hasta que lo subieron donde ahora estaba. Hicieron una compleja palanca tradicional entre los mandones de las tierras grandes que envolvían (y aún envuelven) de asfixia aquellos o aquestes pueblos, pues porque sabrosos negocios de dame y te doy, porque leche a mejorar modernamente para aprovecharse de necesidades que se hicieran más costosas, porque fábrica aceitera independiente a arruinar y sueldos sin obligación alguna o ninguna, ¿quién los paga, quién es el patrón, quién?, porque, finalmente, ¿quién pone una cara vacunada contra todo rubor o fiebres tenues de vergüenza, sino el gordete de panza crecedora, barriga con dientes?

Alcalde Superior fue así ungido, y aumentó el precio de los boletos de los pasajes a los pasajeros populares y protestadores, y tantas cosas fue permitiendo que el reglamento legal de los libros jurídicos salió sustituido por las normas costumbristas de la oscuridad, el capricho, las mordidas, las ricas

propinas, el estímulo preferencial y a veces el viento.

Alquiló a un poeta regional que rengueaba al paso de una pobreza lerda, lo acomodaba en algún rinconcito presupuestal de sus dominios si encajaba unos versos que dieran razón y testimonio de su huella triunfal por aquellas rudas gobernaciones.

—Primero me pone y ajusta, y luego se los hago.

Tal nos dicen que planteó el decoroso vate, pensando más en papas y verduras y frijoles que en laureles.

—Ta béin bon, bueno, te pongo, y haceme esas poéticas verseadoras en lo rápido, y agora me voy a mi reunión interrumpida, asesores y recomendados me esperan, que ya se termina el cuarto del medio que yo mesmo pedí pra poderte te atender.

Se susurra asimismo que durante la sesión mencionada por el Alcalde, uno de sus manumitidos cayó y los interrumpió para darle aviso de que se le “había roto el siete”, y dicen los desconocidos informantes que él, el Alcalde, se tocó al tanteo los fondos íntimos de su pantalonuda tela, pero el siete cabalístico era uno de los vehículos omnibulares u omnibuseros, autobuses o guaguas de su sagrada propiedad, y entonces dicen o dícese que mandó que lo arreglaran y refaccionaran con los repuestos y utensilios metálicos de la alcaldía, que también eran como si fuesen suyos, ¡qué tanto joder!

“Rivamento, Rivamento,  
mi ciudad de la amistad,  
cada uno en su mitad  
como un solo sentimiento.”

A los tres sueldos y demás beneficios sociales se originó el cuartético milagro, y si el Superior Alcalde disimuló el atraso y la imaginería desproteneizada del autor, fue porque la panza se le iba muy por fuera del cinturón.

Con tres suelditos más, hubo un musicante que le reacomodó una marcha bastante melódica, y vino disposición perentoria y ordenatoria de pasar unas cuantas repeticiones del nuevo himno por las radios y en cada relumbrante actividad patriótica o juramentada que solían preparar el Club de los Tigres Comerciales y los Señores de la Rueda Dentada, por dar ya citados ejemplos.

Claro que este suceso parece distanciado de los azares

concretos de Coluna y su gente, y para que nadie salga comentando que somos criticones nomás, vamos a otorgar fin aquí a la cosa, por más que los tales versitos sigan siendo los más caros de toda la frontera.

### 36. (Tareas y encerramiento)

CORRIAN TODOS ATRAS del viento, por cerros subían, por ranchajes suciamente acumulados y rotos bajaban, por arrítmicos talleres traficaban su quehacer, hendiendo basurales se descubrían al borde de callejones desvelados, y los superiores delegados y centuriones patriotísticos asimismo largaban su gente a las rúas y avenidas de estrategia de aquellas zonas tan vigilables, rostros no vistos fueron formándose durante el invierno de pastos helados.

—Leyes de ordenamiento son mandatos que el personal debe cumplir completos y muy rápidos.

A Coluna le dijeron eso una madrugada, de golpe se le aparecieron, gallos tiritando tres campanadas solas y desteñidas en la niebla.

Y con él marcharon, varios tipos vinieron a traerlo o a llevarlo, según se calcule el nudo, el sentido, el rumbo del viaje. La Severina Junco fue a verlo, a alcanzarle su comida, sus trapos, pero enseguida claro que no, sino después de un tiempo acortado por los apuros, y cuando estuvo de nuevo parcialmente presentable.

Ella le vio los ojos muy sitiados entre anillos de herrumbre, muy sumidos, los pelos saltándole por la cara aplastada contra el hueserío que el dolor ascendía aún hasta la piel.

Caminaba con sus problemas, dificultades había en los pies inflados y en las chinelas de escaso y torpe abrigo.

En las espaldas tenía como una quebradura, aunque bastante derechita la llevaba colocada todavía.

Ella balanceó el estropicio, dijo:

—Te traje unas ropiñas, meu amigo Joaquim, béin limpias, ansí tú gustas. Y arroz blanco con tus frijolitos, tu feiyoda y carnecitas de puerco. Cerveza también, dejaron pasar tudo.

La Severina Junco, sí, diciendo, y arreglaba esto y aprontaba lo otro.

El hombre que los cuidaba comió con él, más presuroso, más hambriento que él. Luego volvió a su sitio de agarrar el

tubo negro cargado de fuegos dormidos, a estar en su quietud tan aprendida, oficio de servidumbre, sin chance de fumar, de convertir en humo el aire respirado de aquella pieza de clausura, bien hedionda. Porque fedorenta pensaba que era, y más sin cigarro, las paredes raspadas, arañadas por la soledad, meadas por el frío, contempladas por el abandono, así de semejantes y más duras que las de su casita, porque eso también pensó.

### 37. (El cuidador)

NO TENIA DONDE mirarse los aspectos de su traje como el de tantos, peón sin fábrica y obrero sin zafra ni faena, las botas ennegrecidas a media pata, los cueros desbrillados y de ausente poderío, el sombrerito de alas recortadas, demandó a su mujer:

—Che, tú, ¿qué tal está tudo?

Ella lo encontró en los límites de lo mucho peor, le ajustó el botón de arriba para comodidades de respiración y toses, respondió:

—Béin, en lo mais y en los menos, ¿qué tú estás de pre-tensiones ahorita, viejo?

—Pues. . . nada, está sucediendo que uno tiene que andar en las formas que nos mandan andar.

Ya que estaban en el tópico, la mujer preguntó:

—¿Pra cuántas horas tenés hoy?

—Un día hasta el mediodía de mañana. Bueno, voy yendo pra mis deberes, chau pra ti, ieh, tú!

Enseguida de presentarse en los establecimientos de especial cuidado, lo situaron en la habitación chica de encerrar al compadre Coluna, que allí residía desde que entre varios fue prensado, aprehendido y preso allá en sus casas de vivir y laborar continuo, a la hora del lobo lo habían agarrado. Y adentro él debía quedarse, con el hombre friolento que tapaba sus estragos con una cobija manchada por jugos involuntarios y colectivos.

Se paraba y se sentaba, suela en el suelo y trasero en tabla, fatigándose en una postura para no cansarse en otra, y el Coluna de temblor en friolera, los pulmones estremecidos y el triperío de la cintura para abajo en ruiditos como avisos de comida gastada y vinos en evaporación, los pies reventándoles

tupidos de sangre embolsada, él sentía lo similar, picazones, picores y dolores de raíces movedizas, la mitad del total de su vida había estado parado o recostado en esquinas y patios y piezas como aquella del compadre Coluna ahora.

Y olores malos había en los apretados huecos del ambiente, hedores insondables y catingas, “corral con techo”, ¿y el Coluna?, pues minga, nada, cero de hablar para él, de pedirle lo que hace falta o no, de lloriquearle, de referir babosamente a mujer o a hijos desatendidos, ya era experiente en asuntos de tantos hombres o simples tipos en situación igual de igual clausura, y el Coluna nada tenía dicho, ni el nombre de su madre ni el de su mulata que llevaba amachimbrada, ni su apellido había dado en pronuncia de reconocimiento, “ícomo si no lo conocieran!”

Claro que allí se hallaba el compadre, a disposición de dedos sordos y manos ciegas, “tan distinto es, no llevaba apariencias de ser aguantador y calladito”, y más silenciosos fueron los dos adentrándose en el saldo de horas que restaba para culminar el encierro.

Medido mediodía en los pueblos y en varias regiones del mundo.

Campanas de parroquia retumbaban, extendiendo un tiempo redondo y exacto. Dijeron para el cuidador que en una hora más lo renovaban, líos entre la guardia, “complicaduras atadas al servicio de cada cual”.

La mulata entró con bultos, paquetes y asuntos agregados de ayuda amorosa, tal vez algo quedó en la revisada, “pero es tan bunita, tan linda, ¿quéin va a revisar béin cosa ninguna?”.

Y ya desnudó ella platos y cubiertos de meter arroz en boca, de pinchar carnecitas de cerdo y juntar frijoles negros, vaso con vidrio dispuesto a la reunión de espuma y frescor gustoso.

La Severina, pues el nombre tenía escuchado sonando en el pasillo o en cualquier sitiotro del pueblo, le dijo con sonrisa natural:

—¿Por qué no acompaña a meu amigo en el comer y tomarse lo que hay? Que béin lo hemos ganado. . .

Entonces el cuidador comió, y unos tragos cervecientos dejó que para los abajos le marcharan, “los dos masticamos silencio, no es mal que hagamos boca juntos”, con rapidez aprendida y resabida comenzó a asimilar las sabrosidades de

lo ofrecido y aceptado, desde su vertical puesto de vigía sin distancias.

Derechito se pudo mantener, con un cigarro de pura imaginación rompiéndole la soledad de los labios cerrados en los estertores de su salvada energía, cansancio en su posición que debía tolerar con el apoyo del tubo oscuro y pesado como las botas hinchadas y frías, erguidito así, despegado de reflejos de obediencia, pensando en las paredes cascarrientas de su casa de morar, en los fideos con grasa abrigadá de oveja, mientras en el panorama claro de ver, a la plenísima luz de la mulata linda, el hombre Coluna iba teniendo ropas depuradas, atenciones merecidas, susurros calientes por su secreto callar y buen sufrir.

El cuidador no pensó que después del primer antes, lo toparía al compadre principal en el local de los trenes, la estación movida y vigilada, y que antes de ese después, cuando el entierro grande que hasta hoy mismo se comenta, andaría entre cruces y estatuas blancas, viendo terrones caer y caer en lentas repetidas densas gotas de tierra negra oscura, y caer lágrimas, y a Coluna vería hablando para los que estaban, para él también, dudas no tendría, y oyendo cantar a todos, y sintiendo que el silencio se le haría migajas, terroncitos blancos, y que ya querría tener otro pan para meterse en la boca.

### 38. (Dedos sordos, manos ciegas)

EL JURAMENTADO SANDIO CORUJO empezó su mester de torturería.

—Abrite béin de piernas, corazón, separalas béin, y me ponés los bracitos derechos y duros, la cabezota pra atrás, mirando pra los techos.

Un bonete oscuro y áspero de sudores y salivas y sangrías nasales le cayó hasta la base del cogote; un cordel o piola de náilon ajustó las orillas circulares y acartonadas del gorro, mugre dolorida.

—No pongas la mano de lomo pra arriba, al revés, pelos apuntando abajo, eso está béin.

El peso abrupto que le enterraron en cada palma desnuda y mojada casi le agrietó el largor de los brazos: una piedra

cuadrada o bloque de material en cada una, sin alisar y con puntas pequeñas, irritantes, molestosas, dientitos de morder en toda la extensión de su paciencia.

—Levantá los bracitos, remecé las aspas, qué son dos ladrillos locos pra vos, ¿o querés un zapato grande o un tamanco en lugar diso, eh?

El sabía que vendrían las temblequeras súbitas, el resplandor de los vivos nervios desde el hombro, desde los carnales basamentos del hombro hasta el rígido estiramiento de los dedos, hasta el vacío donde las uñas se clavaban, cuarteándose en golpes no esgrimidos, rompiéndose en impactos de anticipación. El choque chirriante, la piel barrosa y electrizada, la vacilación de las carnes marmolizándose en un gesto de innecesaria empresa para lo duradero, el ladrillo izquierdo semigiró sobre el abismo contabilizable entre el miembro horizontal y las baldosas cigarreadas, encharcadas y escupidas.

—¡Aguantalo ché, que no se te vaya a cair! ¡Vamos a ver cuánto macho sos vos!

La tela del bonete, Caperucita Negra entre lobos y perros y coyotes diversos, chupó un resto de risitas jodonas, unas sobras de opiniones donde teoría y práctica se acollaraban.

Fue quedando con confundida conciencia de que aquellas dos formas de ladrillos pudieran tener un color, una imagen de arcilla pobrecitamente moldeada, un contenido de calor para agregar a las casas de los hombres desnudos o desnudados de pared o de otra cosa alguna y siempre. Sin conciencia, salvo que las quemazones del dolor la hubieran sustituido. A menos que los tendones densos y en desgarro la reemplazaran, pero disolviéndose en una materia como ajena y con iatidos oscuros.

Y el sudor ya congelado de los lomos en desguace, túnica agarrotando el pulmón, azulando el interior de las venas.

Y las piernas angustiosamente apartadas en una obligada exposición, en un desamparo que virilidad ninguna podría compensar.

Y el vientre murmurando indescifrables desganas y vacíos, tentando la aflojadera final, el zafamiento por la recta vía que desprecia la presencia, la aprensión y el castigo.

Y las gotitas de orín que hacía deslizar luego de un tránsito de apreturas y ardentías, de a una, de a par, de a trío, de a cuarteto, de a un hilito humoso, de a un cordel desaprensi-



vo, que otros borrarán el nudo, ahí va lo mío, lo que miyo, lo que meo.

— ¡Ay, nonó, che Coluna! Nada de pichí ni de caquita, ite meás pra dentro y te sumís la caca en tu caquera! ¡No me hagas zafarrancho en la pieza: recéin van veinte horas. . .!

Y unas cuantas manos lo prensaron, lo empujaron hacia más tinieblas, lo entraron en la letrina, lo acoplaron bestialmente al guatercló, lo crujieron, lo doblaron, lo resbalaron, lo subieron, lo verticalizaron otra vez, apenas pudo.

Dos días, ¿fueron dos, fueron tres días?, eso fue aprendiendo, armando el minuto con el conteo del pulso, esquematizando la hora con los bostezos audibles de sus cuidantes, con el esmirriado campaneó que alborotaba el cielo, con los trueques de la guardia, con los avisos deformados del tren, con indicaciones distraídas que no eran para él, estructurando el día completo con los vivires de la cabeza pensadora, con las recorridas memorias y saudades del cuerpo, con la rigidez de la lengua que no debería sonar ni con el propio nombre que su extraviada madre resolviera.

Después, ¿cuándo?, ¿cuándo?, Sandio Corujo doraba y adornaba el obsecuente explicadero:

—Pues sí, mi señor superior, aquí lo tenemos a él mismo. Manso en su morada y negocio lo pescamos y trajimos, por precautoría se ejecutó el cumplimiento de lo dispuesto.

—¿Y desde cuándo está aquí?

La voz era recién llegada, con sílabas informes pero bien habladas, recortadas con diente cuidadoso y saliva certera. Le pareció eso a Coluna, embonetado escuchante.

—Desde antiyer. . . o trasantiyer, mi superior señor, hortalas mais o menos. . .

—¿Ha declarado lo bastante?

Perfectamente dibujado el símbolo de la pregunta.

—Pues. . . no, no quiere cantar. . . es cabortero el hombre. Hizo su necesidá completa una vuelta o dos, y mais nada, mi señor. . .

—¿Cómo que no ha rendido declaración? Usted, juramentado, ¿no estuvo en Porto Triste y en Montevideú haciendo cursos especiales para atender situaciones similares a ésta?

—Sí, mi superior delegado, estuve y me pusieron buenas calificaciones.

—¿Y qué sucede entonces? ¿Dónde está el resultado? Apure los trámites, recurra a lo aprendido, realice su práctica, justifique su nivel, asegure su carrera. Si este compadre dice lo suyo enseguida, habremos avanzado notablemente en nuestro patriotístico deber.

—Sí señor, sí y sí, mi superior señor delegado. . .

—Para mañana sin falta quiero la declaración firmada.

El superior era de los durísimos, un poco a lo Diablo, que excita al violador pero nunca fornica, que recarga las armas (así decía mi abuela) pero jamás toca el gatillo, que lleva golosinas al goloso pero apenas si algo mastica. Porque diablo que afloja a la propia tentación es dado de baja en los infiernos.

Empezaron entonces los hostigamientos de los dedos ensordecidos y envueltos en puños golpeantes; de las manos machucadas y enceguedas, más que ciegas, tuertas, nubladas en los nudillos reforzados con un cerco de metal como una línea de pequeños culos nacidos entre ellos o unos de otros y todos a continuación y sin descanso hasta que la sangradura aguachenta de Coluna se posara una vez y esta otra vez en medio de tan originales nalgas de suplicio; de las patas mecánicas pavorosamente avanzadas contra la indefensión de las partes que las queridas caricias de la Severina Junco ennoblecieran para cada siempre momento de su amor y para cada calmación total que el mismo amor en otros tiempos lejanos por encrespase les traería; de las encendidas puntas de los cigarrillos, cigarrillos y tabacos que le encogían los poros y más que nada la distancia delicadísima entre poro y poro, disminuida provincia que las humedades del sueño, del trabajo y del placer libremente recorrieran; de las zarpas pezuñas garras cascos uñones que le empujaban a contrapelo y contra fuerza pedazos de libros azules, desbaratadas hojas de sabios folletos, arruinados papeles de sueltas verdades cotidianas, le empujaban a contrasudor y contrajugo a través de las redondeadas y naturales carnaduras de sentarse; de las retorcidas manazas manoplas manecillazas manotas manotonas que le prensaban el cogote, le amputaban los quejidos, le cerceaban las burbujas de aire traspasado, le sumían la encapuchada, embonetada cabeza en aguas de humanas meadas caballunas, entre flotantes materias de imperfectas o mutiladas digestiones, espesura de líquidos vomitantes y vomi-

tados; de las sutiles manos que no se avvicinaban a su piel erosionada, las límpidas, filtradas, extranjerías manos que le trazaban desfibrantes fuegos de inédito dolor por emplazamientos profundísimos de su hechura visceral, y el horror de aquella sucia quemazón lo entorpeció porque no conocía todavía la respuesta; y se contrajo, se retrajo, se condensó, se embebió, se estrechó en un punto central donde junto a él se concentraron nombres de compadres, señalamiento de lugares preciosos y de circuitos precisos, informaciones que portaban quehaceres humildes y contumaz permanencia, datos de interno beneficio, revelaciones que ahora olvidaba, instrucciones e informes que ahora destruía, noticias que ahora su mensajero desertaba, advertencias que ahora sustituía, precauciones que ahora edificaba, contestaciones que ahora sí bien se aprendía.

Le quitaron la intolerable corona de trapo, la hediondera del bonete le obstruía las narices moquientas, chorreras de lo indescrípible. La boca escupió una vomitadera última de líquidos gaseosos, de salivas ácidamente destiladas; la boca había extraviado su lengua, y los cuidantes de la juramentada soldadesca se la buscaron, la engancharon con uñas desprestigiadas por indignas rascaderas, la pusieron a la vista de ojos desesperados y malsoñados, la apremiaron con tironeos sacudones tanteos zarandajas trémulos meneos, la golpearon para que desvainara su resonancia, la vieron regresar al cielo de la boca profunda y recostarse bajo la bóveda agrietada y silenciosa.

— ¡Putá que lo recontrísima parió! Es cierto nomás, ilos compadres de mierda no cantan!

Sandio Corujo, cuidante encargado de aquella sección de lucidos especialistas, se acordó de la declaración que nunca jamás tendría rúbrica, que no sería refrendada por Coluna, que Coluna no signaría, porque ya de antes de agarrarlo tenía la redacción prontita, escrita según sospechas y sopladitas de soplonos y habladurías de amigos patriotistas y cositas que él mismo por su lado averiguara.

— Sin firma no hay queín lo joda, por más jodido que agora lo dejamos.

Compuso pues la ordenanza de que lo tuvieran solo, incommunicado al Coluna por unos días, que luego le admitieran

visita, que para cuando se tornara presentable, de aceptable apariencia externa, lo iban a largar en una medida de equis semanas, y de mientras seguirían indagando por otros rincositos.

— ¡Esta pieza está que es un desbole repunante, como culo de chanco. . .!

Se limpió por arribita cara y pescuezo, pasó un resignado peine por los pelos erectos, y marchó a citarse con su señor superior, lento por los corredores del complicado edificio, una ruta más prolongada eligió, así podría imaginar la impensable explicación que daría a propósito de las negociaciones emperradas del compadre Coluna, aguantador y solo. ¿Solo?

— ¿Qué vía explicar, qué coños? Esta vuelta soy yo el que se come unos días de incomunicación adentrito, capaz que sí, por burro, ipor no saber qué carajo es el silencio. . .!

### 39. (Fin de visita)

LA SEVERINA LE ponía la comida en el entrelabio, despaciosamente, de a pocas cucharadas, nada de apurarlo a tragar, Coluna masticando despaciosamente, rumiando la sempiternidad de la energía. Dos vasitos de la cerveza traída, lo demás para el hombre que lo cuidaba.

— Decile para los compadres, que nada salió de esta boca que agora está comiendo, de esta lengua que se relame. . . Que otros musiqueen y hagan letras, nosotros no debemos, no. El que se afloje, pues no sirve. Nosotros no, ni rifas ni regalos ni entregamientos. Canterolas no, mala oreja tengo yo para canciones así. Que se sigan movimentando nuestras gentes, mais que antes. Que si menos resulta posible, es más necesario hacer todo. . .

Un descanso trabajoso, respirado.

— Que el pueblo enterito sepa de esto, en los barrios encharcados, en los comercios, en el centro, en los talleres, en las iglesias, en las granjas, templos de gringos y cinemas. . . que no es por mí, a cualquiera le puede tocar lo mesmo. . . es por nosotros, por todos los de aquí. . .

Pálido era el aliento de su límpida voz temblante al terminar.

— Tudo voy a decir pra ellos, los compadres, queda tran-

quilo, meu amigo Joaquim. Ya lo tendrán pensado, seguro.

—Sisí. . .

#### 40. (Liberación)

CUANDO SE ACABO el invierno, épocas de inundaciones vinieron, vacas como globos mojados, caminos de ruindad sin viajeros ningunos, lloros en los rancheríos, las mugres de abajo iban para arriba del cuero sucio de los lagunones, las piedras soltándose de los cerros, gastándose entre el barro colorado que entupía los caños, los desagües, los canales apurados a pala y grito; cuando se acabó el invierno lo dejaron irse, que saliera sí, pero con cuidantes diarios, vigilantes pe-gajosos en esquinas y lugares.

Y a su casa y negocio fue, a ubicar su distancia entre los espacios de muebles y paredes, a corregir con la Severina Jun-co las impacencias del tiempo consumido entre los dos, intocado tiempo de imágenes y sombras. Y a mirar y a ver la marcha de lo que nunca debe parar.

—Por la radio, de tudo te han dicho, puro insulto y mal-decires.

La Severina contaba para él, entristecida y hermosa.

—No es novedá, por el cuero se ve el lagarto. Si hasta pue-do adivinar los que fueron, los blabladores. El fulano Bertalicio Merdín, que se retiró de la aviación juramentada pra se dedicar al contrabando, bagayos grandes y chicos, y que suma con los dedos y resta con las patas. . .

#### 41. (Bertalicio Merdín)

—Y PARA TERMINAR, mis queridos escuchantes de estas patriotísticas emisiones, no tienen que olvidar de modo algún que compadre bueno es compadre muerto, o béin adentro de los encerramientos. Nada de confianzas con ellos, ni darles labia de pláticas ni encararles obras de oficios ningunas, que les manden la plata de otra parte, que bien la reciben de se-creto para echar pudriciones en la conciencia de vosés. ¡Soli-tos tienen que quedarse, como cachorros sarnosos que son ellos todos! Hoy ya fueron castigados cuatro, que eran de lo más pior, y así hay que seguir, ¡adelante aquellos que nos protegen a nosotros y dan escarmiento a los profanadores de

la libertá y el bienestar cómodo de la familia sagrada que va-mos siendo y somos y seremos! Hasta pasado mañana, pues, mis preclaros oyentes, ¡y a seguir dándoles palo y fierro a los compadres! ¡Que a otros violentos sublevados los liquidamos así!

“A continuación, estimados radioescuchantes, nuestro habitual programa de Rivamento Es así Como Así, con notas, suspiros y reportajes sobre los sucesos más característicos y notables de nuestra frontera de cada día, programa a cargo de Cornelio Cabreriña, director conjunto de ¡Radio Ver-dadddd. . .!, ¡isuuu radioooo. . .! Como siempre, ¡bajo los auspicios prestigiantes de las hierbas milagrosas Sarabá! ¡Adeus a las hemorroides con yuyos Sarabá!”

Don Merdín llegó a su casa con el medicinal mensaje irri-tándole los vericuetos del intestino final, pues también sufría lo suyo.

— ¡Este babosiento de Cabreriña queriendo aplacarme, pra así su puestito en la radio conservar!

Al dejar el coche en la vivienda llamada garaje, se inten-sificaron las autocríticas ordinarias, en estados de furia des-atada porque la lengua no se le adaptaba a las ganas sangrien-tas que le habían venido aumentando en los meses más re-cientes. Sentía como una especie rara de coraje loco, quería tirarse de una vez decisiva contra cuanto compadre lo cruzara o rozara con su sombra o ecos de voz o pensamiento, sobre todo contra Coluna y los principales. Lo que hacían y no podían hacer tenía averiguadito, qué comían si comían, con quién dormían si no andaban de insomnio, en qué recursos sostenían su esperanza, quién mostraba un hilito de vacila-ción o flaqueza para prendérsele de la punta y tirar, jalar de a poco.

En fin, gozaba de posiciones de clara ventaja, con revól-ver encimado de 6 por 45 y la pistola menos tamaña en el coche, bolsillo cerca y fácil de agarrar, pero sobre todo y sobre manera, era contra Coluna, aquel que viajaba, yendo y volviendo sueltamente, sin apreturas, y eso que él les avisaba a los delegados y más amigos, se los señalaba, les indicaba el peligro que llevaba aquel caminador, con su tapadera de nego-cios y zapatos, ahora con una rica mulatita en la propia mora-da, gustador de mujeres el compadre, joderlo pues por ese lado, por la costilla femenina, meterle a la bautizada Severina

Junco en una pieza de encierro, ya verían los desesperos del hombre, pero no, quieren pescarlo directamente a él, ya lo tuvieron adentro y nada canturreó el baboso, tenemos que formar una linda pandilla, una turma, una patota de gentes patrióticas, personal fuerte y sin dudar, una vuelta le quemamos el ranchito a uno de ellos, tiempo antes de que este Coluna entrara en la principalidá, ni compadre tal era en tal época, muchachón al pedo nomás, y la culpa la tuvo el fuego, y el tal compadre se nos fue de esta zona, entrándose en los campos de más al norte, mais nunca. . .

—Hay que decidirlo del todo, ¡qué tanta precaución ni respeto ni medidas de hablar! El amigo Tarruti escupe lo que se le ocurre, yo no puedo, me acalma el Cabreriña, me contienen los señores avisadores, que el viejo enloquecido desparrame lo que quiera, pero usted no, don Bertalicio, planificaciones están siendo hechas, tejidas, ahora diga sí, ahora diga no, ahora dele una manito de tierra y bleque a los cuatro muertos, no los deje enfriar, manténgalos calentitos, no se nos impaciente, que donde hubo yeguas, potros nacen. . .

Así iba y reiba repitiéndose en un acto de rabias solitarias.

Y no encontraba la maña, el yeito de acomodar su palabrero y sus necesidades de acción directa, de despeje, de achicar el bote como si ya estuviera soñando los golpes de agua en la crecida. Es así que también su desaliento le venía, una incapacidad de armar el parloteo desafortado para sus fieles escuchantes sobre el esquemita que cada dos días enteros (a veces con cheque adjunto y al portador) dejaban en su residencia y en un sobre con lacres oscuros. Romper el esquema con las instrucciones, romper el sobre, no el cheque, pues quien oficia en el templo que subsista gracias al altar, todo de un solo desgarrón, decir lo que hay que decir, a lo supermacho con revólver y pistola al cinto, bala y bala contra los desgraciados y fiasdaputas compadres, sacando pecho, mandando hombro, pantalón puesto, huevos bien calzados!

— ¡Béin podrido estoy de las cosas que digo! No me importa un carajito tanta instrucción recibida y mandada, ese guampudo engañado de Cabreriña, ni ese viejito conchudazo de Tarruti, ¡ese no va a decir mejor ni más que yo! En la próxima audición me les reviro encima, ¿y quién puede cunmigo, quién, eh?

Bastante ya había dicho de Coluna, prevalecido de su encerramiento, y con las furias y maldiciones de tales jornadas fatigantes, descuidó a su esposa, a doña Marucha Merdín, la que jamás estuvo desatenta a nada y menos que un pucho o faso o resto de cigarro, a las distracciones detractoras de un marido tronante y relativamente rosado, o rosado de bastante más, y ella era muy radical en cuestión de colores.

(Esto sería un capítulo accesorio, más cercano al folclore erótico de la tal frontera que a las objetividades de nuestro relato: ¿para qué mencionar la pública carrera de una desnuda señora a quien persigue un mulato nocturno con irrevocable intención de ejercer discutidas opciones?)

Pero en sinceridades andamos, ¿y cómo no hacer saltar los inoportunos paréntesis, cómo controlar la lengua corredora, cómo no entregar los murmullos colectivos en trazos descaradamente organizados?

#### 42. (Rancho al rojo vivo)

EL COMPADRE OBTUVO un asiento y allí descolgó la hechura deformada por el cansancio. Numerosas semanas empujando a su gente, pueblo dentro de otro pueblo, tratando de teñirlo todo sin desteñirse, sin irse de la roja color ganada en cuantiosa, desprolija y desenlucida contienda.

En otras geografías se alzaban sanguinosas polvaredas de una historia mayor, países de trigo masticados por bombas de sal violentísima, países de cielo enterrados en el fuego, países de agua envenenados por la flotante carne hediondándose, países de canciones cerrados a puñal, países de fábricas, parques, casas, hospitales, cocinas, barcos, poetas, banderas desmigajadas hacia el derrumbadero, mariposas, represas, autobuses, violines desquiciados en un furor total.

En eso pensaba el compadre, injertado en su cansera rigurosamente agenciada a jornales sin horario; pensaba en cómo enganchar aquello de allá —tan separado por mundos y más mundos, tan repleto de disímiles fronteras— con los proyectos y argumentos de allí, porque veía sombras con parentesco siniestro, caras rivamentinas que ya cultivaban colmillos preventivos, y del otro lado empezaban a ferocear delegados de cuartel con ánimo inclemente, y los de ese lado —toda frontera tiene dos rostros y una doble juntura y por dos multiplica

lo fácil y lo complicado— eran de contagio rápido cuando el diablo les soplabla por el culo, el viento arrebatado de la usura y el poder.

“Con los principales ya hablamos, nos entendimos béin, falta advertir a las nuestras gentes, enterarlas hasta el fondo, que no hay jodidazas guerras porque sí nomás, porque un loco de bigote se trenza con este gringo del habano, porque el tano Benito saca la jeta y atropella pra ayudar al otro loco, o porque se acollaran entre ellos de casualidá, por pura simpatía, pa joder a media humanidad de personal que como nosotros trabaja y no quiere peleas sino vivir y ser lo que tenga que ser. . .”

No pudo estarse más en el asiento, banco, silla, silleta, banqueta, sillón, hamaca. Entró en su morada, rancho de pieza única, el fogón afuera, él disponía allí de su dieta, él también resolvía afuera la limpieza de sus ropas, un piletón con baldocines inestables de color, fijación y forma cerca del pozo, él pues mantenía usanzas y no mudanzas, ejemplo singularísimo para otros compadres a quienes la mujer, esposa o concubina o hija o entenada, les redituaba ancho y cómo modo provecho.

—Me murmuran por estar en lo doméstico, ¿pero en qué no tenemos que andar?

Eso se dijo mientras metodizaba el trueque de vestidos, de pijama mantuvo el cuerpo, en carbón y palitos de leña calentó la comida sin exceso de gordura, con la justa medición de arroz y un tasajo mañosamente aderezado, comió hasta deshabitar el plato, bebió la equivalencia de un vaso mediano de vino restado al vino del mediodía, dio meditación a su cabeza sobre recortes de diarios, revistas, publicaciones venidas de más allá del comienzo de la distancia, de la misma capital, iba en búsqueda de un resumen refinado y claro, de lograr matrimonio entre la brutalísima crueldad de los datos que los ojos desplegaban y la fórmula que entrara con verbos y razones en tantos cerebros tornadizos y entelarañados.

“Cómo decirles que atrás del cañón no está solamente el plantel de artilleros, que una mano de turbia potencia terrestre y viscerales intereses del gran dinero lanzaban a los aires celestes la espuma incontable de aviones asesinos, que las banderas y las insignias consagradas eran obedientes al ade-

mán de la traición, que en el pudridero unánime cada hombre de cada pueblo era descuartizado, que las cenizas de Sión no eran toda la ceniza, que los antiguos estigmas redivivos se enriquecían con inaugurales infamias, cómo decirles que había y habría huesos de desconocidos compadres, de camaradas batallantes e inderrotables, huesos y miembros y cabe-llos y pulmones y lengua y pescuezos y narices terriblemente saqueados por la calcinación enemiga, cómo decirles que ellos, que todos los compadres y amigos de la tal frontera tenían que obligarse a difundir el esperanzado sacrificio del trágico evangelio de la guerra. . .”, eso era o fue lo que más o menos pensó, sin resolver el cómo, porque en los principios estaba cuando escuchó los pasos impunes a través de una oscuridad desvelada.

Y apenas aferró una maleta siempre preparada y un bulto mediano de bagaje personal, que los pandilleros patriotísticos le rajaron la puerta y lo olfatearon babeantes con sus fierros espesos y breves cuchillos.

Y más apenas todavía volteó la mesa de estudios y manducaciones, que los gritos achillonados del mozo juramentado Bertalicio Merdín exigían querosén y gasolina y fósforos y mechas y teas y antorchas.

Y muy apenásimas impactó una cabezota con chasqueante testazo, vació una barriga con pie despojado y experto, y surcó la sola ventana de la sola habitación, que el humo ya enturbiaba sus malignas raíces de fuego, absorbiendo los vapores serviciales del fogón y enredándose con las pocas brasas enardecidas por un estallante resplandor que las extinguiría.

Y no pudieron enlazarlo ni voltearlo ni contenerlo en su fría fuga desesperada, y el compadre principal inició un sudado extravío de rectas, curvas, arcos, círculos, tangentes, diagonales, triángulos, espiralizándose en los definitivos campos del norte, resignando tentaciones de catar el chirriante altor donde su rancho al rojo vivo se disolvía, receta de aquella frontera que en otro catálogo de crónicas sería aplicada a la doctora Eufrasia, que tan buenamente limpiara las costras del loquito Jesús.

Y el compadre, pues, se embarcó por todas las rutas boreales del calor sin agua y de sus patas desnudas, que patas fueron de tanto astillarse entre pastos, hierbas, espinas, pedregales, calles enrojadas de poblaciones moribundas en

cuyos bordes se hundía a dormir, cruces asfaltadas de ciudades menores donde instalaba posturas de mendigo; rutas cada vez más septentrionales por las que rastreaba el sonido y el olor de una larga milicia peleadora. Porque noticiado estaba de aquella columna que constituyera el juramentado Presto Alves, y con ella quería fundirse, para cortar regiones agresivas, zonas de oprobio, estados de miseria; marchar sí con los enfilados guerreros del sargento Presto Alves, para atravesar países más cercanos a la dejada frontera de ceniza, pues su conflicto era dar lidia a expoliadoras discordias y guerrear contra las guerras. Sin que el lugar de las batallas importara nada. Y con libros, con papeles pegados a humilde engrudo en paredes desprevenidas, con verbo resonante y pensante, con ministerios de lo cotidiano, con agrupamiento de compadres, con sostenimiento de amigos, con la quemazón de un rancho y con el uso contemporáneo de su vida, cabeza, piernas y brazos bien apercibidos y dispuestos a lo que fuese, y completos.

“Mais nunca. . .”, puede ser que nunca más fuera visto o detectado, pero el compadre (figura carnalizada para otras historias), adelantado de Coluna y los suyos, supo andar por cada sitio de su propio romancero; puede ser que nunca haya ingresado —por cuestiones de destiempo— a las ariscas legiones de Presto Alves; puede ser que el hambre lo desgajara y el hielo de las sierras lo charqueara y acuchillara en los roquedales; puede ser que el incendio universal que calcinara su casa de tablonos le insuflara un delirante espejismo de renovada justicia; puede ser, pero otros compadres leerían en dilatados regadíos de tupido sudor y aglutinados y pastosos coágulos, la claridad de los caminos del norte, la claridad de los caminos del sur.

#### 43. (Marucha Merdín)

DICEN QUE DOÑA MARUCHA, redonda y suave en lo suficiente, salió corriendo disparatadamente con el aliento del mulato castigándole la nuca. Dicen que fue en el claror de la madrugada de un lunes para martes o de un jueves para viernes, que viene a ser lo mismo en las generales circunstancias del humano amor. Y aseguran los blablablá de Radio Bemba,

que doña Marucha tenía encima su mejor piel natural, con manchones de polvo talco y desgarrantes toques perfumados. Dicen que fue por la Avenida Rocuá, antes Treinta de Febrero, a las alturas de una mansión para incógnitas pasiones y de cierto vuelo, y que unos gritazos se oyeron como jodida negativa de algo, y que doña Marucha desembarcó en el centro de la calle, y enseguida se puso silenciosa, envainó su hablante apéndice para eludir cualquier escándalo, y dicen que el mulato la llamaba arrepentido, pero nada de volver sino más bien de rajarse del peligro de tal vasallaje, y dicen que el mulato, vestido con un pellejo de hacer suspirar de mimosidad desde Branquiño hasta más de algún turco mimoso y platudo de por aquí o más lejos, saltó por la ventana de rejas cortas y se largó atrás de doña Marucha, y dicen, mire usted qué ojo y qué orejas, que la alcanzó y sujetó y la convenció de regresar con él a su cuartito de ternuras, y que después se oyeron las baitas grandes gritarías, y que no y por qué y que qué prueba de qué y que bueno y que no y que sí y lo demás fue convulsivo silencio, y dicen también que no la agarró ni se dejó vencer ni conversar, y que doña Marucha, calzón en mano y bien peladita todavía, entró apurada al dormitorio de don Bertalicio, mire usted qué fuga tan instintiva, y que él se despertó despoticando contra gentes muertas, y que aún así le preguntó si venía del cuarto de baño, y distraído o hechizado o ensoñado se durmió seguidamente, confundió sudor con agua o con sangre, eso dicen.

#### 44. (Bertalicio Merdín)

ROSADO ERA DE rostro y gesto don Bertalicio, no le gustaban sus propios colorcitos, las mejillas como nalga de angelote y un pelo achatado a la moda patriotística y pituquesca. Abandonó en el espejo lo que tenía mirado y estimó que ya estaba en tiempo y minutos para su programación: gran temática le habían presentado, había que batirla más, espesar la crema. . .

Al tipo que estaba de guardia ni lo vio, entró para hablar, dijo y habló, fundamentó y razonó la sangre ya desparramada, predijo el sacrificio total, el exterminio místico de los compadres, rompió el enredo azul y blanco de la corbata, apartó la chaqueta de brazos y espalda, sudó furiosamente,

reventó el volumen y la distancia del aire, causó espanto en tensas membranas, multiplicó la roja lámpara de advertencia, retembló los puños brutales en la mesita de apoyo simbólico, ahuyentó al gato de ignorados dueños, incineró de nuevo al compadre enemigo con un destino irremediable, incitó otra vez al combate final, y "¡Hasta pasado mañana!", salió a la vereda, bajo luminosidad temblona estaba Coluna, Joaquim Coluna, y disolvió su lengua, distendió la rosada color mejillesca, otras babas le cruzaron la cara, una dureza le batió el ombligo, parió con espasmo y dolor una tupida pérdida por la piernabajo, luego ganó el automóvil y pudieron irlo.

Desde ese momento llegaría a aprender lo que en el lacrado sobre de gringas instrucciones no constaba: que también la mierda más inesperada tiene un precio.

#### 45. (Donde se habla de otros)

HUBO EN COLUNA un autodescanso. Siguió más un poco:

—Y el tal Tarruti, ¡siempre de joda con los colores sagrados de las banderas, pero con más colorido en esos pelos falsos que tiene, pra no parecer el viejo de miércoles y porque-ría que ha sido hasta hoy mismo, y hoy no habrá tenido tiempo de cambiar, quedándose con casitas y terrenos de los demás, y jugando con hipotecas y préstamos sucios! ¡Si ni el pito tampoco le funciona. . .! No es el único por Rivamento en estas condiciones. . .

Y casi paró el hablar, esa furia no era de él, era como un contagio, como el ardor pegajoso de una fiebre de otros. Y se enraizó de otro modo en lo inmediato:

—Apenas acaben con eso de la cuidadera pra mí, nos vamos a la capital, a Montevideú, agora que como una aflojada parece venirse, la táctica del chicle. . . tengo ya escrito pra los compadres de allá, hay acuerdo. . . Cambio de aire, bofes nuevos.

Pero a los días contados de pensar y decir esto, la noticia con la muerte bruta de los cuatro compadres, a purísima bala de hierro y plomo, y el fulano Bertalicio Merdín justificando, largando sus babosidades por el éter de la radio, y el tal Tarruti pidiendo más muertitos, por estas razones de leyes inalterables y por aquellos motivos de mantener la casa en buen orden.

#### 46. (Noticias de muerte)

"YO NO TENGO nombre, no. Yo no existo en este relatorio. Quién soy yo pues, ahora más sola que João el Solito, más apavorada desde que el amigo de él me vino con la novedad del crimen, él y los otros tres, despanzurrados en el local, y yo que allí lo dejé, que lo acompañé no queriéndome ir de él, claro, no fue posible, y él se entró riéndose y llevándose el mate, sus compadres lo esperaban, qué alegres, qué contentos al saludarlo, ellos se quedarían con la voz que contra la puerta para mí se terminó, qué les diría por aquellos momentos que juntos pasaron los cuatro, una noche entera hablándose, mateando, leyendo los diarios, porque con papeles los taparon después, ¿qué fecha del otoño tendrían en el día final de todos ellos?, ¿qué palabra hubo en tu boca si gritaste?, ¿qué caras hubo en tus ojos si viste a cada enloquecido criminal?, ¿te acordaste de mí, João Solito, hiciste con mi nombre un sonido azul al morir?, porque de otra razón vos me nombrabas, desde que empezamos un namoro facilongo, que a casa fuiste a acomodar una canilla, un tubo de agua atascado, trabajaste ligerito y todo limpio, bien recomendado por la amiga del amigo que era y es amiga mía, que se metió ella a comadre y salió de lo más positiva, no sé si empujada por el ejemplo de su hombre, fuiste a revisar lo hecho otra vez y en una vuelta de la plática me convidaste para el cinema, que daban una película adecuada a mi sentir, y yo acepté, ¿qué otra no?, y como un año salió adelante el asunto aquel nuestro así, vos simpático y abierto, siempre como si anduvieras pensando algo, dando conversa a muchos, mostrando que detrás de tales y cuales fronteras muy apartadas de aquí se estaban criando personas distintas, y que te gustaría viajar por allí, y volver y darnos enseñanza de ciudades y gentes, y yo, que ni dispongo de un nombre, que nadie me bautizará en el correr de tu vida contada por otros, yo acreditaba tu decir y hasta te pregunté aquella oportunidad si vos no tenías que ser también uno de los principales, y me dijiste que no, que por qué él, vos mismo, y no el Toco Mondiola o el Abreusiño o Moro o cualquierún de tantos, que cada fatiga se mide por el propio sudor utilizado, ya se vería si él pasaba a otras industrias, que hay que ser más calmo si falta la paciencia, y no

piensen que soy de artificios, el que es humilde tiene que bien usar la humildá, ¿quién no mira lo que hace un compadre?, cuanto ojo hay, mira, mira pra nosotros, dijiste, por eso, no sé ya si sé bien, cuando te sumiste en el local yo desparramé un lloro bobo, no me viste, no me escuchaste, tu amigo todo nos contó luego, cuando marchamos por la avenida, qué desigual estarías, con qué palidez sin sangre, no como cuando venías de lo alto a besarme la cara, entonces sí eras un amador serio, extraviado del mundo, y al desenganchar el abrazo regresabas a tu sonrisa y a tu murmullo, y un poco de pavor como el de ahora me entupía las venas, como un latido, una batida cerrándome las estradas de la sangre, sólo vos, mi Solito, solamente vos podías hacer que cada cuajarón se disolviera, que el plasma se llenara de respiraciones, que yo tuviera raíces más adentradas, más suspirantes en el cuerpo mío que vos me esclarecerías, y ahora pues con este miedo, y a tanto tiempo de los tiros y el entierro, y yo sola, João Solito, sin hijo tuyo viendo crecer, con mi amiga y tu amigo visitándome las veces, sola y sin nombre en estas referencias, si yo no pienso ni me hablo ni digo João Solito, ¿quién lo dirá por mí?, porque no puedo estar con tus compadres, todo era nada más que por vos, por más que hablen y se rían parecido a vos, es así, João Solito, si vos estuvieras, y yo ni existo ni me llama nadie con tu modo, sola pues, como borrándome.”

#### 47. (Tarruti)

DON TARRUTI SE cortó unas mechas sobrantes, para animarlas a espigarse más bien. Todo el mundo estaba sabido de que era medio bastante pelado, calvate, carequiñas les dicen, o carecas, y con peluca como una melaza de zanahorias aplastadas, pero él, enterado del enteramiento totalizador, sólo deseaba que no se viera la despojada superficie de su ideario patriotístico.

—Ideas, ideas me van de sobra para estos pueblitos preuntuosos. De pensar y pensar se me fue escapando cada uno de mis cabellos.

A menudo le gustaba dar explicación a algunos fragmentos de su extendido sobrinaje.

Como es de adivinar sin imaginación, los abundantes sobrininos aguantábanle la vida, o sea que aguardaban su óbito,

desaparición, fallecimiento, muerte o falta con paciencia histórica o histórica según quienes fueran los esperantes. Y de tanto flexibilizar la espera, mientras él no se casaba ni enmaridaba ni establecía relación femenil precaria de tipo conocido, ellos sí comenzaron a casarse, con cura y bendición de templo, entre sobrinos, claro, para no desperdigar demasiado los dones heredables.

Emparejado el mecherío escaso, pobretón de firmeza, de grosos apagados, ubicó la peluca dividida en tres peluquines vacilantes que se unieron con alegría de futbolistas brasileños festejando un gol angustiosamente conquistado.

Don Tarruti moraba en una soledad concurrida a diario por parientes ansiosos, que asimismo solían morir después de reproducirse brevemente, por economía actual y hartazgo futuro. Pasaría muy requetebién por un viejito mañero y mimosiento, hasta hoy mismo y hasta luego de liquidadas estas narraciones, si no fuera porque le vino la tardía viruela boba del patriotismo despelotado. Por tal motivo, acentuaba la especulación estetizante que le hacía hallar el declive justo para su pelo zanahoriesco de algún peludo anónimo, misturándose así un apolillado y protodieciochesco buen gusto con sus deberes de actualísima ciudadanía responsable.

Cocinaba odios generales contra cualquier insinuación de mínimas modificaciones: una silla en otro espacio, aun un florero iquebánico con dos tallos excesivamente exactísimos, un impuesto menos benevolente sobre sus apropiadas propiedades urbanas, suburbanas e interurbanas (porque no servía él para los campos estirados de verde y las vaquitas lustrosas y engrasadas). Para que nada, ni cosas ni bichos ni personas fueran sometidos a los horrores de un cambio, de una brizna o de un átomo de transformación real o aparente, recurría a los servicios de Dios o aun al de los doctores mágicos. Pero la desilusión cundía por las rigideces de su espíritu al no percibir respuestas adecuadas, lo cual hubiera sido un cambio detestable. . .

Entonces se volvió patriota (tal vez siempre lo fue un poquitín) hasta los arrugados atributos de que era indiferente portador (lo de las especiales arrugas es una concepción popular burlesca, nacida de la mera práctica, la tradición y el platatorio atrevido de una negrita, empleada a servidumbre de



don Tarruti, que resultara atacada por su empelucado patrón sin efectos positivos, eso dicen).

Y le dio por las audiciones radiales, televisión no quiso por sostener que era un adelanto técnico irrealizable:

—Que la voz de uno camine por un hilito eléctrico, ta bien, que camine, pero un semejante gordete o uno flaco o yo mismo, ies imposible! Y que salga convertido en una fotografía de cinema, menos que menos! Lo que yo no pienso, no sucede, sí señora.

Mondo y orondo lo comentaba para alguna sobrina que le cebaba con santa impaciencia, un matecito con hierbas de olor y leches malteadas, según recetario de la doctora Bemvinda Verticalia.

#### 48. (Bemvinda Verticalia)

LA DOCTORA ANDABA de cigarro raro y humoso y fumarero, negrísimo el cuerpo inabordable hundiendo colchones planetarios.

—Che vos, Branquiño, dejame que me den un descansito, la baraja de naipes tengo que ordenar de nuevo, santificarla, hacerla entrar en gracia y luz de verdades verdaderas.

Branquiño, orientando su endiablada pelambreira hacia un lánguido costado, respondió lo suficiente:

—Sí, mi dotora y madrecita de todos, usté ya está mandando.

Y dio aviso breve a los esperantes, un lote de males y dolencias sufridas y sufiros a doler que se iba incorporando en la mistura de conversadas lamentaciones, como si con sólo contemplarse en su desvivir, no fuera una precaucional argumentación de respetos compartidos. Potencias invencibles del yo-te-digo-y-tú-me-cuentas, la Radio Bemba sanatorial y prodigiosa, funcionando a horas constantes, horario de saliva y ganas inderrotadas.

“Las barajitas pondré distribuidas, la cruz cristiana de Dios y el Santo nuestro hago con ellas, desmanchar, borrar la mentira de mi boca que pasó borrando la verdá de la reina macho, del sota hembra, del oro cola con suciera, de la princesa macho en su yeguaza macho, porque mis cartas santas hablaron de un otro yeito, con otro tono, coitada, pobrecita la pobre de mi amiga señora Angela del Rocío, si el rey es

monarca y no lo que significué para ella, que su amorosienta negra flacucha ya anda en intenciones de abandonarla, eso no le tarda ni un pedito de gallina, y la sota con espada es hombre de afilada pelea, quién le dará su amparo a la desgraciada cuando por la rúa callejeando sola quede, portera de queco pulgoso, acá no la voy a traer como al Branquiño, ella es macho de adelante y él es hembra de por atrás, y el as de plata amarilla, otros lo gastarán y pra ella ni un tilintín en la oreja o en el bolso, y el jefón en su caballo oscuro, tiznado, béin me ha dicho que ella no viajará a pueblo ninguno de estas distancias y fronteras, y que Marimbao no fue pueblo nunca escrito en ningún mapa, bueno, sí, la verdá santa quedó armada, agora el barajo vuelvo a entreverar, pobresña mi amiga aquerendonada Angela del Rocío, sólo en vos mesma pensando con tanto muerto jediendo todavía alrededor de todos, y los que tendremos que enterrar ainda, pur iso sólo a meu Deus puedo mandar de ayuda pra vos. . . Ya ni me queda otra cosa, al menos en tu caso especial de pecados y llantos. . .”

No sabemos con qué voces habló o pensó, luego convocó a su ayudante:

—Branquiño, andame preparando la receta casamentera de la sobrina del tío, pero antes me hacés entrar asegún los turnos dados, y de rápido si podés y pueden, que hacer asuntos benditos, curaciones, misturas y milagros tambéin cansa.

#### 49. (Tarruti)

— ¡LAS PROGRAMACIONES me las pago yo, con mis rentas ganadas a sudor de ideas, y digo lo que se me antoja decir a mis palabras! ¡Mirá si el cuerno flojo de Bertalicio Merdín me va a pasar en las conversas! ¡Ni al truco ni a rezar el rosario ni chumbar los perros ni a vender lotería ni a bostezar me pasa, supera o jode!

Daba corrección a los peluquines unidos, la Santísima Trinidad del Pelo, según escondidísimo pensar de la sobrina preferida, gordita y tetuda, sabrosa tal vez en su avaquillamiento profundo.

Obviamente, ella quería casarse con su tío y con las platas numerosas del tío, dar su calzonazo de oro, y por eso (dicen) dale mate y cebadura, espumas misteriosas y más

mate. No sabemos asentar en qué resultó este síntoma de ardoroso parentesco, ni a ella se lo comenten: nadie tiene obligación de contarle todo.

—Meu tío, ¿por qué el señor no deja de incomodarse con esas platicadas, esas faladurías de radioinfusión? Usted se preocupa y molesta, y hasta amigos de usted ni hacen siquiera buen comentario de sus verdades patrióticas. Y hay riesgo, peligro en tales asuntiños de hablar. . .

Tenuemente dijo la sobrina, un collarcito hundiéndose y flotando entre grandes olas blancas permanentes.

—¿Por qué peligros, eh? ¿De dónde sacastes vos eso?

La bombilla plateada del tío con gotas y chorritos de todo un poco.

—Pues. . . por lo que pasó con don Bertalicio, usted arrecín lo andaba mentando, de parecido modo y yeito dicen que los dos son. . . usted y él, tío. . .

—¡No, nao, mi sobrinita quirida, somos diferentes en lo completo! Ya me contaron lo sucedido con él y el fulano de Coluna, a este compadre sinvergoña lo tengo observado crecer dende gurí chico, mal bicho, nr se sabe cómo pudo instalar la negociadera de calzados, con dineros de Moscú a lo mejor. Y el señor Merdín, bueno, es bastante pior por lo ambicioso y trepadorcito, viento a favor y en la bajada, eso le gusta, iyo sé quién le corta el queso, quién le costea su espacio en el éter de la radio!

Se prendió como vampiro a la bombilla, chupó aquella teta de metal lujoso, y añadió:

—¡Ellos sí que son iguaisiños! Mirá, sobrina, tomá aprendizaje de esto, iguales idénticamente porque quieren virar la sociedad, pal lado del bagazo, de la chusma, el Coluna, y pal lado de los puros brutos sin seso, el Merdín. Claro que hay que ser béin fuerte, pero de ideas, ni una cagadita de mosca, pra ideas estoy yo en estas poblaciones de Rivamento, llenas de payasos discurseantes o mandaderos del Alcalde. Pues no, nadita de novedades, tudo ya está resuelto desde el nacimiento de los mismos tiempos, el que tiene, tiene, y el que no tiene. . . pues se jode por bobalión, y que se embrome si lo joden. Y ahí tenés el mate, sabroso estaba gostosamente, y agora trae praquí el diario pra ver qué mentiras nuevitas tenemos hoy. . .

La sobrina recepcionó y distribuyó de acuerdo al pedido,

y añadió en son de charla interna:

—Esos programitas de la radio, deben salir unos ricos pesos. . . Tío, usted tiene que bajar de media hora a quince minutos nomás, se gasta menos, y apretando, puede decir lo mismo. . .

Don Tarruti le largó los ojos por encima, entró a meditar su poquito y determinó que aquella sobrina agordonada y blanca tenía condiciones para ser su tía.

### 50. (La sobrina)

TAL VEZ SEA objetada su aparición en esta atadura de tinta revirada, en estos espacios de papel achatadores, plana dimensión de lo posible, pero intenciones hay de engancharla apenas, como suele sucederle a ciertos peces (por puro localismo mencionemos dorados, tarariras, lambarís) que son heridos por imaginarios anzuelos.

Es decir, definida su ambición vocacional, cotejadas sus necesidades, burlonamente transitada la chance íntima de un matrimonio donde ella expondría el jugo y el envase frente a la sequedad de una ya superada patriótica, ahora va mejor poner un simple, etc., entonces suspender la información, multiplicar la sed, cebar mucho mate misterioso de lechita malteada o sin maltear, suprimir todo dinero aplicado a un tiempo inútil, alentar la síntesis, excitar las ideas, escarbar sutilmente en lejanísimas curiosidades. Pero nadie con ella construya alusivos comentarios: el que tiene boca, sopla, y en su plato se lo coma.

Lástima que la tal recomendación es imposible de atender en el eterno vaivén de nuestra historeteada frontera.

En fin, adiós, sobrina, y que el tiaje te sea favorable, bajo obvia condición de nada narrarle a don Tarruti que desde una discreta ventana viste pasar un larguísimo entierro y que lágrimas abandonaste sin entender bien por qué, aunque Bemvenida Verticalia te explicaría aparte y dentro de estas relaciones, que ese confuso dolor ya estaba en tu destino, y que hay quienes sólo precariamente lloriquean y quienes secamente lloran y quienes matan y gritan y hablan de más matar y hay quienes curan lo enfermo y dañado y hay quienes tercamente caminan, respiran y son.

## 51. (Amiga de amigo es amiga)

COMPADRE principal Valmir:

sacando mi provecho de unas horitas de vacación que me tocaron este domingo y porque también anduve con las fiebres después de corretear bonito esta semana traspasada, ¿se acuerda usted el asuntito a discutir con el grupo de mujeres del Cerro Comunicaciones que resolvimos a fuerza de tener razón nomás frente a esas desbocadas que no entienden las nuevas situaciones y que las mandamos de ahí mesmamente a aprender lo que no saben ainda pues que los libros no ladran sino que hablan?, mozas jóvenes muchas de ellas que agora empezaron a agarrar tren de humildá, quelque tiene ojo que vea el sol todos los días, hasta de nublado, ¿no le parece, compadre? Bueno, aprovechando le decía este tiempito suelto, le redato unas opiniones nada más que mías porque tengo sabido que usted junta comprobaciones y papeles sobre las cosas nuestras de aquí y desde meses las junta y acomoda, que cosas nuestras de otros lados tienen otros que juntar, ¿no es? Bueno, como acredito que le puede interesar y no por vanidá propia de mí, le recuerdo que mi marido, antes amigo y novio, fue nalga y calzoncillo con Torelli, pero eso usted lo conoce como si fuera el Santo mismo de su terrero, y también lo de la novia del Solito, esta muchacha que no aguantó tanta muerte sangrada y se hizo con su carne propia un agujero en el corazón, y por ahí se fue cayendo y no hay modo de tirarla de esa profundidá que es ella agora mesmamente, y mire que yo y mi marido la vamos a ver todo lo seguido posible, explicándole, pero ella sólo pra sufrir, y le duele como si se lo hubieran matado hoy, y llora como si todavía anduviera en el enterramiento, caminando arrastrada por nosotros atrás del cajón del Solito y de los demás cajones con los demás. Bueno, tal vez porque ella fue siempre de no tener mucha amistá ni namoros continuados, que eso es fultáin pra muchas hembras de aquí, pero lo que usted no sabe, seguro, es que la gente de su familia estaba emparentada con el Toco Mondiola por parte de la madre de él, que se apellida Riverón como la de ella, y que se vino la coitada viejita desde Cuitambaé donde moraba cuando la enteraron del crimen sufrido por el petiso Mondiola, ni sé quién le dio

aviso, acá todos hablan una especie de única palabra. Bueno, se vino pues y aunque no querían que concurriera al entierro, fue igual sin que las piernas se le negaran, bajita más que el Toco, con el pelo morocho y apenas con ciertas canas, la cara media redonda y ya con alvertencias de consumirse, unas cejas con negrura por arriba de unos ojos más grandes que chicos, y mirones y refistoleadores que daban asombro, de las pocas mujeres que no anduvo de lloro fue ella, cuando pasó por mí, yo le escuché que decía que el sitio del Toco Mondiola agora era pra ella, fijesé qué vieja más de no acreditar, yo pienso en las mozas que hoy le dije, y con todo lo pasado en estos años, dando sus reviraciones y que sí y que sí que no, pra otros negocitos tanto no dudan, y entró como comadre decidida pues, y ainda se mueve como puede, pues sí, compadre Valmir, requetevejita como es y está, corcunda, doblada y con su bastón, planteando enseñanzas y ejemplo, y la amiga del Solito, parienta de ella y todo, nunca se esplicó eso, tal vez ni la vio, más enterrada que los cuatro compadres mismos, yo acredito, dolor pra ella es vida, y yo y mi marido le decimos que el puro tiempo ansí es una desgracia, pra ella, y pra los que precisan ser mejores, pero ser más y más también en cantidá, que la buena calidá sola no basta, no, pur iso yo me hice comadre, béin camarada, no tanto por seguir a mi marido, no tanto porque mi amiga doliente no siguió al Solito Torelli, nada más que hasta en el amor suyo lo siguió, pero tanto sí pues por seguirla a la vieja del Toco Mondiola. Bueno, que esto le sirva pra dar memoria acertada de lo que somos nosotros aquí, en estas políticas misturadas y todavía béin complicaderas, y como mi pensamiento se me clarea y puedo ansí mirar cada vez más pra delante de los propios sucesos, y estudio y me educó como voy pudiendo, espero pues, mi compadre Valmir, que alguna ocasión puédamos leer el libro escrito y redatado de lo que todos nosotros andamos haciendo y tendremos que hacer todavía más y más pur aquí. . .

Y me recibe un abracito fraternalísimo de su comadre...

## 52. (Severina se va)

—IGUALSIÑO NOS VAMOS daquí, antes que nos toque a nosotros mismos, fuera de hora. . . Y a vos, que nacistes en

lados de allá y frontera adentro, jodeduras bravas te trae esta situación, Severina Junco.

—Yo digo de ir de solita primero, poco coñecida soy por estos asuntos nuestros. Llevo lo que se pueda ir llevando, ellos esperan palabras de nosotros en la capital, y presencias, ¿o no es así? Pruebas precisan, fotos de los compadres en su sangre, esas que sacamos de escondidas, a lo distraído, aprovechando el borbollón de gentes ese día. . .

Ella ponía su voz, pétalo a pétalo, latido a latido, en la oreja triste de Coluna.

—Sisí, sí, pruebas, comprobaciones, fotografías, hay que hacer revelación, espresiones a lo grande, mucho sirve, y en otras fronteras, ¿y los muertos asesinados? Todo el mundo tiene que saber, nadie tiene que olvidar. . .

Y la Severina Junco se fue a Montevideú, más sola que la luna en un verano resquebrajado, con una maleta y un bolso de arreglo cuidadoso, ella era de ese modo. Desde una ventana Coluna le soltaba y le soltaba mirada, el hilo se deshizo cuando ella movió una mano, apenas quebrando el aire ya mezclado con los vientos que saltaban de los cerros.

Coluna esperó que fuera la hora cercana, cargó la pistolita corta (extraída de terrestres comisuras inhallables), hasta el local de la radio llegó, elaborando su tiempo con paso y paso de zapato fuerte: el servicio de andar lo caminaba totalmente. Alguno estaba de guardia en la puerta, dio saludo y sacó cigarro, dos cigarros, un fuego era lo mejor bastante.

Raspadura, rasquido, rasqueteo, arenillas ardientes, azulándose, se retiraba el huidizo fluir de la especie encendida.

—Viento otra vuelta, ¿vivo?

—Sí, con jodida polvareda, lluvias tal veis se traiga.

### 53. (Guardián)

EL GUARDIAN HIZO eco para el saludo de Coluna, tenía su conocimiento de él y de sus ocupaciones de compadre abierto, de principal, en lo duro y desperejo. Gustaban los dos, mire usted de lo que uno se acuerda y de lo que ellos allí recordaron, de un mismo equipo de fútbol, el Sarandises Clube, cuando fue más mozo joven, en esas canchas de alboroto se dieron alguna conversa suelta, hasta se chocaron en ciertos partidos de pelotas o balones escapadizos, “para co-

rrer y jugar y patear, hay que andar béin comido”, fraserío de Coluna que en ese instantito de él llegar, le volvió como una sonorizante imaginación.

Un cigarro le aceptó, que no es ofensa para nadie, fíjese usted, en tales lugares, y más cuando uno tiene que estar de soledad en soledad, en vigilancias de puerta de entrada y salida de la radio, músicas, blabladeros, personas, un engañado de director, un gato asustándose. Después del fulgurante fueguito fugaz, hablaron del viento, de las polvaredas y de lluvias probables (que todo fronterizo tiende a decidir sobre el clima y sus enmiendas secas o mojadas, aunque los climas no pasen siempre por las vecindades de su alma).

“¿Qué habrá venido a hacer a este sitio tan mío? No me vaya a complicar, audiciones de palabrear a las gentes pur aquí no tiene él. ¿A quién espera, pregunto o no pregunto?”

No le dio el tiempo, la empresa fue ligera como suspiro de monja en alta luna, ya estaba saliendo don Bertalicio Merdín. Poca simpatía tuvo desde antes y menos para luego, por el personaje o personajote que ahí salía, y que al automóvil ni llegó ni montó ni con la máquina enseguida se desapareció hacia otritos negociaderos, que bien los tenía de importaciones sin impuestos. Porque Joaquim Coluna se le encimó bonitamente, el guardián adivinó armas sin ver ninguna, las narices en un intercambio de soplidos microbianos, el runruno ensalivado del compadre y los carrillos rosadescos de don Bertalicio Merdín desparramados en una masa blanquecina y fofienta, con manchas nítidamente rojas y temblores de babas cagonas.

Entonces sintió como una noyera; un asco especial y militante le vino que el cigarro perdió sabor y el conjunto de fumadas se adensó como arena sucia.

“Macho escaso el señorón Bertalicio, gargantea a lo bravucón delante de ninguén, pura boca como cantor de lotería, y en las jodidas parece gallina dormida. Y este Coluna con ganitas de que lo respeten, a él y a la gente que lo acompaña en sus vueltas.”

¿Qué podía hacer, cuál era en el caso su obligación obligada? Miró hacia el posible origen de los vientos y los aguaceros, se desprendió del resto encendido del tabaco, lanzándolo al polvo de la calle roída por la sombra, más lejos que la influencia de los letreros luminosos lo arrojó, para que

se deshiciera en las pavesas incontroladas que le daban principio y final.

—Buenas noches, siga pasando béin.

Fue saludado nuevamente, reiteración superficial o abismal de lo cosmopolita en tales pueblos rivamentinos.

No contestó de voz, pero sí movió un ademán combinado con un gesto inasible, neutral, de esos que están en el límite de la adhesión o del rechazo de muchos asuntos penosos de tolerar y “a mis años malvividos, pior, figuresé usté”, y luego, al minuto, se dedicó al tal Bertalicio Merdín, paralítico y multicolor bajo el letrero parpadeante de la Radio Verdad de Rivamento.

Y le ejecutó una guardia hasta que el hombre rosado respiró en lo normal, ofreció ayuda o atenciones, lo acomodó en el automóvil de industrias extranjeras del otro lado fronteril en los metales fríos, salvando su actuación y los viejos pesos (ahora mágicamente flamantes por dudosa y decretada refloración) del sueldo de guardián, que para talísimas consecuencias allí estaba. Con dos dedos en la frente y el brazo quebrado o angulado, dio saludo muy correcto al huylene emudecido, que envolviéndose en el ruidoso carro defensor ya se iba, se escabullía, se escurría, se rajaba.

El guardián era discreto por natural aprendizaje, e ignorante de su latente o cambiante rol en nuestro viviente inventario, aguardó a que las audiciones siguientes deleznablezaran olores feos y sustancias pútridas, para así pues y ya lo creo plantear un equilibrado aumento de salario que fue sin sorpresa alguna concedido.

#### 54. (Pistola y caca)

SALIENDO ANDABA FULANAMENTE el mengano Bertalicio, las mejillitas rosáceas y violáceas, la boca todavía embadada de su palabrerío radial. Coluna, Joaquim Coluna lo topó y quedaron, quién los viera, pestaña contra pestaña.

—Decime, don Merdín de merdiña, porque mierda muy poquita sos vos, de mosquito, chupás dinero gringo, sangre de mi gente y perdés tu caquita podrida, decime que nunca más vas a decir lo que estás ladrando por tu audición, con mis compadres reventados no se juega a juego ninguno, quedate sabiendo esto.

Le conectó la pistolita corta con el ombligo, adentrándosela, lo escupió tres veces, cuatro veces el rostro todo, saliva por sangre, el fulano Bertalicio, de tan aflojado estaba como duro. El que hacía de guardián miraba hacia las raíces inquietas del viento.

—Y al don Tarruti le decía lo mismo, si es que lo ves a tu rival babafría, que ustedes dos apuntan pal mismo lado, y le decís hoy mismo, en estos minutos mismos. A él no le hablo ni sílaba porque ando ocupado, y porque él está pra la joda de quéin escuche, porque es por la libre, menos porquería su-cienta que vos, él paga por blablar sus audiciones, ¿quéin paga la tuya? Los gringos, ¿eh? Cagate tranquilo que ya te largo. . .

Miró para el guardián, el arma ya entre la ropa, calentándose.

—Buenas noches, siga pasando béin.

#### 55. (Juntarse todos)

COLUNA SABIA QUE el apretón sería cada vez peor, mayores espirales sangrientas eran planificadas, ante ellos se utilizaban expresiones tenebrosas, agrietadas mordeduras de estragos y exterminaciones, había pues que armar un entierro grande, con gente de todos lados, ya el cuerpo de cada muerto tenía consentimiento legal para estarse en su casa, devolución demorada por autopsias diversionistas, borradoras de balazos, sí, ya se estaban con sus familias y amistades de lloro corrido y lamento inexpresable.

Había mucho personal demandándose y preguntando y cuestionando por qué. ¿Quién mide el cuánto de lo poco de un hombre, de un compadre manchado por el veraz papel, tocado por la cal, quemado por solidaria herramienta, salpicado de virutas olorosas?.

Se juntó con los principales, Coluna, miedo picoteándolos, desplazándose entre ellos, temores naturales de coágulos oscurecidos, justamente por eso se largaron a su esfuerzo, visitaron los velorios vigilados, hablaron con toda gente de trabajado existir, fructuosa disposición fueron hallando, el ambiente era un vértigo de actividades exaltadas, menos solos que anteriormente ahora estaban.

—Quéin no está furioso y dolido anda sufrido y caliente,

mañana mismo hacemos el enterramiento, es plazo largo y preciso que da la muerte y que rige en lo judicial ya preparado, las leyes son de ellos y estamos por ahora así, los curas van a ir, según me informaron, parece que un cura por cada compadre muertecito. No habrá misa, pero tendremos campanas. Y eso suena béin.

Y terminó agregando, sonrisa formalizó al decir:

—De cada chanco, un pelo. De cada rana, un salto. Y una plumita por pájaro, sisí.

“Y una escama por pescado.”

Pensó ese final, pero no dijo. Cerquita lo sentía a Josefo Amargo, con su charco aún espeso alrededor. ¿No sería instancia exacta de pasarle un trapo, de secárselo?, suponemos que así de tal modo puso su pensar sobre lo ya pensado.

Un mensaje recibió, como escrito en tinta ardiente, de apoyo, sostén y ayuda, confirmaba sus cogitaciones, lo que tanto llevaba adivinado y lo que tanto erró y se entreveró, deseo le abundó de estar con la Severina Junco, ese año especial y retorcido, ese denso desagüe de tiempos acumulados (qué año jodidazo y malo y distinto) había dado con ella (ella, que correcta sin duda haría sus industrias por la capital).

—Y la encontré nomás, iy en qué buraco!

Eso pensaba, viviéndose. Salió del galpón donde funcionaba ahora el velatorio abundante de los compadres, cuantísima pulsación para el cuádruple estrago, vio que se arrimaban gentes sorprendidas, personal que nunca había estado con ellos, los activos y los masacrados, los infatigables movedizos de nombres retenidos:

“Cuánto era cada uno, ¿cuánto?”.

Vio que venía hasta algún doctor, y de a pie, respetando, sin carro de ostentaciones, “¿Cuánto era Mondiola?”, y alguien de alto poder comercial, tienda considerable en las calles centrales, “¿Cuánto era Abreusiño?”, y quienes tenían sido representantes de otras creencias y movimentaciones partidarias, y funcionarios de casas de prestar dinero muy caro y recibirlo muy barato, “¿Cuánto era Moro?”, y los que enseñaban letras y números en escuelas y colegios, y vio que se le ponían en la proximidad del respeto también, “¿Cuánto era Torelli?”, y a él saludaban, le presentaban mano con dedos en lo íntegro y durable, primeramente a él,

Coluna, saludaban, pésame y más comprimida respetuosidad, como si fuera el padre de todos los cuatro muertitos, hermano más bien él era.

“¿Por qué ella no está aquí?”, pensaba y saludaba, hacía caminar el nombre de Severina Junco por los labios casi quietos, agradecía, reconocía y daba agradecimiento, los principales se adecuaban al acompañamiento, y pensaba que tan mal no se habían removido esos cuantos tiempos de estimar con almanaque y años.

“Aquí no se viene solamente por la sangre. . . aquí no se viene sólo por el compromiso de sufrir con otros, con nosotros. . .”

Las madeiras lustradas de ir encima se atornillaron con las de cada costado. Abrió los ojos hasta el límite de la luz entremezclada del galpón insondable, apretó las pupilas contra las caras cerradas, una a una, de ellos.

“Qué poquito los vi, les hablé, los repensé últimamente, qué poquito mate y cigarro y asado nos cruzamos, buenos principales podrían haber sido. . . Tenemos que renovar la dirigencia. . .”

Un nudo en la memoria para el nombre torturado de cada uno: Toco Mondiola, Abreusiño, Miltiño Moro, João Torelli.

“Qué dirán pues de . . .”

## 56. (Y hubo campanas)

—ES ASI PUES hermanos míos en nuestro Señor el Cristo Salvador, que nos debemos también a estos desgraciados hombres populares, criaturas de Dios como cualquierón de todos en las poblaciones cuyo gobierno espiritual está en nuestras humildes manos responsables y a la sombra y amparo de la divina Cruz. . .

—Pero. . . hermano, ellos, los supliciados, no son de la Fe en el Señor, no aceptan viáticos ni otros sacramentos, no comulgan con nuestros seguidores, dicen que somos la adormidera de estos pueblos, que limpiamos y liberamos el alma de los ricos en tierras y edificios y haciendas, que toleramos el sudor de muchos para que sea el vino de nuestra mesa. . .

—Es verdad, oh hermanos míos, con dureza se pronuncian y hasta el punto de no transitar delante del templo, salvo cruzando la calle o en surcada diagonal a través de la plaza,

siempre los vimos en tal práctica o criterio, los compadres han nacido de esa manera, de ese yeito, diría yo, y que el Señor y la Señora Virgen transijan con mi manquedad de temperamento. . .

—No tanto ni tan poco, hermanito, una olvidada parábola nos ilustra que si dos ciegos chocan o se embisten, puede nacer la luz. . .

—¿Dónde has leído tan generosa alegoría? En verdad, no accedo a ella por más que ahora acuda a los santos todos reunidos y esforzándose. . .

—Acéptala como es y yo la dije. ¿O sugieres que mi boca jetona juega con la profanación de lo escrito, con la disminución de lo vivido en el Verbo divino?

—Hermanos, hermanos, no es cuestión de entrar en discusiones desas agora, los pobrecitos coitados cuatro ya gozan de Dios, por más compadres de partido que hayan sido, al fin de las cuentas, también querían dar iluminación a sus gentes y a más gente entodavía que era de la de ellos. . .

—Eres un eterno servidor directo del Señor, pero no te hartas de ser un hermano fronterizo, ¿cuál es tu verdadero rebaño?

—¡Al hermano se le montaron los catecismos y las confesiones en la mollera tupida! ¿Por qué agorita mesmo se sale con tales instigaciones? ¿De cuánto tiempo de antes las venía cocinando? ¡Rico momento para aliviarse, que alguien lo perdone, yo mesmo le dedicaré alguna jaculatoria. . .!

—¡Hermanos, hermanitos, en nada beneficiamos la situación con posturas agudizadas! Si de esto hemos platicado en innumerables ocasiones, aunque no bajo tan cruentísimas maldades. . .

—Está béin, mais es agora que la cosa debe quedar resuelta, la sangre de cuatro hombres, de cuatro compadres, ¿no vale por la sangre del Cordero? La sangre es una sola y camina y se escapa y seguirá corriendo tal vez, o béin seguro, ¿y nosotros, qué? ¿mirándola pasar?

—Eso es bien verdad, que nadie de nosotros resulte encrestado por nuestro credo sino humillado por el sufrimiento de esos demás, que hermanos son aunque compadres sean. Y por el dolor de familias, de hijitos, de madres, de amigos. ¿O es que de tales profesiones de martirio nada aprendimos en siglos hasta ahora? ¿Es que la angustia cambia, no siente

la carne afligida igual tormento en la espina, el clavo, la lanza, el fuego, la golphiza, la asfixia, el puñal?

—Hermano, ¡tú sí comprendes que la sangre es una sola, tan última su gota como la primera, tan uno su agitado rebaño como juntos los dedos transidos y laboriosos de Abel y de Adán. . .!

—¿Qué hacemos pues, cuál es la irrupción concreta del espíritu en Cristo y aquí, espíritu comunicado y configurado en nosotros, servidores del templo, activadores de la Fe, militantes de global fraternidad en estas naciones de lastimadas fronteras?

—Debemos ir al enterramiento de los coitados cuatro, muchos seguidores de nuestro templo allí estarán. . . familia, amigos, conocidos. . .

—¡Es nuestro sitio, el pueblo es el templo. . .!

—¡Voces del pueblo, grito de Dios. . .!

—Decidido está, uno de nosotros irá, uno por cada suplido, carne que se va, alma que se queda y permanece.

—En la calle será nuestra ceremonia, la misa entre los que vayan, el pan y el vino ya ofrendados.

—Ayudaremos a levantar las cajas con su muerte, daremos consuelo a las viudas y a las abandonadas también, abrazaremos a los compadres, levantaremos la cruz y la espada. . .

—¡Indestructible nuestra piedad, inamovible en estas épocas de durísima redención!

—¡Que vuelen pues todas las campanas, que grite la Sonora, que afluente sus metales la Niña, que crujan los badajos ancianos de la Rosario, que timbre resonante la Salvadora, que repique su ronquido la Santa María, que imponga sus medios cantares la Santana. . .!

—¡A la calle, nuestro templo nos sigue, somos de bronce, de madera y de carne, a la calle, la luz está con nosotros, hermanos!

#### 57. (“¿Qué dirán pues del Toco Mondiola?”)

“EL QUE SUSCRIBE, formando parte de la integración de los que actuaron en los procesos de pública y notoria audiencia, relacionados con el fallecimiento in situ del ciudadano Liberato Mondiola, conocido por Toco o El Toco, soltero legalmente, de movibles domicilios, hijos de su paternidad

ninguno, con oficios o costumbres de albañil, nacido en la novena repartición o distrito de esta provincia de Rivamento, por efectos de su madre, Leonoltina Riverón o Riberão, original de Cuitambaé, y de su padre, el finado Maneco Montiola o Mondiola, que principió a vivir en Corral de Oro, ante los altos delegados de la autoridad superior se presenta, expone y manifiesta bajo calidad de juramentado soldadesco:

“QUE en la madrugada de mediados del mes en la fecha citado le ofrecieron lugar de cuidados y vigilancias en la esquina interceptora de las rúas o calles Mandubí con Tierra de Gracia, siendo la hora dos y tantos, con gallos silenciosos por los muchos fríos,

“QUE se le dijo de ir portando determinados avíos de pelea, por las dudas nomás, en razones de que se podían venir ~~jodidos~~ complicados procedimientos, despioles y escullambasones grandes por feazos sucesos de los compadres y tal vez de otras gentuzas antipátridas y alborotadas de aquí,

“QUE de ese yeito o recurso fue en procedencia y personalmente, animado por lo que podía pasar, porque gente uniformada de quieta no queda tranquila y se pone en inquietísimas posiciones, experiencias ya hay y no pocas, digo yo que el caballo en el campo pide rienda larga,

“QUE vio cómo un grupo de quince o doce empezaron a darle tales tamaños golpes a la puerta del local central de los compadres del partido, y gritos también, y de pronto se entraron, un jefón pertrechado me llamó y me dio indicaciones duras, de apretarme un algo, de quedarme en la puerta, media estragada como la habían dejado, así hice lo dicho, y esperé unos minutos, calculo que casi unos diez, es bravo calcular así, y la gritaría dale que te dale, unos protestaban no y no, que nada de entregarse a nadie, que estaban de ley y de justicia, y otros aseguraban lo distinto, que sí y sí, que allí mismo, y entonces fue la reventación de tiros y balas chifladoras, el mismito jefón se apareció con la cara tupidaza de sangre nuevita, y uno de atrás presentando disculpas, pues que ciertas órdenes para aparentar provocaciones, y ya con palideces y miedo de encierro próximo futuro, el pistolón en la mano colgada del brazo, y el que mandaba todavía me gritó que fuera para adentro del local, que sí, que aquello tenía que terminar bien enseñada,

“QUE entré inmediáticamente, dispuesto a lo que se precisara, pero me chocaron los que disparaban corriendo o saltando por encima del charquerío desparramado, porque los habían hecho charque, convertido en tasajo, y aquello daba repulsiva, estaba empapado que daba asco, sí, asquerosidad completa, y me gritaron de nuevo que ayudara, si todo estaba liquidado, ni sé ni supe bien por qué, y fue ahí que apunté para arriba y le mandé dos buracones al techo, y cuando miré para abajo otra vez me topé con la cara del susodicho Mondiola, conocido por Toco Mondiola, etc., medio apetisado, chaparrito un poco él, sí, quien una vuelta me cumplió un servicio muy cierto y sin abuso de jornales obreros, en las dos habitaciones de mi vivienda o moradía, Mondiola pues sí, con los dedos separados y nada de escuadra, nivel ni cuchara en ellos, y con los ojos como el dos de oro de la baraja, pero sin brillo ni nada, con un apagamiento, con una oscuridad, mejor expresadamente, que por entre los pelos de las pestañas le corría,

“QUE luego nomás que pude me salí del local de las referencias antes descritas, y en la esquina me ubiqué para las vigilancias ordenadas, ni cigarro conseguí acomodar en tabacos y papeles de hojilla de fumar, estuve allí de parado hasta la mañana en su mitad superior, me señalaron que ya tenía que volver a mis asentamientos del cuartel y me regresé, declaro que con feos temblores no sentidos por mí nunca en barriga y piernas, porque yo sabía que algo iba a pasar, tal como anda todito ahora, pero en los jamases me dio en soñar que fuera así, y tanto,

“QUE el suscrito, por motivos ya bien dichos y manifestados, solicita dejar su ubicación de ciudadano con promesa de milicias y servicios (que en hoja aparte son detallados) porque además ya está en edad de hacerlo y pasar a buen retiro, y que esta cuestión nada quiere decir una opinión sobre lo declarado con juramento real, más arriba de la presente constancia, para lo cual se pone a suscribir de su puño y letra propios sus nombres acostumbrados.

Jodidos, tachado, NO VALE.”

(firma ilegible)

continúa en infolio que sigue.



## 58. (“¿Qué no dirán...)

COLUNA entre el murmullo enastado y dolorido:  
 ...de Abreusiño?”

“QUIEN suscribe la presente información declarativa, impulsado por la necesidad del beneficio que en estas horas torturantes, turbias y difíciles tiene que venir para nosotros y así comprobar nuestra fuerza, y habiendo tenido su participación indirecta en las diligencias que fueron a parar el trágico fallecimiento de Regusindo Abreusiño, dicen que casado con libreta y documento por lo que impone la Ley y sin parroquia, con un huérfano hijo suyo, con nacimiento en el primer distrito de la segunda compartimentación de Rivamento, con padre y madre de nombres en averiguación, la mujer viuda por lo que antecede, vecinado en el barrio Talleres, ante esta prestigiosa delegación de superior dignidad, se presenta, expone y manifiesta bajo condición de juramentado oficialesco:

“QUE por los días quince, dos más o uno menos, de las fechas usupra mencionadas, concurrió con catorce personas de su segura estratégica confianza al local principal de los compadres, en horas de madrugada o noche terminando, para estudiar ciertos ruidos abarullados de sospecha y escondedero de alguna siniestra cosa, armas, bombas, basucas, barricas de pólvora, etc., según denunciamentos de una semana atrás planteados por ciudadanos patriotísticos respetables de estos pueblos, gente bien y acomodada de confort, por decirlo en una palabra o cinco más,

“QUE se esperó un rato de prudencia y buen consejo, con nuevos llamados y pedidos de fina expresión, hasta que de algún lado nos metieron un tiro, y más también, que fue a pegarme en el pleno rostro derecho de la cara, con extravío considerable de sangre y debilidad en el cuerpo, pero igual mantuve las suelas pegadas al piso de la vereda, y pedí a los catorce que abrieran la puerta, con bastante tranca puesta estaba, cosa que se realizó con arranque de corajosas furias muy justificadas,

“QUE al entrar mis valerosos seguidores, a balas mayores fue el asunto aquel, y luego de dar tres advertencias postreras, según las formas normativas que acatamos, no hubo más

remedio ni más vuelta que prenderles cartucho a los desafortados,

“QUE disolvido el humo y los primeros jedores y gritos, se efectuó un detencioso examen de los concebidos cuerpos de los cadáveres de los compadres del partido antipátrida, de esos mal paridos y peor vivientes, que eran todos de esa marca y color, dándose por confirmadas las fieles sospechas transmitidas en la oportunidad ya dicha, y comprobándose que eran llevadores de un armerío grandonazo, cuyo detalle en curso de redacción pasaremos oportunamente en infolio separado,

“QUE el nombrado Abreusiño, reconocible por mí nada más que por haber tenido contratados con él y con otros sus colegas, arreglos diversos en ventanas y portones de mi asentamiento de la caballería del cuartel, llevaba el pelo tapado de virutas de tablas como pendejos de madera y polvo de árbol, seguramente andaría fabricando algún aparato o escondite de mulita o armadillo peludo para ir misturando sus elementos y máquinas subversivas, que para eso sí saben darle a los oficios aprendidos,

“QUE los restantes fallecidos recibieron, igualito que él los balazos justos que tuvieron que hacerles, y que ningún mal pensado y vigarista de las creencias públicas, que ningún bandido ideologista ande salpicando chismes por ahí que nosotros abusamos de los sacrosantos fueros y emblemas que Rivamento nos hizo ganar con patriotístico esfuerzo y voluntad total de terminar con estos bagazos jodedores (que así conste) y desordenados, y en testimonio de lo supradicho, el suscrito coloca aquí sus nombres cotidianos, de mano y letra propios.

La ejecución, tuvimos, tachados, NO VALE.”

(firma ilegible por dificultades en la vista)

continúa en infolio que se halla en preparación.

## 59. (Miltiño Moro)

COLUNA entre susurros y deslizamientos dolorosos:

“¿Qué mentirán de Miltiño Moro, y de la Alberta, de ella ya nadie se recuerda, sólo yo y no siempre?”

“LOS QUE SUSCRIBEN, pensando en la pública utilidad y felicidad de una oportuna deposición en estos dramáticos momentos que sufren Rivamento y sus conmocionados alrededores, se presentan espontáneamente ante la Superioridad de los dignos delegados escuchantes, y con la mano agitada y pétrea en el preocupado corazón y en el inmaculado libro de los textos patriotísticos, se presentan, exponen, manifiestan y afirman,

“QUE los denunciamentos realizados por ellos (nosotros) y que ya flamean en los rumores esquineros y de calles dudosas, son la fruta de filosofada meditación, planteados sin alevosía, para mal de ninguno y jodienda de unos pocos descontrolados compadres, que nunca suelen faltar,

“QUE estas aclaraciones no son de precisa información, pero ellos (nosotros) desean limpiar de toda alta mentalidad cualquier pedacito de una fracción de una minúscula y microscópica sospechación no bien intencionada de su (nuestra) parte, ya que el generoso y desinteresado quehacer suyo (nuestro) guarda como motivo supremo la edificación de la sociedad patriotística futura y sus corporativos organismos, que modelos cercanos a Dios gracias y agradecidos (obligados) no los tienen (tenemos) en carencia,

“QUE si entre las víctimas infortunadas que aparecieron tiradas en los suelos mugrosos del local central de foráneos compadrazgos derrotados, figura un tal Milton Moro, que ellos (nosotros) conocen por Miltiño o Miltiño Moro, vinculación alguna con él tienen, y si lo conocen o trataron es porque en esta frontera existen confusiones democratizadas, porque él no dispone de salarios seguros, ¿en qué trabaja?, porque es soltero y una hermana le sobra o le sobra por la capital, porque un tiempo vendía diarios y periódicos por esta ciudad de Rivamento y que las veces ellos (nosotros) le compraban curiosamente sin compromisos de contenido, y que familia otra no saben (sabemos) si tiene o mantiene o es poseedor,

“QUE la antedicha clarificación se debe a la insistencia pesada de los relacionados rumores, según los cuales el susodicho Moro, anduvo de intercambio amoroso con una sirvienta doméstica de ellos (nosotros) y la puso bien preñada y

de abortar, cosa que no es verdad alguna, cuando la visitaba a la pasada de su reparto de diarios y revistas, en los zaguanes apagados de la residencia de ellos (nosotros), por eso por ahí se chismorrea y difama que hubo penetración de las ideas de los compadres en la reverenciable casa imputada,

“QUE a los ya relatados cuenteríos de la imaginación populesca y ordinaria, tiene que soldarse por agregación que corresponde, la suciera de comentarios a propósito de una probable tendencia de afecto y eroticidades de uno de los suscritos (no todos) dirigida a la hermana del fallecido Moro, llamada Alberta y apellidado por lo mismo, que resultante de amistades con la operaria doméstica de su (nuestra) mansión de moradía, pudo dar sitio a ciertos disloques de lengua, y que para evitar más tropelías y bajezas orales, la antes mentada sirvienta fue invitada a renunciar a su conchabo o contrato laborable con ellos (nosotros), lo que hizo con descocada alegría, y por ahí dicen, seguro que con verdad, que se largó al putario prostiucional, porque después más no la vieron (vimos) y menos todavía a la apenas vista hermana del fenecido Moro, aunque se clarifica que los sucesos rumoreados pasaron hace ya un gordo tiempito y que es método de las justicias rivamentinas ponerle agua a las brasas extintas, y para finalizar sus (nuestras) confirmaciones morales, los que suscriben dicen:

“QUE es de conveniencia volver a afirmar que es todo lo que se han enterado del obituado Moro, quien si murió en las desdichadas situaciones ejemplarizantes que esa Superior delegación ha percibido, se debe a sus extrañas y perversas actividades en el local de los compadres antipátridas, donde dicen que además moraba él, Moro, y que ellos (nosotros) andamos todavía en aceptable disposición para arrimar otros denunciamentos que tenemos (tienen) medio preparados y montados, pero tal menester no es para declararlo aquí, por lo que extienden su firmatura en letra apropiada y brazo firmísimo, convencidos más que jamás de su patriotística acción.”

(dos cruces desaparejas, huella dudosa dígito pulgar derecho, dos firmas ilegibles completamente)

continúa en folio después.

## 60. (João Torelli)

COLUNA entre un zumbado rumor de crecidos sufrimientos:

“...éy qué dirá alguno de nosotros, de los nuestros, en memorias que vendrán, de João Torelli?”

“Miremé béin a párpado levantado, a ojo ancho, no ponga pra nada mi nombración en sus papeles que el señor veo que escribe, yo le voy a contar la jodida muertaza de mi amigo, João el Solito, que de esos yeitos modosos le decían al coitado, no por solo ni por abandonado, sí por pensador y murmuloso, mate amargo el día completo, convidando y sonriendo, con sus metales de plomero yendo por cuanta casa era llamado, buscando los precios béin justos y los costos béin bajos, serviciando de gratis pra sus compadres y amigos, él estando las noches pasadas, anteriores, ¿cuántas ya fueron?, en el local de la rúa Tierra de Gracia, ahí le sucedió el hecho de que lo mataran, iso que el señor quiere apuntar con su lápise, si pra iso hizo el viajecito hasta Rivamento, en estas épocas tan entreveradas, ¿o no?, gué, le vo a decir lo que en deverdá pasó, nadita importa si yo vi o no vi, pero isto que le digo al señor escritor es lo único cierto, porque yo andaba de acompañar al Solito y a dos mujercitas que teníamos de namoro, sí, así como me mira y a él se lo imagina asegún como lo conoció por las fotografías de los diarios y propagandas varias que se menearon tan béin esa oportunidad, y sí que yo y las muchachas que traíamos lo pusimos en la puerta del local, y él nos dijo “en béin poco ustedes vendrán pur esta casa, y luego cuesta pra irse, uno se prende a las raíces de la revolución”, y nos reímos con risadas buenas, porque siempre las dos parejitas salíamos juntas, no me vaya a querer averiguar quién eran y son ellas, una y mi mujer ya comadre, y la otra que la vemos a veces ainda, y ella sin parar con la tristeza, ¿qué le decía?, ah, que también no le viá decir los nombres, nombre no es historia si anda solo por alientos y escrituras, y le dimos saludo al Solito, yo y mi asunto amoroso, saludo de mano, y la novia de él de beso en cachete y en labio, cariñosa era con el Solito, yo hallo que estaba muy metida, y metido no vo a andar yo en su metedura con él, y el compadre marchó pra dentro del local, me tenía comentado que andaban por hacer unas pinturas pra carteles prolijos y hojas grandotas de poner en las paredes y colgar al través de las

calles, o más béin por cuidar nomás lo que allí tenían, ya ni sé por qué oficios y causas, vimos que había tres más del partido suyo, le daban saludos y preguntaban por el mate con la yerba y que el agua calientita ya preparaban, y nos fuimos, la moza nerviosiendo con ganas de quedarse allí con él, claro que no podía, y usté sabe, pero no lo escriba en los papeles del bloque, que se le dio por largar el trapo, llantito, hipo y moco discreto, le arrimamos unas calmaciones de palabra, la coitada iba a llorar y quejarse y lamentonearse bastante más al otro día... Bueno, el señor dirá que aquí no pasa nada, pero esa noche y más allá de la noche, como yo moraba cerca, sí, vivo cerquita del local, sentí una chorrera de zapatazos por la calle misma de Tierra de Gracia, y unas voces de grito y ordenaciones de mando a lo bruto, como buey loco en un jardín aquello parecía, por los golpetazos en las puertas y ventanas, y mandaban derrumbar los vidrios, y que los hombres se entraran a la casa de los compadres, y yo me sumí en las calzas, sí... digo los pantalones, y a chancleta arrimé patas y esqueleto, sin mostrarme, de atrasito de un árbol de paraíso pude vichar la patota, la turma de enloquecidos juramentados del cuartel, ya tenían casi hecho el desaforo pra principiar loguiño, sí... lueguito, ¿me entiende?, vino el ruidón estallante de los tiroteos, y uno de los invasores salió agarrándose la cara pintarrajeada de buraco probable, agujero de pistola, y otro que cuidaba entró casi insignuida, y el que le dio bala al herido pedía disculpas y gimoteaba perdones, que había apuntado remal, suerte no acredito que haya tenido, y más tiritos se oyeron, y el lote de los que atacaron se empezó a volver como disolvido, a las corridas huyeron, escaparon, el miedo parecía de ellos, rompieron de todo, retratos, mesas, sillitas, artefatos del cuarto de baño, grifos faltaron en el recuento de después, ensucieron y orinaron tantas cositas, libros y hasta una guitarra quebraron, ¿pra qué tudo iso? Y el señor pensará que yo me quedé estatuado, durito contra el tronco del paraíso, pues no, al infierno me fui, al localcito entré y ansí pude verlo a mi amigo, otra persona, otra cara, la camisa con derrame de yerba verde clarito y por la cintura y en detrás de la cabeza, entre esas dos orejas estiradas que usó hasta ese minuto, ¿qué habrá oído al final?, ¿qué fue lo que ansí escuchó?, unas inundaciones de sangre que me hicieron pensar si no lo habrían baldeado, golpeado

con aguas mugrientas de balde, y los tres amigos por lo parecido estaban, juntitos en trabajos de silencio. . . allí no andaban pues, los jugos colorados de todos, tirados en el piso, los habían tapado con diarios sucios y cartones, y tierra del fondo del patio les habían echado, un pegote de cáscara empezaba a ser, ya los enterraban sí, los destapé todo lo que pude destapar, y la sangre era como interminable, se movía buscando respirar. . . A las apuradas, de apurete me rajé del tal desastre, acalambrado y con las manos cuajadas de tierras negras, gotas lentas, oscuras, y no me vio el cuidador de la esquina que vigilaba movedizamente, él también, pra cuanto rincón de la noche, como nervioso sí, y cuando me fui con las dos mujeres lloraderas al entierro grande, pensé una cosa, una resolución, y después que el asunto estuvo medio tranquilo, decidí juntarme pra el resto de esta existencia con los compadres, tal vez pra que mi amigo João Torelli no dejara memoria de haber quedado por mais nunca solito. . .

“Ya el señor, usté, juntó toda su escribidera, que ni sé béin cómo le hace, que aproveche a muchos y a lo nuestro, escriba justito que la cosa sigue bravaza entuavía, pero más mejor que lo que le dije, mire si está costando tanto y cuanto todo esto, y si me precisan, gué, yo estoy de nuevo contándole todo lo que fue y, un capaz, como la negra dotora Verticalia, le contaré lo que pasará, pero luego que pase, pues yo también respiro y sigo siendo pur aquí, con mi propia palabra.”

#### 61. (Somos muchos)

COLUNA ENTRE el acuerdo de asonancias, consonancias, resonancias de espumas febricantes fermentando:

“¿Somos más o quedamos menos?”

Para sus palabras hablaba, los curas del templo rezaban con vocerío de terrenales alturas por el corazón de la avenida, ojos apavorados miraban desde escondidas ventanas, ventanucos, mirillas, grotescos ajimeces, directos balcones, troneras de cuartel, si hasta un marica ensimismado por hormonal hechizo atravesó por ellos, la mujer de alguno se le abrazaba a él, a Coluna, y él la dejaba sollozar, desaguarse, él en ella se sustentaba sin ocultaciones, ¿o la madre de quién le sumía la frente contra el pecho, buscándole la vida?, al gurí de uno de

los compadres se metió en los brazos altos, flaca bandera que se aprovechó para mirar a los que ahora, incontables, quedaban por lo lejos y lo cerca de más abajo. . .

—Muitos, muchitos son, un lote grandísimo, que no parece terminar.

#### 62. (La bandera)

“Y ENTONCES EL, don Coluna, me alevantó en los brazos estirados, bué, en un espichamiento, cuando por la subida íbamos. No me preguntó pero yo le dije que eran muchos toda aquella gente, un lote tan de grande, de no terminar. El quiso saber por dónde empezaba la montonera larga, con pocas voces parecía hablar. ¿Cómo podía tomar cuenta yo, cuál es la punta primera de un hilo cortado o en el momento de atarlo? El montón de personas estaba empezando donde uno solo había, así entendí pra mí, pero le pude contestar:

—“Pur aquí está cumenzando, o pur un sitio que no se ve, hasta el sanatorio de pobres y ainda mais pur atrás de las líneas de fierro del tren que ahora no pasa. . . y que los deja pasar. . .

“Yo estaba removiéndome, a los saltitos cortos entre los huesos musculosos, como si temblaran, y claro, siendo yo un gurí de edá regular, tenía mi cierto peso de quilos pronunciado. Me removía, béin nervioso, nervios erizados, nunca tenía visto un lote de personas de humanidá tan de junto y apretado y largo, asombrado me experimentaba por mi adentro. Más por allá delante, vi bien clarito los cuatro cajones negros, banderitas, emblemas y cartelones con blanco, azul y colorado, el pabellón de rayas blancas también y celestes con un sol de amarillo crema derretida como si estuviera clavado en el patio de la escuela, unos curitas de la iglesia ayudaban a llevar la ropa de madera de los muertos, uno acredito que estaba de lloro, aunque como hombre nuestro lloraba el pollerudo, mostrando pra todos los que le salía tan limpito de los ojos. Otra gente vi, mismo al que de viejo conocí por el maricón de Branquiño, pasó por todos nosotros como no viendo nada. . .”

## 63. (Branquiño)

NO FUE PERRO tan cascoteado, no se piense eso de esta marica perdidosa siempre en sus pasiones, giraba y tropezaba entre sus íntimas leyes, florecía y sucumbía entre tensos reglamentos: peores los hubo y los hay, derritiéndose en brazos especiales gestionados a mero dinero y a descalificadas sugerencias. Cachorra querida fue resultando en sus edades jóvenes, accesible al sediento, al desprejuiciado, al de simple carne enferma, al aprovechado, al potente sin destino. De pocos maridos de formalidad anduvo, por aquí en las fronteras ciertos fundamentos de vida son como gota de polvo entre el viento, él tenía anhelos de quietas seguridades en un par de habitaciones adornadas a malvón y a celda aérea de bichitos cantores, unos contados y bien elegidos discos de Francisco Alves y Carliños Gardel, y una cama de fuertes amplitudes y enseres con métodos de impoluto tratamiento y ubicación funcionalísima y precisa.

No tan maltrecho en cuanto perrito de miseria material profunda, lástima que era de amistades imposibles, porque él sólo daba crédito a un mundillo de dos solos entre la totalidad de las cosas, los demás eran sombras nada más entre su vida y mi vida, hasta que una le brotaba en mayor y culminante carnalidad.

—Vos sos tu enemigo direto, Branquiño, ya no sos mais un gurí gordito ni mozo de fresca edá. Vos querés siempre de a uno a tus hombres, pero los querés en cantidá, ansí no, nao da iso, nao da mesmo, no. Tal es lo que dicen las siete espadas de mi baraja, ansí es el dolor que jodifica en el corazón.

La doctora Bemvinda Verticalia había asentado su veredicto, él no podía vencer ese totalismo de ternurísimas ternezas dislocadas, y aún más se abusó de su propio abierto entregamiento, y más aún abusaron de sus afanes de toparse con “el amor definitivo y mío”, que en lengua vulgar y malvada-hablante consistía en un infatigable metro noventa, tremadura de bíceps, muslos y tríceps, cabellos de alta claridad y pestañas acortinando un fuego aceitunado.

—Tal modelo no está ni en las revistas a cuadriños, esas novelas con fotos que te engañan, es sólo figura de invención tuya, y cuanti más entre estos bagazos mal comidos,

mugrientones y de dientes pra fuera. Mientras gozan un poco contigo, vos soñás, y luego, ¿eh?

Doña Verticalia hasta le razonaba con los ásperos naipes de la realidad muy concreta, pero Branquiño sostenía un determinado tope de conciencia que, para ahincar su infelicidad, le iluminaba oscuramente la dolorida pasión hasta idealizársela (ratificación de inteligencias de la doctora mágica) como una compleja gasa que era útil en multiplicada diligencia de máscara, escudo y consuelo.

Pero cada instante iba siendo más breve, y más brutal la fugacidad incesante de tales amores regados en esquinas de humillación, en asientos ventilados de la plaza Nacional, en clausurados cuartos de hombres solitarios, en la celda colectiva adonde una vez lo enviaron por “ofensa a la fuerza moral de la moralidad ciudadana”.

Y fue de allí mismo, de aquel encerramiento corto y de humectantes y babientas promiscuidades y sometimientos, que salió justo para entrever el paso subidor de las gentes en el entierro desproporcionado, descomunal para los pueblos de Rivamento, mas él tenía su propia muerte para sumir en una tierra enrojecida llamada cuerpo y en una vida sufridora denominada lágrima.

Apenas se llevó algunos rostros de todo el deslizado montón de figuras, porque entendía que el trámite ya no daba para más ni para menos, y en su pieza habitacional junto al horno hirviente de la fábrica de pan fino donde entregaba esmerado servicio de especiales primores, destapó el cristal del veneno, descubrió el azúcar destructor de hormigas y cucarachas, no tuvo chance de ajustar el tapón del frasco deslizante, y en un pliegue de vísceras vomitantes quedó arrepentido, como quien renuncia a una bandera, desmayándose, desligándose, sudando jugos y materiales de ascosidad, sin despedirse de nadie, sólo recordaba después que quiso ladrar y gemir como una húmeda perra derrotada por el machaje innumerable.

Y la doctora Bemvinda lo atendió, le fue otorgando salvaciones precarias, le efectuó sus químicas ignotas, quitó la helada temblequera, la tremante gelidez, y puso calores olorosos, arrancó los venenos y dio raíces al jazmín, la ruda macho, la carqueja sutil, la yerbabuena; con los cabellos despe-

gados y en caída, cocinó en perejil y en cilantro salvaje el caldo de la ubérrima sustitución, y Branquiño respiró, vio, habló y gimoteó líquidamente por su muerto así revivido. Y adquirió decisión viril de servir hasta el jamás-nunca-siempre a la inmedible negra doctoral y santa.

Por tal suceso fue que pudo recaudar en sus manos nostálgicas de harinas de hombre, la propina exagerada de la señora Angela del Rocío, y de paso establecer algunos de los días que le resultaron concedidos en este inevitable fragmento que narramos.

#### 64. (La bandera)

“...pero mucha persona también estaba en el llanterío, en el lloro ampliado, olvidándose de los pañuelos, y curioso era mirar para los que estaban mateando y chupando y jodiendo en las veredas, serios fueron quedándose, alguno se largó a la calle, más de alguno talvezmente. Muchas caras que aparecían en el desfile, vi yo enrostradas después en los pueblos, y fui refistoleando, cuidando estos años desde esa ocasión hasta ahora, mismamente. Yo, gurí de primer grado repetido de escuela, nomás, por qué recuerdo, ¿por qué sigo con las caras y modales y vestidos de los señores doctores y otros de muy arriba, sorprendidos, que esa vuelta se enredaron con nosotros, con el bagazo popular? Unos se fueron quedando para atrás otros se fueron saliendo, sí, pero estuvieron ese rato con los muertitos, ¿podrán entrar a olvidarse, hasta ahora que la cosa sigue bastante entreverada?, si hubo cantidá, si hubo una pila de quienes no tenían mirado ni siquiera la nariz de los desgraciados, porque los pobres pur acá se parecen, son como iguales entre ellos. Y de ellos, de los que tienen que sudar la diaria en esta frontera, uno era el Abreusiño, que vivía con mi madre antes de yo nacer... mi padre pues, fue él, trabajaba en la madera, del otro lado de la frontera la tenía que traer, por los precios y facilidades del oficio, y con el olor de árbol roto y cortado, hacía en el taller una silla, un banquito de se sentar, una mesa lustrona, un montoncito de viruta que le sobraba a causa de la perfesión. Yo iba al localcito agalponado, al taller de las maderas, cuatro o cinco rapaces siempre con el Abreusiño, él me hacía trepar por la espalda caliente y yo veía un monte de árboles estragados,

desorganizados, desparramados y sin rama ninguna, ni hojas, triste me ponía, y él me llevaba hasta el suelo de aserrín y polvo colorado de aplastamientos, una maderita de forma ocasional me entregaba, y yo me volvía pra casa, olvidando y acordándome de todo... Y sí, don Coluna me abajó de los brazos y los hombros, me pasó pra un señor que junto a nosotros caminaba, le ganó a todo el personal numeroso y los hizo parar medio en seco, dando frenadas y gastando suela y tacos y cueros del puro pie. Les habló y habló, algo dijo de lagrimones y sangres, y las bocas se pusieron a cantar esas letras y versos que ya en la escuela me tenían enseñado, viejas cantaban y hombres crecidos y semejantes barbados y gurises más o como yo, y los muchachos del taller de mi padre supongo que sí, porque estaban mandando brazo con el cajón tapado de banderas entonces mi madre vino y me aseguró con ella, de temblequeos y desesperos el cuerpo, y los pelos por la cara, y uno no puede calcular cómo es que un bichito, una lombriz como era yo, comprenda así, pueda entender sin nada que le digan y espliquen, que su padre era uno de los cuatro que habían encerrado entre las tablas oscuras, y que si tenía encima y alrededor unas banderas, era porque mucho lo querían los compadres, pobres como yo soy ahora todavía, unas pocas reconozco que mejorando en lo difícil. Y me largué de mi madre, de cabeza quietita se quedó esperándome como si fuera una fotografía, y me arrimé béin ligero hasta la caja dura y negra, la bajaron para que yo la abrazara en lo que pudiera estrechar y apretar, pero yo me subí encima de mi padre, atropellando flores, insinias, lindos trapos recortados, lágrimas sueltas y volanderas, y me paré arriba de una bandera colorada, de ella béin que me recuerdo, y le di a cantar lo que todo el mundo venía entonando, como pude, aguantado por mi padre el Abreusiño, apoyado en la madera lisa y lustrosa de mi padre, hasta que me abajaron entre brazos tensados y tembladores, que me abajara sí, porque podía caerme y lastimarme, así dijeron.”

#### 65. (La canción)

LAS OBSERVACIONES del niño ondulaban, desequilibradas de fuerzas entre los aires atomizados de polvo.

—Decime por dónde empieza.

Coluna respondió y preguntó apenas, haciéndose conducir hacia las paredes de extendido blancor que ya podían ser vistas.

—Pur ahí o aquí está empezando, o por una punta que no se ve. Hasta el hospital y más en detrás de las vías de fierro del tren. . .

Coluna continuaba con su estandarte vivo, inquieto, espantado y todavía sin sufrir por el padre que le estaba faltando, excluido de dos velatorios, pero número cierto sí de cifras totales. El ahora se confundía la imagen con la carne nueva, ¿hijo de cuál sería el gurí?

—Hay que saber más cosas, tudo, tudo, tiene que haber más compadres que sepan más cosas, todas, todas, prácticas de cada día, teorías de cada vez, hay que andar siempre más al costado de cada uno de cada compadre. . .

Conversaba para su palabraje de no hablar con ruido.

Otro silencio se desprendía de la gente detenida en las veredas, casi todos en rutinario traje de dormir y ya desenlazándose de sus sillones de descanso o de pereza, sus mesitas para el mate amargo o dulce, y los cartoncitos para hacerle juegos y trampas a la suerte. Coluna los veía como ausencias enfundadas de pronto en ropajes de carne y tela, preguntando o enterándose o ya sabidos de la matanza, del tormentón de balas y las desangradas interminables.

Pasó al gurí para otros brazos, corrió casi entre los muchos que estaban, quebró la lentitud de la ancha subida, mandó que los brazos propios se desdoblaran hasta el final de los dedos fatigados, medio pueblo se detuvo en un gran remolino de susurros, sudores, sustancias, suspensiones y arrastres.

—Compadres de partido, meus amigos, mi gente toda: que nadie se lamente más aquí, que los apartados vengan con nosotros, los que están parados y no caminan, pues que no vinimos a llorisquear, hay que romper las lágrimas, asfixiarlas, matarlas, enterrarlas, unos cuantos somos, los muertos crecen, dan su pan, forman su bandera, se multiplican entre nosotros, nos aumentan, hay que cantar, compadres y amigos, que canten también los que solamente miran, estamos en los comienzos, no hay modo de volver a lo que fuimos, si vamos pra nuestro sitio verdadero, juntamente con todos, ¿quéin podrá con nosotros?, lo que cuesta, béin que vale, éy

quéin dijo o pensó que es ésta la última sangre?

Y el canto comenzó tal vez porque ya estaba, la canción de todos, desapareja en su idioma, enorme en su raigal pasaje por el aire brillante, ronca en su distancia, desafinada en los sacrificios de la sílaba imperfecta, inaudible para los más impulsivos voceros de la música, tímida en los labios tentados por el temor, sorda en sus símbolos ahora sí canjeados por la mera voz, vibrante en la discordancia del fraseo, de las letras y las notas, de la despertada melodía secándose por el desgaste de gargantas naturales y definitivas.

¿“Cómo cantaría esto la Severina Junco? Ella tiene sus cantares, su escondón de sonido. . .”

Coluna se hablaba, un poco solo o algo así, se hablaba cantando. Por verla a ella entre los tantos todos, no tuvo la imagen del hombre que lo cuidó, que hasta comió con él en la pieza del encierro. El hombre, en una esquina, andaba trajeado según los mandatos y el oficio específico de ese día, y en su boca interior se golpeaban los sonidales enlazados que venían de las otras muchas bocas pasando y pasando. A tiro de ojo de Coluna se ubicó después, entre las cruces inclasificables que salían de las hierbas desordenadas, mientras otras muchísimas manos iban asegurando a los cuatro compadres en un solo panteón, en el rincón más fresco de aquellas tierras de agua violenta y de sol total.

## 66. (Transformaciones)

DE AHI EN días posteriores, un cambio desconocido y de desbordante tamaño se daba en los pueblos, barrios, colonias, andurriales. Comentarios y razones de persona a persona, inagotados aún, inextinguibles siempre, razones y potencias de asuntos que ahora mismo (entre estas palabras que adhieren al papel) seguramente ocurren. Cambios también entre los delegados de la milicia juramentada y patriotística que oscuros llegaban de automóvil muy nuevo, vehículos y carros inéditos, flota en tierra flotando en medio de la sangre; cambios entre los muchachos, mozos y hombres recaudados en montón o en pertrechadas pandillas de superficial disciplina y que salían de ferrocarriles, de camiones aullantes, apartándose de las fronteras, entrándose en poblados de costumbres similares y distintas, ocupando rin-

cones íntimos, corrompiendo el reposo, ensuciando de sombra los aires del día, permanentes en el servicio de cuidar a otros, a todos, con ánimos de castigo y más.

—Esto es un revoltijo de opiniones, bastante adelantamos, ellos se han endurecido, pero aún así tal vez se venga una corta aflojadera, en la capital es lo mismo, no esperaban una volcada tal como ésta, nunca se conoce béin exacto en estas cuestiones. . .

Coluna daba su teoría, su explicación a los principales, y a Valmir, un mocito nuevo, con libros de estudiar regularmente en la mano o cerca de los ojos. Cuando el encerramiento de él, Valmir había apurado y formalizado sus progresos, y ahora trataba de dibujar los destinos que se tejían y destejían por arriba y por los costados y por bien abajo de todos ellos, compadres y amigos de compadres.

#### 67. (Ojo atento, amo contento)

—¿ASI QUE ESTE es el hombre que soltamos, el que nada declaró, que se negó a toda aclaratoria? ¿Es éste, juramentado Sandio Corujo?

—Sí, ahí lo tiene, señor superior delegado, el mismito es que es.

Las sílabas salían manteniendo perfiles filosos, resonaban como objetos duros, inapelables, molestas por su condición de oralidad, de tentar por los vientos y hálitos de la saturada avenida hacia el panteón, el envase abstracto del verbo humano y comunicante.

—Y lo dejamos irse muy libre y ligero, ¿por qué, Sandio Corujo, por qué? Mías no fueron, claro, las ordenanzas, no sé quiénes me pasaron la pelotita. . . el balón por encima de la cabeza, ¿entiende?

Sandio Corujo, por tan menguado en gradación, por menores rangos, por ínfima jerarquía, escarceó como para fijarse en un punto intermedio:

—Si me da licencia, acredito que iso no dependía retamente de usted, mi superior delegado. . . De más pur encima, de los responsables, en una de esas, de las grandes operatividades contra este sistemita de compadres sandungueros, y hasta de aquellos revoltosientos que tan béin estamos liquidando. . . Y contra cualquierún que sea, ¿no es?

El silabeo se entretuvo describiendo poderosos fragmentos de aquellos funerales colectivos, ni por la capital el delegado nunca había testimoniado una cosa de tal encorpadura.

—Fíjese cómo han cantado, ni que les hubiera dado por ensayar primero. Y este hombre les habló con habilidad, con evidente doctrina, elaborando a largo plazo, se ve que se los tiene conocidos y que los compadres han movido sus negocios, pero, por qué él está ahora entre todos, ¿por qué, juramentado Sandio Corujo?

Corujo era débil para los vértigos, y hacía ya una hora gorda que se hallaban establecidos en aquella azotea, dos pisos nada más, y Corujo, semisentado, semiagachado o semidepié, se ajustaba a la cáscara irregular del pretil, tratando de que los ojos no descendieran de la cintura incontable que allá se abismaba por la abundante vía del cementerio.

—Mire que le zarandeamos béin los huevos, mi superior, lo plantoneamos por días, lo pinchamos, lo despepitamos bonitamente, yo le puse hasta lo que no aprendí. . . Si hasta inventamos, mi superior delegado, faltó cojerlo nomás. . .

—Y este hombre ni piopío, ¿verdad, Corujo? ¿Por qué otros abyectos infractores sí todo lo declamaban, se desahogaban y expandían en mérito a su docto menester de verduguería, juramentado Corujo? ¿Por qué unos sí y otros no, eh? ¡Si hasta el verbalista cagón de Bertalicio Merdín los contrarecita con su boludez radial, pendejadas sin acción. . .!

El disminuido y envertigado Sandio Corujo optó por empujarse del murete, donde la contención y la tentación se enmaridaban, y en un acto pifiado enastó un tabaco en la boca que le iniciaba contradictorios gagueos. El delegado lo quemó a través del humo, pero bajó mundanamente la temperatura:

—No, no tire su cigarro, convídeme con uno. Está autorizado. . . Yo fumo apenas, aunque la ocasión sabe de vicios, ¿no cree usted?

El juramentado creía cada letra que se le pronunciaba. Invitó pues, y enfuegó enseguida mecánicamente, tal vez para aplastar el estremecido ripio de sus manos.

—Y usted había dispuesto la documentación para que él firmara, ¿no es eso?

Corujo, estimulado con el sacrificio de medio cigarro, desocultó algo muy aglutinado:



—Digamé, señor delegado, ¿por qué no los agarramos a todos juntos esa vuelta? Alguno entre el montón tenía que cantarrear. . . ¿No halla?

Las sílabas se limpiaron de humos y combustiones:

—Había dos criterios, dos inteligencias, dos tácticas, dos. . . pelotudeces, por consignarlo así, informalmente. . . Debimos resumirlas en una sola posición, y aquí está el lucro de ese desfasaje: era un cuerpo con muchas cabezas, chicas o medianas, pero muchas. Usted me adivina, Corujo, yo no doy fe a los picos de paloma. . .

—El señor delegado prefiere un pico béin picudo de chímango. . .

Las sílabas se inscribieron con insondable pureza:

—No, amigo Corujo, de águila verdadera, de águila real: de eso he estudiado y me convencí cuando mi viaje al Norte.

—¿Y por qué no aprovechamos ahora que juntitos todos se hallan, y les metemos palo y más bala? Más soldadesca nos llegó, y cuatro compadres no más, no son nada, ni de apertivo, ¿no me acredita usted?

—Mire bien la cantidad, estime una cifra, piense en el país todo, en la nación conjunta, son las poblaciones enteras de aquí congregadas en este lugar. No, ahora no, no hicimos el trámite correcto, o no pudimos, no mezclamos a los muertos castigados, digamos, de otra manera más. . . política con los vivos, no supimos meter todos los puercos en la misma bolsa, si hasta un herido nos hicimos, aunque eso para mí nunca quedó en claro. . . Recuerde las actas judiciales, los testimonios legales, las versiones notarialmente certificadas, jurídicas jodiendas a enjuiciar. . . Leyes débiles, que ya no nos sirven. . .

—¿Y cuánto hay que aguaitar entonces, y si les entra por crecer y atropellarnos?

Pensante iba siendo la junción de los signos, juiciosa su embocadura:

—Ahora debemos hacer a la inversa, Corujo, separar la fruta de la espina, comernos la fruta, destruir las espinas. . .

Corujo sepultó los omóplatos en el pretil, sedente, sudado, separado del vacío, seccionado de la muchedumbre desconocida.

—Y los carozos, señor delegado. . .

Ya andaba por masticarse la lengua, ya un súbito silenciamiento a la Coluna le dictaba insospechadas formas de recato y retención, cuando el otro volvió a silabear:

—Los carozos los sembraremos nosotros, son la histórica apoyadura de nuestro patriótico futuro, juramentado Corujo.

Y buscó entre la desarraigada polvareda y el enormizado murmullo de la avenida al hombre aquel, invisibilizado por tantas gentes distintas.

—Corujo, luego me pasa la carpeta de este compadre, lo que ayer fue rutina, hoy con él es urgencia. Debemos apretar el globo para que no se infle, y parcialmente se inflará, no lo dude nadie, eso está a la vista. Menos mal para mí, que me gusta el movimiento.

—¿Qué anda pensoteando hacer, mi superior, si entra así la pregunta?

—Antes, bajarnos de esta azotea, imos hasta el coche por los portones traseros, hay que ser discretos. Lueguito, examinar la carpeta que ya le solicité. Hay que ubicarse en estado de alerta constante, irreversible, creo que por Montevideú deberían encontrarse mejor informados, más dispuestos, ¿comprende usted, Corujo?

—Pelotear en toda la cancha, ¿no?, mi superior. . .

Satisfacción hubo en las sonantes señales del habla delegada y trascendente:

—Eso es, juramentado, eso mismo. Hay que prevenirlos para cuando este hombre vaya, en cualquier instante se nos escurre para allá, y allá tenemos métodos distintos, hay una ciencia, finos recursos, técnicas actualizadas, digo, una mera gota no se ve en la lluvia. . .

—Lástima que acá no se pueda. . .

—Ya le sugerí que aquí sería mezclar más los asuntos, ¿eh?

Estaban al final de la escalera, uno de los juramentados inferiores hizo luz con el portón, ingresaron al coche, el delegado indicó destino, itinerario y velocidad, los correspondientes a considerables comportamientos colectivos, y el doctísimo martirizante Sandio Corujo recordó que el expediente de Coluna encerraba todavía una deposición sin firmar, había que romperla y tirarla al carajo, silencio de palabra, silencio de carne, silencio de papel.

## 68. (Valmir)

LA GESTA DE VALMIR se empoza singularmente entre las entretelas no bien forradas que se han ido argumentando con puntada de planificación y con hilitos y cordeles desviadores (¿es exhaustivamente previsible lo total de un traje hasta la más rigurosa de sus ordenadas costuras?).

Valmir pues, un mozomozo como él, menos cara que ojo y pestaña, lentes todavía no, ya los tendría puestos más en lo tardío de sus años, porque era de lecturas constantes, escuelas de sabidos en la capital había conocido, tuvo que volver a Rivamento, carcomido por piojos simbólicos y por pulgas reales y realistas, el padre (que tal vez no deba resbalar así por estos anales) supo darle sus ayudas oportunas, pero un granito de arena no hace desierto y un beso es todo el amor o nada más que un fruncimiento carnal, o sea uno u otro beso.

Respetables experiencias trajo para sus compadres amigos jóvenes, con él aprendieron lo que aquí ni falta contar, les describía, sabrosamente trágico, el menudeo de otras muertes con cementerios más floridos y repletos de canciones, con llantos no llorosos, “morir con alegría es como no morir, aunque pueda doler y uno joderse en la sombra”, ya les enseñaba, como presintiendo más oscurones, “hay que saber y estudiar por qué una vuelta te ensartan y en otra ni te pinchan, por qué tal asunto se efectúa hoy y no para mañana, por qué juntarse con tales y tales sí, y con tales otros quién sabe sí o no y cuándo, por qué hay que saber leer y el que no sepa, pues que se ponga a aprender que yo lo ayudo, y más mozada tenemos que tener con nosotros, los que les dan al estudio, claro, y los que van todo el puto día de joda por las esquinas y los boliches y cantinas, claroclaro, sisí. . .”, les remachaba pedazos de libros, los entretenía con el ping-pong de la paleta y el globito blanco de celuloide, las muchachas le procuraban enamoramiento y si Valmir daba esquivar o no, es algo bien de él, y así que ahora colocamos punto y renglón que viene.

Los principales lo habían agregado a ellos, méritos los suyos que cualquiera podía ver, en las sanguinolentas semanas del año malo, y rápido se fue volviendo un principal de los

superiores, larga escuela se precisa, su vida total mantendría sin aflojes, hasta en prisiones de cuartel y de cárcel, bastante después que Coluna y la Severina quedaran sin lugar en las memorias de unos cuantos atropellados y distraídos que increíblemente y casi siempre sobreviven, mediocres testigos de su propia alma, al no saber dar fe de encendidos sacrificios ni de grises sudores realizados.

Valmir tuvo coloquio con el viejo o envejado Carlos Antonio, viudo de su flaca esposa, avaro pasto la pobre de gusanos y miñocas luego de un óbito sin relevancia, y el viejo compadre, a más de documentar la receta de silencios de un viaje de tres en tren, y las cositas jodientas que entre ellos mismos se largaron por “una mulatoncita de cola saltona y alegre, mujer de quién no puedo nombrar por pudor de nombre, mirá qué glotón es uno de lo mais mozo, poco diente pra tanta pulpa suave y alta. . .”, y de tales maneras hallaba consolación y a veces se daba una pasada (si la salud permitía) por el local nuevo de los compadres, mejorado y luminoso, gente atenta lo cuidaba de otro modo, iba para examinar si la muchachada joven entendía de papeles, folletos, libritos, carteles y hojas sueltas. Platicaba con ellos y mostraba lo vivido y lo sufrido y mencionaba lo costoso de cada futuro.

Y acá te dejamos otra ocasión, envejecido compadre Carlos Antonio, que por cariño sorpresivo se nos dio por seguir con la existencia que quisiste cálida y confusamente abarcar. Piensa también que eso vale, sí, para nosotros.

Con él tuvo coloquio, pues, Valmir. Y Valmir, luego de afirmadas en papel sus anotaciones, pidió al hijo de Abreusiño que se soltara hasta su casa, a un asadito con las pocas de vino que gustaba bajar como un calor nada más, y el hijo le atendió la invitada, sábado o domingo, ¿para qué exactar el día exacto, no es? Y al mediodía.

—Contame bien tu aventura del entierro, de cuando fuiste gurí y Coluna te dio brazo, hombro y mano, cuenta pra mí, Abreusiño.

Y él contó, cuentero delicado, nunca gustaba ir con esa conversa, pero con el principal era distinto y más cierto: gajes de la confianza.

— . . . así dijeron.

Y las dos palabras cerraron su relación.

Cuando el hijo de Abreusiño ya no estuvo, Valmir trans-

cribió con minucia todo lo escuchado, que lo dicho no es posible totalmente jamás (¿susurra el ademán?, ¿murmura el gesto?) y unió las novedades a una regular pila de apuntes trabajadas y limpias. Pensó seguramente que aquello era lo bastante (si algo aquí falta no es por su descuido) y a sobre grandón y goma de pegar amarilla resguardó su archivo palpitante.

—Hoy lo envió, sisí, por manos de buen fiar, poetas habrá que buscarán en esto sus otras palabras, pero la misma sacrificada, gravosa, innegable verdad de sonido y provecho.

#### 69. (Reunidos)

—TENEMOS QUE AMARTILLAR lo nuestro desde abajo, hemos crecido, regados con sangre de cuatro compadres, ninguno de nosotros hay ahora morando como yo estuve en los cuartos de castigo, verdugueo y encerrona. Ya se los dije: somos menos pero somos más. Seguir pra delante, con todo, eso tenemos que hacer.

Estaba sentado contra la mesa redonda, Coluna. Del nudo central, con banderita colorada y fotos recordatorias, la justísima distancia hacia cada uno de los principales. Hojas fragmentadas, lápices, apuntes, diferencias, acuerdos, soluciones, cigarros de humo gastado, palitos de fósforo con su carga de carbón.

—Pero te han mandado llamar, de importante urgencia es, debés marcharte pra allí. Nosotros quedamos resolviendo pur aquí, dilatados encuentros hay que arreglar con la tanta gente arrimada, lo preciso parece y lo adecuado. . .

Josefo Amargo no pataleaba fuera del charco esa vez.

—Sisí, y hay que poner el local como estaba, más mejor de lo que era, paredes, techo, muebles, artefatos, también hay artistas que quieren ayudar, ya nos dijeron, pintar figuras y colores y versos para siempre. Y si ellos borran, nosotros a escribirles encima.

Así opinó el mozo nuevo, Valmir, inteligente era, se notaba a primera sílaba, de mucha lectura y casi ciencia. Coluna hacía ondear los labios cuando el muchacho hablaba:

—Pero el negocio de zapatos debe quedar abierto, trabajando y rindiendo, hay que producir lo nuestro. Es plata que entra y es seriedad de apariencia, ninguna actividad hay que

parar. Ser y aparentar lo que uno es. ¿Qué pueden decir y desdecir de tal criterio los que ahora se nos han acercado? Y gentes jóvenes tenemos, organizándose, de los colegios nocturnos, y también quienes llevan su tradición de tiendas y bodegas y abarrotes. . .

Se elevaron después de sus asientos, en lo muy tardísimo que ya era, fatigados de humo, de elaboraciones escrupulosas, de aglutinadas reflexiones; se elevaron, la mesa con los rostros centrales del Toco, de Abreusiño, de Moro, de Torelli; los pétalos de la bandera apenumbaban los límites de la luz; se elevaron, desvanecieron las papelerías, cada mano saludó a cada mano, se elevaron, ciertamente levantados quedarían.

#### 70. (Regreso al sur)

SOLO FUE REGRESANDO, sin dedos dándole suavidad al brazo, sin nadie para reunirse con él en las conversaciones entibiadas y finales de la noche de la tarde del cada día. Debía partir buscando los puntos de menor dureza, de rajada rigidez, nada de escondederas pero nada de ventilarse. Carta de la Severina tenía recibido, letras prestadas que ella no podía poner todavía en negro y blanco, voces de ella eran que él escuchaba latir en la mirada, leyendo las dos únicas lecturas necesarias. Una semana y media todavía, el momento que precisaba se produjo, el hombre que lo cuidó cuando su encerradera, que los acompañó a los rincones blancos de enterrar, fue de servicios rápidos.

En la estación del tren revisaba documentos, controlaba listas, escribía nombres confusos y números de identificación, indicios para recordar.

—Ta béin, puede subir al vagón que le toque. . . ¿Quién sigue ahora?

Y él pasó, a cara desnudita y pecho abierto, ya viendo a la Severina Junco, preocupado estaba, en su razón epistolar (que por ejemplo, Valmir nunca copiaría ni remitiría a cronista o verseador alguno) le había informado que un contrato de sirvienta doméstica consiguió enseguida, de entrada, casona de ricos señores en barrio de árboles altísimos, era mejor, que apagara los nervios, así trabajando asistiría como disimulada y con eficacia mayor a la actividad resuelta, que así también progresaba más, que muchos besos de buen amor.

Al llegar, habló con los compadres de la capital, horas y horas en aquello, las situaciones quedaban iluminadas bajo ideario certero, muchísimos había agitándose en cuántas partes, fábricas más que nada, de esto y esto también, aceros hornos, tejidos, alimentos, oficinas, construcciones de prolongados edificios, locales de enseñar y aprender, máquinas realizándose en folletos y periódicos coloridos, calles llenándose y volviéndose huecas y solas de pronto, ritos calculados y medidos, palabra pensada y clavada en el aire, fuerzas de la paciencia, estar y no estar, no estar y ser, sumirse estando siempre en cada buraco, pueblo permanente en sus sitios totales, y oscuras fugacidades metiéndose entre ellos, delegados superiores y juramentados de disimulada extranjería preparando guerras y otras muertes, peligro para compadres, riesgo para neutrales, acecho para amigos, negror y terror para inocentes.

Y así, desde lo suyo, se fue aproximando al territorio de los ricos enseñoreados, segunda vuelta que por allí transitaba densamente. La primera, mucho almanaque roto, relojes en pedacitos de vidrio y metal disolviéndose en un viento de arena dura; la primera sí, cuando tuvo su vinculación con la Alberta Moro, ¿hermana no enterada?, ¿disipada?, ¿indiferente?, ¿deshermanada?, de Miltiño Moro, compadre de sacrificio quieto y suplicio resonante.

#### 71. (Reflexiones)

—VUELTA PROLONGADA FUE, en verdad me digo, de no repetirse. La Alberta me trajo un poco en dispersiones con sus alientos constantes de ardor nuevo, pra mí nuevo, ardor suave, bérn despacito me iba quemando, salí de mis quehaceres en aquellos viajes pra acá, de ella me largué una oportunidad que tuve o pude, me costó lo que ni sé, nunca volvimos mais al complicadero de cariños calientes. Hermana de compadre, en eso quedó nomás la Alberta Moro, tal vez como un fantasma que me recorre los adentros, desnudándose sin parar. . . Novio tuvo o ya se lo tenía calzado, chofer de automóvil patronal, en las casas grandes mismas se habían arreglado, un rico acuerdo seguro, ella mucama de mandados y atención de gurises rubios. Se casó con él, por estas avenidas deben seguir existiendo. . .

Fuera de la órbita de sus sentidos paso a paso se le encimaba el olor primero de las flores blancas.

#### 72. (Chofer)

EL CHOFER FUE agregando brillos y luces finas al cuero metálico del auto. Los paños resultaron colocados en la primera gaveta, hasta mañana. Aceites corregidos, vidrios como aires del mar, las patonas redondas y negras en sus tensiones ajustadas, velocidad y rumbos burbujeando en los depósitos de energía colorada.

Las jornadas se le terminaban en aquella distribución prolija, viajó un rato por el jardín enverdecido, aspirando los ritmos habituales de su vida, no retocó ninguna planta, ni una hoja sola, ni perfeccionó el adelgazado sendero de materiales desmenuzados y grises con blanco, arena artificiosa y fugaz.

“El trabajo y deber de cada cual para el que a cada cual le toque, cada perro en su cucha”.

Ya el animal oscuro y alto había salido a controlar el sitio de los olores y hedores rituales, a asegurar rincones donde se asentaban las esencias de su dominio.

“Ese bicho más estirado que yo, con piel que se saca y se pone, cruzándose conmigo en los finales del sol, por allí va, hacia la casilla que le han puesto cerca de donde vive ese animalote con ruidos y humos y toses, que antes me hacía gritar y que no todos los años parece el mismo; ese bicho que despacio anda, en rastros de hembra y comida bien caliente, él deja indicios que son cosas de uso intraducible, nunca coloca sus patas directas fuera de las casas grandes y el jardín, en la bestia tremenda se mete por las bocas del costado, y la hace ir y venir con otros adentro, allá va ese bicho que apenas mira para mí, el olor que lleva con él nada me gusta. . .”, así habría pensado (o pensó en verdad) el perro cuidante de germánica ascendencia, en tanto repartía algunos orines metódicos, alguna rascada contra las plantas más gruesas, algún ladrido de interrogación o respuesta.

Claro que escasamente sus ideas y ceremonias pueden tensar el curso de lo que hemos visto y de lo que aún veremos y recibiremos del cambiante ámbito descrito, aunque una meada es una meada, un pichí es un pichí, un ladrido es un ladrido y un perro es siempre un perro.

El chofer, indemne ante toda fábula, ingresó a su habitación compartida, mujer esperando, cenaron tempranamente

entre palabras dispersas, ella encendió la pantalla del aparato cuadrado y de discreta desmesura, sin intención pudo crear líneas luminosas, puntos infinitos huyendo, veloces rayas horizontales, diagonalizadas, ondulándose como ardiente humo o ardiendo en fuego de furiosa luz, luego vino la creación meticulosa de hombres manoteando y mujeres suspirando, sufriendo, amando, tratando de existir antes de que las menciones barullentas de ropas pinturas muebles alimentos turismo bebidas deportes ídolos etcétera, las borran de este mundo: son sus enemigos la sombra y el silencio, o se despedazan en súbitos malpartos calcinados.

El chofer y ella, la esposa por legalidad buscada y desde tiempos medianamente regulares, recostados en su cama de las veces amor y generalmente sueño, oyeron una, dos, tres explosiones de contenida vibración, nadie en la pantalla fue afectado por heridas o miedo, una abuela canosa y regordeta consolaba a un muchachón romántico, torpe, enmelenado, descorbatado y sufridor.

—Oíste, Alberta, el perro ladró luego de un instante, el bicho oyó igual que nosotros. . .

—Escape de auto debe ser, ese cachorriño ladra de cualquier coisa. . .

Se arrimó algo a su marido, y puso de nuevo la mirada en los latidos de blancor y negrura esplendentes, dispuesta a medidos sollozos en caso de inevitable y deseada necesidad.

### 73. (Arboles y calles)

SE CONVERSABA SIN responderse, Coluna, en concordancia y desajuste con aquel pasado que autodevastábase en extraviadas verbalizaciones.

Ya andaba en la zona profunda y mezclada de calles más afinadas, escurridas, atajos entre la arboleda de perfumes y sustancias acentuadas por la tarde. La Severina Junco allí lo esperaba, en los labios del camino quieto, se le había adelantado en minutos y ganas y memorias de juntos los dos de nuevo en su buen amarse para cualquier siempre. Durante sus dos días ya habían podido encontrarse, reunirse, vivir lo que ellos tenían acumulado y ordenado y que ahora no les alcanzaba porque las instancias de estar engarzados no eran iguales y agregaban su material difícil y desordenaban todo lo vivido.

—Tal día a buscarte regreso, mañana, sisí. En la tal esquina a tal hora me esperás. Escaso es lo que falta arreglar con los compadres de acá, y para lo nuestro, y de allá, Severina, Severina Junco. . .

Totalmente la nombró, más en ella estaría así, como envolviéndola con su boca, le informó y fueron separándose, apartados por una distancia de baldosas brillantes, de traspasadas flores blancas que nada de filiación tenía o mantenía con el tiempo.

### 74. (Un par de hombres)

DIERON LAS VOLTERETAS y maromas planificadas, más árbol había entre las calles, menos lejanía por las veredas breves, sombra y un olor transparente de flores claras (que no vieron ni sintieron) y el hombre, el tipo, el señor desasido que solo, muy solo caminaba (antigua artesanía de sustentar el mundo) y que no estuvo de pronto, sin ir más ligero, sin avanzar más que sus pies se adhirió a la penumbra sostenida por las ramas de abajo, “ahí está, dale vos!”, y cuando uno de los hombres disparaba (cruel integración gestual de carne y acero y plomo) el otro hombre ya quería lastimar primero, “ile dimos, caído quedó, bien liquidado!”.

Como mayoritariamente sucedía, no habían escuchado las reventadas ni habían visto las desgarrantes quemazones, las ruedas giraron y todo fue lejos.

“...¿y cómo se llamará el coso éste, este compadre jodón?”, uno preguntaba, “. . . y comprá el diario mañana. . . o nunca. . .”, era contestado.

Y el par de hombres, varones borrables, a todo motor marchando, procurando el impar o el cero, es el asunto más probable que tal vez sea leído existenciado subsistido murmurado escuchado en otra relación desamoldada y jadeante como ésta.

### 75. (Ultima sangre)

EL AUTOMOVIL MAS aproximado ahora al altor de la vereda, se tocaron ruedas, llantas y piedras de rojo ennegrecido, él, Joaquim Coluna, como profundizado entre madera, frío y sombra, indefenso y protegido, dispuesto a la agresión y al

desfallecimiento, solo y con tantos y muchos y todos los que los compadres eran, y los amigos y los cercanos, y con tantas y muchas muchachas mozas mujeres que dejaron de ser para ser la Severina Junco, y con sus compadres movedizos y vivientes y oficiantes en el acto del pan, hablantes de himnos estremecidos, sopladores que abren la libertad del aire, y con los compadres antiguos de casas o ranchos calcinados, compadres sin fronteras ni desviantes geografías, compadres bajo mano de verdugo, compadres meramente muertos, despanzurados, rajados, tajeados, solo Joaquim Coluna, centralmente instalado junto a todos los que irían a desmigajarse y a vivirse.

No pudo percibir las explosiones, no pudo ver las trazaderas de luz venenosa, no pudo sufrir el dolor cruzándole el costado, no pudo apresar la pistola corta contra el cinturón, no pudo inventar crear hacer instalarse en otra imagen que la de Severina Junco con su maleta sin peso que él había tocado, que él le había devuelto.

Y cayó contra el árbol, nada de vértigos de hojas alocándose ni sudores inundándole colmándole una piel suya y lejana. Los perros respondían con sus gritados ladridos de miedo, se levantó cuando la respiración dejó de fatigarlo, encontró donde estuvo cada pie de ella, aumentó su caminar, siguiéndola, acercándose, mandando sustancia a los zapatos, limpiándose sangres enturbiadas, aguantando la sangre escapadiza y dándole orden de estarse en sus raíces y continuar viajando como fiebre del cuerpo, acercándose a la Severina, la Severina Junco, la mulata que ya iba inaugurando un cauce de vientos amplios y sueltos para sus pasos y pasos inacabables.

## INDICE

El lector es apercebido por el autor .....	7
1. Bemvinda Verticalia .....	11
2. En la esquina .....	14
3. Un par de hombres .....	16
4. Ah, este mozo Joaquim .....	17
5. Alberto Moro .....	21
6. Ir y venir, los llamados .....	26
7. Ana María .....	28
8. Otros llamados .....	30
9. Carlos Antonio .....	31
10. Verano jodido .....	32
11. Robaldina .....	33
12. Hortensio .....	35
13. Robaldina .....	36
14. En el queco .....	38
15. Angela del Rocío .....	41
16. Distracciones y encuentros .....	43
17. Josefo Amargo .....	45
18. Mujer no entiende nada .....	47
19. Respuesta de Coluna .....	50
20. En casa y negocio .....	51
21. Señor Junco .....	53
24. Tres hermanitas .....	53
23. Señor Junco .....	55
24. En la casa .....	56
25. Desverano .....	57

26. Juancita Carnemuerta . . . . .	58
27. Boliche . . . . .	59
28. Juancito Carnemuerta . . . . .	60
29. Almuerzo y encargo . . . . .	61
30. Taneco Duarte . . . . .	63
31. Visita a Josefo Amargo . . . . .	66
32. Recorrida y asamblea . . . . .	67
33. Voz escondida, voz florecida . . . . .	69
34. Tres delegados . . . . .	72
35. El Superior Alcalde . . . . .	73
36. Tareas y encerramiento . . . . .	75
37. El cuidador . . . . .	76
38. Dedos sordos, manos ciegas . . . . .	78
39. Fin de visita . . . . .	83
40. Liberación . . . . .	84
41. Bertalicio Merdín . . . . .	84
42. Rancho al rojo vivo . . . . .	87
43. Marucha Merdín . . . . .	90
44. Bertalicio Merdín . . . . .	91
45. Donde se habla de otros . . . . .	92
46. Noticias de muerte . . . . .	93
47. Tarruti . . . . .	94
48. Bemvinda Verticalia . . . . .	96
49. Tarruti . . . . .	97
50. La sobrina . . . . .	99
51. Amiga de amigo es amiga . . . . .	100
52. Severina se va . . . . .	101
53. Guardián . . . . .	102
54. Pistola y caca . . . . .	104
55. Juntarse todos . . . . .	105
56. Y hubo campanas . . . . .	107
57. "¿Qué dirán pues del Toco Mondiola?" . . . . .	109
58. "¿Qué no dirán..." . . . . .	112
59. Miltiño Moro . . . . .	113
60. João Torelli . . . . .	116
61. Somos muchos . . . . .	118
62. La bandera . . . . .	119
63. Branquiño . . . . .	120

64. La bandera . . . . .	122
65. La canción . . . . .	123
66. Transformaciones . . . . .	125
67. Ojo atento, amo contento . . . . .	126
68. Valmir . . . . .	130
69. Reunidos . . . . .	132
70. Regreso al sur . . . . .	133
71. Reflexiones . . . . .	134
72. Chofer . . . . .	135
73. Arboles y calles . . . . .	136
74. Un par de hombres . . . . .	137
75. Ultima sangre . . . . .	137

15-X-82  
IMPRESA DE JUAN PABLOS, S. A.  
Mexicali 39, 06100, México, D. F.  
2,000 ejemplares